



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**¿QUE SE JUEGA EN PSICOANÁLISIS  
DE NIÑOS?**

**T E S I S**

**QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:  
MAESTRO EN PSICOLOGÍA CLÍNICA  
PRESENTA**

**AIDA / DINERSTEIN R.**

MEXICO, D. F.

1985



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Mi agradecimiento al Dr. Néstor Braunstein, mi director de tesis, sin cuyo estímulo y sugerencias difícilmente hubiera llevado a cabo este trabajo.

Agradezco también a los doctores Bertha Blum, Teresa Guerra, Isabel Reyes y José Cueli.

A Willie.

También a Carolina y Magdalena, porque les encanta jugar.

Resumen

Esta tesis ha sido desarrollada en los siguientes pasos: un prefacio, llamado 'A modo de pre-texto', en el que adelantamos las ideas generales del trabajo, las razones que nos llevaron a elegir este tema así como la posición teórica que orienta nuestra investigación.

La primer hipótesis que demostramos es la siguiente: planteamos que la pregunta por la posibilidad del análisis de niños tiene un sentido sintomático en la historia del psicoanálisis y corresponde a la respuesta que sobre el tema han dado las posiciones predominantes, la kleiniana y la annafreudiana y proponemos que, en tanto mal planteada, esta pregunta debe descartarse en beneficio de dar lugar al siguiente planteo: "que en psicoanálisis no hay otro que análisis de niños siempre que rescatemos el sentido freudiano de 'niño' y de 'infantil' como correspondiendo a 'lo reprimido'." En psicoanálisis los problemas no lo son por diferencias de edad.

Esto lo desarrollamos en los dos primeros capítulos. En el primero revisamos las posiciones que criticamos centrándonos en una discusión, publicada, en la que se confrontan las posturas de Anna Freud y de Melanie Klein. Planteamos allí nuestra propia posición respecto de esta discusión así como respecto del análisis de niños en general. En el segundo capítulo explicitamos nuestro lugar teórico poniendo de manifiesto el marco conceptual así como definiendo los términos teóricos fundamentales. Lo hacemos así, en segundo término, respetando una temporalidad lógica propia del psicoanálisis: el après-coup o re-significación.

En los tres últimos capítulos trabajamos, desde la explicitación y desarrollo de nuestra primera hipótesis, tres problemas básicos y específicos del psicoanálisis de niños. En cada uno de estos capítulos definimos las características del problema, las dificultades que suponen a la teoría y a la práctica y adelantamos, para cada uno, las vías de reflexión y solución que nos parecen adecuadas.

Estos problemas son: la particularidad del trabajo con niños centrado alrededor del juego en lugar de desplegándose en la asociación libre de un discurso verbal (capítulo III); el papel de los padres en estos análisis y la complejización implicada por demandas diferentes que se articulan en una relación transferencial más compleja (capítulo IV); y, por último, la dificultad del análisis "cara a cara" con un niño que trabajamos vinculada al concepto de "resistencia" (capítulo V).

Finalmente, incluimos un capítulo de conclusiones en que resumimos lo básico de lo concluido a lo largo de todo el trabajo anterior. Cada capítulo lleva notas aclaratorias y bibliográficas y la tesis incluye una bibliografía general.

## Indice

- I. Prefacio. A modo de pre-texto.
- II. Capítulo I. Psicoanálisis de niños, ¿sí o no? Anna Freud o Melanie Klein.
- III. Capítulo II. Marco teórico. Los conceptos fundamentales.
- IV. Capítulo III. El juego. Escritura pulsional, constitución del yo.
- V. Capítulo IV. Los padres en análisis de niños. Demanda, deseo, ¿de quién? El niño como objeto 'a' en el fantasma materno.
- VI. Capítulo V. El trabajo 'cara a cara'. La mirada. Una modalidad de la resistencia.
- VII. Conclusiones.
- VIII. Bibliografía general.

### A modo de pre-texto

Un recuerdo: una niña juega incansablemente en un consultorio analítico con barcos que entran y salen de puertos imaginados mientras su madre pare a la segunda de sus hermanas.

Experiencia, siempre renovada, de fractura de la ilusión narcisista de completamiento en y con la madre. Partición, madre partida, partida de la madre, partida desde la madre; encadenamiento y condena a un exilio, único lugar posible para una subjetividad que sólo se sostiene, acosada por ese lado cosa de la madre, en la pregunta '¿Qué me quiera?'. Pregunta que se modula, se encubre y se descubre en sucesivas demandas: quiero jugar, quiero ir a la escuela, quiero saber, quiero ser psicoanalista, quiero ser psicoanalista de niños. Quiero intentar ese plus de imposible de la tarea imposible que es el psicoanálisis.

Recuerdo infantil, encubridor, visual, intenso, condensa en su escenificación una organización fantasmática que estructura en una neurosis infantil destinos pulsionales. Pulsiones que presionan abriéndose caminos en fantasmas, recuerdos, sueños, síntomas, teorías sexuales infantiles. En juegos.

Supuesto origen que, como todos, míticamente inventa un punto de partida imaginario, un comienzo, un pasado que impulsa una práctica -ya más de dieciseis años- de psicoanalista. Práctica de sostener una escucha de las formaciones del inconsciente, tanto como de la angustia que se despliega en ese consultorio en que se pacta un juego cuando el analista dice: 'Oigo'. Práctica también de escuchar lo que los textos fundantes y fundamentales del



psicoanálisis tienen -siempre algo más- para decir: la obra teórica de Freud y de Jacques Lacan.

Es en el entrecruzamiento de este recuerdo, de esta práctica, de este marco teórico, que se nos impone el deseo de un trabajo en que intentar dar cuenta de reflexiones surgidas por esta tarea tan controvertida. ¿Es posible analizar a un niño? Ese pretende ser el nudo, el ombligo de este trabajo. Nudo y ombligo que se nos formulan a la manera de una pregunta.

La propuesta de trabajo es interrogar esta misma interrogación. Tomarla como síntoma y, como tal, en su doble vertiente de denunciar una verdad (lo que el psicoanálisis ha venido a descubrir sobre el inconsciente y la verdad subjetiva) justamente allí donde se transforma, se deforma, se dice en los equívocos que la historia del psicoanálisis ha producido como su propia novela.

Es así, en el marco de una dimensión que se agota en el registro imaginario, que pretendemos situar la clásica discusión Melanie Klein-Anna Freud acerca del tema.

Si bien le otorgamos a la primera el mérito de intentar mantenerse en el campo delimitado por el concepto de inconsciente (y su articulación con los de represión y sexualidad infantil), de intentar ser consecuente en el ejercicio de una práctica y en la ética de una escucha, nos parece, sin embargo, que el problema está mal planteado.

Si bien, como recién decíamos, a Klein le reconocemos un lugar que no a Anna Freud en cuanto a una mayor pertenencia y pertinencia respecto del campo que nos ocupa, nos parece que no responde a las

tesis sobre la no analizabilidad de niños de una forma suficientemente radical. Y esto, por estar ella misma imbuida, en cuanto a su teorización, de posiciones psicoevolutivas que delatan concepciones sobre el desarrollo (y esto no implica otra cosa sino que la mira sigue estando centrada en el yo, cuestión ampliamente trabajada por Lacan, ahí donde retoma la mejor tradición freudiana) que desvirtúan el real objeto del psicoanálisis.

Nos proponemos revisar esta posición, esta discusión. Lo que ella aporta tanto como lo que resta entorpecido para una demarcación de más rigor en cuanto a los problemas.

A la limitación que implica la respuesta kleiniana sobre la cuestión, proponemos como alternativa una ubicación más rigurosa de los conceptos fundamentales del psicoanálisis: lo inconsciente (la sexualidad -siempre infantil-), la pulsión (y el deseo), la repetición (el objeto), la transferencia.

En la intertextualidad Freud-Lacan, intentaremos revisar y precisar estos conceptos, su articulación necesaria y las consecuencias teórico-clínicas a las que obliga una tal delimitación. Qué es pertinente de ser planteado bajo el nombre de psicoanálisis, qué cuestiones quedan excluidas como perteneciendo a una extraterritorialidad. Sólo desde una tal ubicación creemos poder precisar qué desconocimientos, qué distorsiones de la verdad freudiana, han hecho posible que fuera posible preguntarse: ¿Es posible analizar a un niño? No deberíamos más bien preguntarnos: Si hay análisis, ¿es posible no analizar un niño?

¿Por qué no ver un camino allí donde dos de los cinco psicoanálisis

ejemplares que Freud nos legara, se nombran, uno: 'Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)', y 'De la historia de una neurosis infantil (el 'Hombre de los Lobos')', el otro? Un niño presenta una estructura -con todos los elementos que la hacen una neurosis- fóbica. Un adulto, una neurosis infantil.

Esta ¿coincidencia? nos sugiere que, si algún status se le otorga a la estructura de la neurosis, no puede ser otro que el de lo infantil.

E infantil, en psicoanálisis, lejos de querer decir 'propio de niños', se impone como reprimido, sexual, como pulsiones que en búsqueda de satisfacción re-encuentran objetos. Lo que, para el inconsciente, no es otra cosa sino el encuentro con lo perdido, lo siempre perdido y, como tal, encuentro fallido. Acto -de encuentro- fallido. El juego también es eso: acto -de encuentro- fallido.

Se apela con frecuencia a categorías como desarrollo o maduración en vistas a justificar una supuesta 'especialidad' en el trabajo con niños. Sí, es obvio que hay diferencias de maduración entre un niño y un adulto. Cuestión del yo. Pero no es al yo a quien se dirige nuestra escucha sino a eso que insiste, que pulsa en el automatismo de repetición por acceder a inscribirse en lo simbólico, a ser dicho con (y de) palabras.

Al sujeto del inconsciente no se le pueden atribuir edades. No crece ni madura. Tampoco se adapta. Constituido de una vez, cada vez en cada acto en que la represión primordial inscribe una huella, índice de lo ausente a esta escritura (el lado cosa de la madre, das Ding, lo más propio, a la vez lo más ajeno, núcleo real del Yo; dis-

tintas formas de nombrar, de rodear en la teoría este real al que se emparenta el sujeto, ahí donde el significante lo barra), demanda hablar allí donde habla -o juega- para demandar; en ese juego del deseo -principio del placer- que traza las vías de acceso a la realidad.

Anna Freud sueña: 'Anna F.eud, Er(d)beer, Hochbeer, Eier(s)peis, Papp (Ana Feud, fesas, fesas silvestes, evos papía)\* y una interpretación literal puede decir que, en ellos, los sueños simples, los de los niños, casi sin desfiguración onírica a no ser por la trasposición del pensamiento en vivencia alucinatoria (menudo problema con las modificaciones de tipo verbal que supone figurar el deseo como cumplido) se trataría de deseos de la vigilia, deseos conscientes, referidos a objetos de los que, en la realidad, el niño se hubo visto privado. Objetos de la necesidad y, si así fuera, si el niño sólo tuviera deseos conscientes, si sólo demandara lo que demanda, un analista nada tiene que hacer en relación con él.

Pero estos objetos de la realidad, que el niño desea ¿son acaso de alguna otra realidad que aquélla que Freud denuncia como insoportable para el neurótico cuando dice que la enfermedad lo enajena, lo extraña de ella?\*

\*Anna Freud, fresas, fresas silvestres, huevos, papilla.

\*\*Obviamente no pretendemos confundir los objetos constituidos en la relación imaginaria con el objeto a, de la pulsión. En capítulos siguientes abordaremos esta diferencia. Por el momento nos importa subrayar un cierto parentesco, con el sentido explícito de cuestionar una concepción ingenua de realidad. Y de niño.

El niño sueña, y al figurar un cumplimiento, desmiente el acontecimiento de la privación, indicio él mismo de un real-objetivo, insoportable en tanto se le sustrae: el deseo del Otro, el deseo de la madre. Madre deseante y, como tal, castrada. Sujeta a determinaciones sexuales que hacen a su diferencia y que la comprometen en caminos de equivalencias simbólicas: pene-hombre-hijo. Insoportable: la realidad de la castración y la diferencia de los sexos. Insoportable: ser hijo de hombre, de madre castrada, sexual. Haber sido imaginado el falo pero no serlo.

La neurosis infantil, organización deseante, es defensa frente a este real objetivo ahí donde lo desmiente y, al desmentirlo, le dice 'No', expulsándolo del psiquismo; es elaboración, ahí donde inscribible, en una representación-cosa (significante), esa cosa pulsional a que remite el deseo del Otro.

El niño sueña, se enajena, se extraña ahí donde expresa la toma de posesión y se nombra yo: Anna Freud.

El niño, si estructurado como neurótico, se enajena de lo insoportable y padece -como cualquier sujeto constituido por la represión- de lo infantil en él. No menos sujeto a inventarse caminos de rodeo, de alejamiento y acercamiento en referencia a das Ding, elabora, en sus síntomas (también en sus sublimaciones) lo que es elaborable de lo traumático. El resto, lo dice con angustia.

Sólo así, una vez planteadas las coordenadas que ubican un problema como pertinente al psicoanálisis, podemos aceptar repensar las diferencias que implica el trabajo con niños. Que las hay. El niño juega. Habla, pero, aunque cada vez más a medida que progresa el análisis.

sis, habla poco. Es cierto que no puede responder a la regla fundamental de: 'Diga todo lo que se le ocurre', sosteniendo un discurso verbal que cubra el tiempo de una sesión. Despliega acciones en el consultorio y la sesión a veces requiere de acciones por parte del analista.

Tampoco el niño sostiene sólo su demanda de ser analizado. Esta se articula con demandas de los padres; de que su hijo sea analizado, y otras.

Proponemos atender a estas diferencias como 'especificidad' del trabajo con niños que no justifican, para nosotros, la idea de una especialidad. Se es psicoanalista o no se es psicoanalista.

Con respecto al juego, nos proponemos desarrollar algunas ideas surgidas de la reflexión y las preguntas con que este tipo de trabajo nos interpela. Pensar el juego en psicoanálisis no admite adscribirlo a ninguna pre-verbalidad. Impensable, fuera o más allá del lenguaje.

Interesados en pensar la relación que éste guarda con la actividad pulsional, por un lado, y con la constitución del yo, por el otro, creemos que podría ayudar a precisar su lugar metapsicológico, intentar una articulación desde la óptica de la sublimación.

Hay el juego de palabras. Si concedemos que se puede jugar con palabras, ¿no podríamos aceptar que se pueda palabrear con juegos?

'¿Juegas?' Como en los últimos tiempos, Claudia empieza cada sesión de la misma manera. Abriendo su caja de Scrabel me pregunta si quiero jugar con ella. Como si necesitara, cada vez, confirmar un pacto. ¿O será tal vez para que le diga que no? De padres latinoamericanos, na-

ció en Inglaterra. Se analiza porque sufre por diversos síntomas que, de una u otra forma la conducen siempre a dolorosas preguntas. ¿Por qué la separación de sus padres, cuando era pequeña, representó simultáneamente el abandono del papá? ¿Qué es ella, quién es él, qué le pasa, para que no desee verla?

En la sesión a la que nos referimos, jugamos como de costumbre al Scrabel, pero esta vez le marcamos esta forma particular de apertura que significa el '¿Juegas?'

El juego, de inventar palabras, transcurre, pero hay dos momentos puntuales en que las preguntas que la acosan encuentran nueva ocasión de decirse. '¿'Is' no es nada?', me pregunta en un momento en que le toca jugar. ('Is', es, en inglés, una voz del verbo ser. Más específicamente la que corresponde a la 3era persona del singular: He is, she is). ¿Qué pregunta Claudia? ¿Acaso si él, o ella, es? Nótese también que el 'no es nada' dice de la no existencia a la vez que la afirma en la doble negación, pero corresponde, además, a una fórmula verbal que tiene el sentido de una disculpa.

Muchas veces ha expresado el temor de que el padre hubiera querido que ella no viva, diciéndose a sí misma que ella no tiene la culpa de hacerlo.

Sigue jugando y cuando le digo que va a terminar la sesión, siendo otra vez su turno, me mira y pregunta: 'Mater' ¿no existe?. Le digo: 'Mater' es 'madre' en latín'.

Natalia juega a armar una casita. En un momento se detiene y me dice: '¿Me ayudas a cambiar la casa?' y '¿Esa es una casa para curar?', señalando un modelo que le parece un hospital y que quiere imitar

con sus maderitas. '¿Qué te hace pensar que sea para curar?' le pregunto tratando de obtener más asociaciones.

'Estoy jugando', es todo por respuesta. Y me parece suficientemente rica en condensaciones (cambiar-curar-jugar) como para puntuar esa riqueza sólo con un silencio aprobatorio.

El niño, entonces, juguetea con palabras, palabrea con juegos. Y, en el consultorio del psicoanalista despliega esa aventura -amor de transferencia- en que se re-actualizan demandas, deseos, fantasmas (sostén de los síntomas), en un camino que le permita encontrar un acto nuevo, una palabra nueva que le posibilite una reubicación subjetiva. Sus síntomas, decíamos, formas de elaboración de lo traumático pero al precio de una captura en un narcisismo objetivante que limita sus posibilidades creadoras. El análisis aparece en ocasiones, también para el niño, como la única posibilidad de escuchar-se. Eso. Así. Como un Otro. Y si, como sujeto sujetado a la Ley (castración simbólica) logra ubicarse de manera normativizada en relación a la diferencia de los sexos y a la sucesión en la línea de las generaciones, si acepta la pérdida que implica la renuncia al cuerpo-a-cuerpo con la madre admitiendo ser afectado por la determinación significativa, podrá advenir como sujeto deseante en la búsqueda, y a veces la contingencia de un encuentro, de aquello que le es suyo en tanto singularidad.

El trabajo con niños, por la forma concreta que asume la experiencia, nos enfrenta de manera explícita con la pregunta, crucial en todo análisis: Demanda, deseo, ¿de quién? Inevitable para el psicoanalista de niños escuchar a los padres, a veces sólo al inicio de



la cura, otras, también en momentos privilegiados de la misma. Singularidad de cada caso. Respecto de esto, una posición ética: ni consejos ni opiniones. A diferentes demandas respondemos con una única manera de escuchar: la escucha analítica, la escucha del inconsciente. El discurso de los padres en análisis se convertirá en posibilidad preeminente para trabajar el lugar del niño como objeto parcial en el fantasma materno. Lugar originario del sujeto, del que inevitablemente deberá ser excluido, por efecto de la palabra paterna.\* Sólo así merecerá llamarse sujeto.

Por último, si no es posible no analizar un niño, ¿por qué es tan difícil hacerlo?

\*Por deseo materno así como por palabra paterna designamos posiciones subjetivas que no necesariamente se corresponden puntualmente con la madre y/o el padre reales. De hecho, y a título de ejemplo, es interesante corroborar en la clínica la correlación, en el imaginario del paciente, de las posiciones padre ideal/madre fálica.

Capítulo I.

Dos líneas teóricas opuestas dominan el campo del psicoanálisis de niños: la sustentada por quienes siguen los lineamientos kleinianos y aquella otra que reconoce en Anna Freud a su teórica más prominente. Por supuesto esto no cubre el campo total de las prácticas analíticas; deberemos mencionar como figura sobresaliente de la llamada escuela inglesa el nombre de Winnicott, así como las reflexiones sobre esta práctica de quienes se ubican en referencia a la enseñanza lacaneana. En este sector, si bien no en forma exclusiva, destacan las figuras de Françoise Dolto y de Maud Mannoni. Nuestra intención, en este trabajo, es sin embargo limitarnos al análisis de las posiciones annafreudiana y kleiniana por considerar que marcan un hito fundamental en la historia del psicoanálisis como por creer que representan las posiciones de más relevancia en las instituciones que, en México, tienen que ver con la transmisión del psicoanálisis y, en particular, del psicoanálisis de niños. Centraremos nuestro análisis en la confrontación de ambas autoras tomando para ello los textos en que ellas mismas confrontaron, una respecto de la otra, sus diferencias.

Melanie Klein, en 1927, lee ante la Sociedad Psicoanalítica Británica, en mayo 4 y en mayo 18, una ponencia que, en español, aparece publicada bajo el nombre de 'Simposium sobre análisis infantil'. Este es uno de los artículos que integran el libro que Ediciones Hormé publica en 1964 con el nombre de Contribuciones al psicoanálisis y que es una recopilación de trabajos que la autora escribió y publicó entre 1921 y 1945.

En nota agregada en 1947 Melanie Klein se encarga de especificar

que estas reflexiones representan su contribución a una discusión sobre análisis de niños en la que se prestara especial atención al libro de Anna Freud Introducción a la Técnica del Análisis de Niños, publicado en Viena en 1926.

Con relación al texto de Anna Freud nosotros nos hemos basado en la versión española de que disponemos y que es edición, también de Ediciones Hormé, de 1964, aparecida bajo el nombre de Psicoanálisis del niño, edición que refiere como primera fecha de publicación de este trabajo el año de 1927 y que comprende, además de una comunicación 'Sobre la teoría del análisis infantil' presentada al X Congreso Psicoanalítico Internacional de Innsbruck, cuatro conferencias pronunciadas en el Instituto de Enseñanza de la Asociación Psicoanalítica Vienesa.\*

Es a estas conferencias a las que básicamente se remite Melanie Klein.

Esta comienza su trabajo haciendo referencia al desarrollo del análisis de niños y reconociendo su comienzo en el caso que el mismo Freud publicara en el año de 1909 con el nombre de Análisis de la fobia de un niño de cinco años, conocido por los lectores de habla española como el caso Juanito. Según ella, esta publicación fue de la mayor importancia y por dos razones: primero, porque permitió confirmar en la persona de un niño lo que Freud había inferido, sobre la infancia, en sus análisis de adultos neuróticos. En segundo lugar, este análisis sería la "piedra angular del subsiguiente análisis infantil. No sólo mostró la

\*La edición a la que hacemos referencia se completa además con un trabajo publicado por Anna Freud en 1947 que lleva por título 'La agresión en relación con el desarrollo emocional, normal y patológico'.

presencia y la evolución del complejo de Edipo en los niños y las formas en que opera en ellos; también mostró que estas tendencias inconscientes podían aflorar a la conciencia sin peligro y con gran provecho". (1)

Como vemos, Melanie Klein intenta ser reconocida en la práctica que sustenta desde el reconocimiento que supone en Freud y gracias al cual cree poder debatir las posiciones de Anna Freud, críticas y poco optimistas respecto de la posibilidad de llevar a cabo un verdadero análisis con un niño.

A los fines de facilitar la organización de la exposición hemos pensado en sistematizar los distintos tópicos que Anna Freud toca en sus artículos y las correspondientes respuestas que a éstos plantea Melanie Klein. Posteriormente, plantearemos nuestra propia posición respecto a esta discusión.

Anna Freud cuestiona la posibilidad de un verdadero análisis con un niño basándose en diferentes aspectos que enunciamos a continuación: Su concepción de lo que es un niño, a diferencia de un adulto y las consecuencias que de ello se derivarían, por ejemplo, la incapacidad del niño para establecer lo que ella denomina la alianza terapéutica y la importancia, por lo tanto, de una etapa preliminar, introductoria para el análisis, de características pedagógicas. Esta actitud pedagógica, imposible de descartar, se alternaría con la propiamente analítica en diferentes momentos de la cura y no sólo en este período de introducción.

Otro aspecto, relacionado con lo que antecede, sería la importancia que ella le otorga a la figura del analista como detentadora

de poderío y autoridad. La dificultad del niño para asociar, para dar información acerca de su historia, de la historia de su enfermedad, de su vida en general, y la consecuente necesidad de obtener esta información por medio de otros miembros de la familia, sería otro de los inconvenientes. La falta de conciencia de enfermedad y de la representación-fin de que el sujeto se encuentra en análisis y que querría curarse plantearía otra limitación. Anna Freud critica la significación simbólica que Melanie Klein otorga al juego del niño y el hecho de que para ella el juego sea equiparable a la asociación libre. Debemos considerar cuidadosamente la tesis central de que el niño sería incapaz de establecer una neurosis de transferencia. Por último deberemos atender a su concepción general de la estructuración subjetiva del niño, en particular el papel del superyó, así como las consecuencias de esto para la cura, tanto en lo que se refiere al lugar del analista en la misma como a su idea global de lo que implican las relaciones del paciente, del analista, de ambos, con la realidad. Sin desatender la concepción misma que, de realidad, está en juego en su teorización.

A cada uno de estos aspectos Melanie Klein contesta, cuestiona y rebate la posición de Anna Freud en un intento por sustentar la analizabilidad del niño y, más aún, en su afán de defender no sólo la absoluta pertinencia sino también necesidad de sostener esta práctica, tanto para beneficio de los pacientes como por el aporte que significa para el desarrollo del campo teórico-técnico del psicoanálisis.

Veamos detenidamente cada uno de los aspectos que son objeto de esta discusión.

Pero antes, una aclaración. No desconocemos que la posición de Anna Freud fue variando a lo largo de los años.\* La misma Klein, en el artículo a que hacemos referencia, en nota agregada en 1947, reconoce que las diferencias ya no son tan tajantes, que habría un relativo acercamiento de sus posiciones.\*\*

Esto podría implicar que el hecho de tomar publicaciones tan lejanas en el tiempo resultaría un tanto anacrónico y fuera de oportunidad, en particular en lo que se refiere a la obra de Anna Freud. Hemos decidido, no obstante, centrarnos en estos artículos porque si bien es cierto que sus posiciones fueron en parte modificadas, pensamos que lo central de su concepción teórica sigue guardando una congruencia de fondo con lo conceptualizado en 1927. Pero habría otra razón que consideramos de mayor peso. En nuestro medio existe una variedad de terapeutas que ejercen distintas técnicas que englobaríamos, a falta de saber cómo nombrarlas, bajo la denominación de psicología clínica y que, lo sepan o no, sea o no reconocido, tienen como sustrato teórico, si bien en muchos casos de manera ambigua, confusa o informulada, una concepción que guarda parentesco con lo planteado por Anna Freud. (V, como demostraremos más adelante, con aquellos aspectos de la obra kleiniana en los que, a pesar de ella misma, se emparenta su teoría con la que pretende rebatir.)

Este solo hecho justifica para nosotros la actualidad de esta discu-

\*También lo fue la de su oponente.

\*\*¿Anna Freud se volvió más kleiniana o ésta más annafreudiana?

sión, pese a lo que podrían sugerir cincuenta años de distancia.

Anna Freud comienza planteando la divergencia de la mayoría de los analistas vieneses con las posiciones de Melanie Klein en relación a las ventajas del análisis como contribución al desarrollo de todo niño normal. Según la autora, la posición, en Viena, sería la de que éste (el análisis) sólo se justifica frente a una verdadera neurosis infantil. Más aún, dice: "...en términos generales, creo que la labor con los niños da la impresión de que el análisis es, a veces, un recurso difícil, costoso y complicado; que en algunos casos se hace con él demasiado, y en otros -los más numerosos- el análisis genuino no rinde, ni mucho menos, lo suficiente. Tratándose de niños, es posible que necesite ciertos cambios y modificaciones o que sólo sea aplicable con determinadas medidas de precaución, al punto que quizás convenga contraindicarlo cuando no exista la posibilidad técnica de respetarlas." (2) Y más adelante: "La técnica especializada del análisis del niño -en cuanto técnica especializada- puede deducirse de una regla muy simple: la de que el adulto es, por lo menos en gran medida, un ser maduro e independiente; el niño, en cambio, un ser inmaduro y dependiente. Es natural que ante objetos tan dispares el método tampoco pueda ser el mismo. Muchos de sus elementos, importantes y esenciales en el primer caso, en el adulto, pierden importancia en la nueva situación; se desplaza también el papel de los distintos recursos, y lo que allí es una intervención necesaria e inofensiva, quizá se convierta aquí en una medida peligrosa." (3) En relación a lo que motivaría una consulta, se expresa de la siguiente-



te forma: "Por dificultades cualesquiera, una persona se siente perturbada en su propia intimidad, en su trabajo o en el goce de la vida; por cualquier motivo llega a confiar en las virtudes del análisis o de un analista determinado, resolviéndose a buscar su curación por tal camino." (4) Y, si bien es cauta respecto a un exceso de confianza en la confianza del paciente, no deja de afirmar: "Por fin, la confianza en el análisis y en el analista no siempre es grande; pero, con todo, se da en este caso la situación deseable e ideal para el tratamiento, de que el paciente establezca con el analista una alianza espontánea contra una parte de su propia vida psíquica. Naturalmente, en el caso del niño jamás nos encontramos con tales circunstancias." (5) Sin embargo considera que es posible lograr las indispensables conciencia de enfermedad, resolución espontánea y voluntad de curarse infundiendo en los niños confianza en el análisis, en el analista y convirtiendo en interior lo que sería exterior en cuanto a la decisión de analizarse por medio de "...un período de introducción que no necesitamos en el tratamiento del adulto." (6)

Melanie Klein responde a estas ideas annafreudianas señalando en primer término cómo su interlocutora sigue, en este sentido, las ya expresadas por H. Hug-Hellmuth quien, a pesar de haber emprendido el análisis sistemático de niños, mantuvo ciertos preconceptos que la llevaron a afirmar su desaprobación del análisis de niños muy pequeños así como a sostener que, en el análisis de niños en general, debía uno contentarse con la obtención de "...éxitos parciales' sin penetrar demasiado profundamente en el análisis de los

niños por temor a estimular con demasiada fuerza las tendencias e impulsos reprimidos, o por temor a hacer exigencias a las que su capacidad de asimilación no podría responder." (7)

No escapa a Klein el hecho de que, si el análisis es o no posible y cuán lejos pueda éste ser llevado, no son sino maneras de referirse a si es posible explorar lo relativo al complejo de Edipo. Obviamente tanto Hug-Hellmuth como Anna Freud se inclinan por creer que esto no sería conveniente, así como por pretender, solidariamente con esta idea, una combinación de la actitud analítica con influencias educativas, posición que Klein decididamente considera desfavorable para el desarrollo del análisis. Dice, en relación a este punto: "Ya en 1921 cuando publiqué mi primer artículo: 'El desarrollo de un niño', yo había llegado a conclusiones muy distintas. En mi análisis de un niño de cinco años y tres meses encontré (como todos mis posteriores análisis me lo confirmaron) que era perfectamente posible e incluso saludable, explorar el complejo de Edipo hasta sus profundidades, y que en esta tarea se podían obtener resultados por lo menos iguales a los obtenidos en los análisis de adultos. Además de esto descubrí que en un análisis de este tipo no sólo era innecesario que el analista se empeñara en ejercer influencia educativa sino que ambas cosas eran incompatibles." (8)

Klein se pregunta, además, por la razón de estas posiciones que, según ella, han sido poco afortunadas para el desarrollo del psicoanálisis de niños. Se responde: "Creo que el análisis de niños, comparado con el de adultos, se ha desarrollado en el pasado de manera mucho menos favorable porque no fue encarado con un espíritu de in-

investigación libre y desprejuiciado, como lo fue el de adultos, y en cambio estuvo trabado y entorpecido por varios preconceptos." (9)

Algunos de ellos: "Se dice que la conducta del niño en el análisis es evidentemente distinta de la del adulto, y que por consiguiente es necesario emplear una técnica diferente. Creo que este argumento es incorrecto...la actitud, la convicción interna, encuentra la técnica necesaria...si emprendemos el análisis de niños con la mente abierta, podemos descubrir caminos y medios para explorar las profundidades más recónditas. Y por los resultados de estos procedimientos podremos darnos cuenta de cuál es la verdadera naturaleza del niño, y veremos que no es necesario imponer restricción alguna al análisis, tanto en lo que respecta a la profundidad de su penetración como en lo que respecta al método con el que trabajemos." (10)

Con respecto al método, Klein es inequívoca: sólo puede establecerse una verdadera situación analítica con medios analíticos. Es esta convicción lo que la lleva a denunciar un razonamiento falaz en los planteos annafreudianos: "Todos los medios que juzgaríamos incorrectos en el análisis de adultos son especialmente señalados por Anna Freud como valiosos en el análisis de niños; su objetivo es la introducción al tratamiento que estima necesaria y que llama la 'entrada' en el análisis. Parecería obvio que después de esta 'entrada' jamás logrará establecer una verdadera situación analítica." (11)

Parece bastante obvio, por lo citado hasta ahora, la polarización de dos posiciones: Anna Freud insistiendo en las diferencias entre los adultos y los niños y concluyendo, por tanto, una diferencia de método en el tratamiento de unos y otros; acentuando, por el momento, la

conveniencia de no profundizar excesivamente en el análisis de los segundos y la necesidad de esta etapa introductoria en el análisis, que, aunque aun no lo hemos explicitado suficientemente, veremos por las citas que incluiremos más adelante, su relación con una actitud de tipo pedagógica. Melanie Klein, por su parte, sostiene una posición opuesta: no sólo para ella es posible y necesario el análisis, en el verdadero y estricto sentido de la palabra, aplicable a niños, sino que adelanta una suerte de interpretación del por qué de las conclusiones de A. Freud. Según sus propias palabras, Anna Freud encuentra en sus investigaciones el mismo punto del que parte, esto es, supone que no se puede analizar a un niño (este es el prejuicio que denuncia Klein), propone por lo tanto técnicas y métodos de orden no analítico y, por consiguiente...encuentra que no se puede analizar niños. Pero Klein va más allá en su crítica, explicitando que la posición opuesta a la de ella se sostiene en coherencia con una concepción, que obviamente ella considera errónea, gracias a la cual se confunde el objeto del análisis, se pierde de vista que éste trabaja con el inconsciente, no con la conciencia o el yo. Es este desplazamiento en el objeto lo que permitirá dar cuenta de las conclusiones a las que se llegan, las que, sólo en este cambio de mira, resultan coherentes. Veamos concretamente qué dice Klein al respecto: "Anna Freud se desvía en tantos aspectos de las reglas analíticas comprobadas porque piensa que los niños son seres muy distintos de los adultos. Sin embargo el único propósito de estos elaborados recursos es que la actitud del niño hacia el análisis sea como la del adulto. Esto parece ser contradictorio y creo que debe ser

explicado por el hecho que en sus comparaciones Anna Freud coloca el consciente y el yo del niño y del adulto en primer plano, cuando indudablemente nosotros debemos trabajar en primer lugar y sobre todo con el inconsciente (aunque acordamos todas las consideraciones necesarias al yo). Pero en el inconsciente (y aquí baso mi afirmación en el trabajo analítico profundo tanto con niños como con adultos), los niños no son de ninguna manera fundamentalmente distintos de los adultos." (12)

Creemos que aquí está expresada la tesis central, esto es, esta diferencia esencial de concepción marcará y determinará las respectivas conclusiones, y, por lo tanto, las respectivas diferencias de ambas autoras. Veremos más adelante, sin embargo, y según la posición sostenida por nosotros, cómo estas diferencias, a pesar de lo tajantes que puedan parecer, siguen planteándose a nivel de lo manifiesto. (Nos referimos a lo manifiesto de la teoría, aplicándole a ella (la teoría) los propios conceptos y herramientas que ha producido.) Pero por ahora deberemos seguir los pasos de esta discusión.

Habíamos llegado al punto en que Klein afirma que, en tanto ella trabaja con el inconsciente, Anna Freud coloca, como objeto de su trabajo, lo consciente y el yo. Y sigue Klein su discusión cuestionando esta etapa introductoria del análisis que defiende A. Freud. Dice: "No adjudico particular valor a la meta que Anna Freud persigue tan ardientemente; inducir en el niño una actitud hacia el análisis análoga a la del adulto. Creo además que si Anna Freud efectivamente alcanza esta meta por los recursos que describe (y esto solo puede ocurrir con un número limitado de casos) el resultado no es el que pretende con su

trabajo, sino algo muy distinto. El conocimiento de la enfermedad o del portarse mal que ha logrado despertar en el niño emana de la angustia que para sus propios fines ha movilizado en él: la angustia de castración y el sentimiento de culpa. (No entraré aquí en el problema de hasta qué punto también en los adultos el razonable y consciente deseo de curarse no es simplemente una fachada que encubre esta angustia.) Con los niños no podemos esperar encontrar ninguna base definitiva para nuestro trabajo analítico en un propósito consciente que, como sabemos, ni siquiera en los adultos se mantendría por mucho tiempo como único sostén del análisis." (13)

Vemos que Klein es más coherente con los postulados freudianos al plantear como central el problema de la angustia de castración y el valor de su papel en la cura. Anna Freud, en cambio, planteará esta indispensable etapa introductoria porque confía, desde una posición que parece desconocer todo el desconocimiento que implican el yo y la consciencia, en los buenos y nobles propósitos conscientes, siendo esta etapa introductoria un recurso para garantizarse la colaboración del paciente, la alianza terapéutica gracias a la toma de conciencia de los beneficios del análisis; Es en este sentido que la misma Anna Freud se refiere a todos los recursos que utiliza como pedagogía, en el sentido en que el niño debe aprender todas las ventajas que implica su aceptación a colaborar con el analista. Y parece bastante obvia la relación entre esta posición de educador y la importancia, que la autora expresa de manera explícita, de que el analista sea una figura de poder y autoridad." (No se necesita mucha experiencia en la práctica del análisis para saber que la adhesión

consciente a los objetivos analíticos no pasa de ser una ilusión encubridora, las más de las veces, y por muy paradójico que pueda parecer a oídos inexpertos, fuente de todo tipo de resistencias.) Respecto al poder y la autoridad dice Anna Freud: "En efecto, también al neurótico adulto...procuramos mostrarnos interesantes y útiles. Pero aquí intervienen asimismo los factores del poderío y de la autoridad exterior, pues la práctica demuestra que el analista experto y afamado retiene a sus enfermos mucho más fácilmente que el principiante, y evita que se le 'escapen' al comenzar el análisis; y, además, no tropieza en las primeras sesiones con una transferencia negativa de tal intensidad, con expresiones de odio y desconfianza tan violentas como las que éste debe sufrir. Solemos explicar tales diferencias atribuyéndolas a la escasa experiencia del joven analista, a su falta de tacto en la actitud frente al paciente, a su precipitación o a su excesiva prudencia en las interpretaciones." (14) Sí, de esto se trata. La autora, por el contrario, opina: "Sin embargo, creo que aquí deberíamos tomar en consideración, justamente, el factor de la autoridad externa." (15)

Melanie Klein contesta a estos puntos sobre el final de su contribución: "En esta segunda parte de mi artículo mi intención era demostrar que es imposible combinar en la persona del analista la tarea analítica y educativa, y esperaba mostrar por qué es así. Anna Freud misma describe estas funciones (pág. 82)\* como 'dos tareas difíciles y contradictorias'. Y dice nuevamente: 'analizar y educar, o sea permitir y prohibir al mismo tiempo, liberar y atar nuevamente'. Puedo resumir mis argumentos diciendo que una actividad anula

\*No corresponde a la edición sobre la que estamos trabajando.

la otra. Si el analista incluso temporariamente se torna representante de agentes educativos, si asume el rol del superyó, bloquea en ese punto el camino de los impulsos instintivos a la conciencia: se vuelve un representante de los poderes represores. Avanzaré un poco más y diré que según mi experiencia, lo que debemos hacer con los niños tanto como con los adultos es, no simplemente establecer y mantener la situación analítica con todos los medios analíticos y abstenernos de toda influencia educativa directa, sino, más aún, que el análisis de niños debe tener la misma actitud inconsciente que pedimos al analista de adultos, si ha de tener éxito. Esto lo debe capacitar para querer realmente solo analizar, y no desear moldear y dirigir la mente de sus pacientes. Si la angustia no se lo impide, podrá esperar con calma la evolución del resultado correcto, y de este modo se alcanzará este resultado. Si lo hace, además, demostrará la validez del segundo principio que expongo en oposición a Anna Freud, a saber: que debemos analizar completamente y sin reservas la relación del niño con sus padres y su complejo de Edipo." (16)

Otro tema motivo de diferencias: los medios o recursos para llevar a cabo un análisis.

Anna Freud enumera cuatro: los recuerdos conscientes, la interpretación de los sueños, las asociaciones libres y las reacciones transferenciales. A excepción de los sueños, encuentra grandes diferencias entre adultos y niños en cuanto a su posibilidad de utilización de estos recursos.

Veamos: "Al reconstruir la historia clínica del enfermo, basándonos



en sus recuerdos conscientes, tropezamos con una primera diferencia. Como es sabido, en el adulto evitamos recurrir a la familia en busca de cualquier información y confiamos exclusivamente en los datos que él mismo pueda ofrecernos." (17) Más adelante: "El niño, en cambio, poco puede decirnos sobre la historia de su enfermedad. Su memoria no llega muy lejos, mientras el análisis no haya acudido en su auxilio." (18) Y: "Así, el analista de niños recurre efectivamente a los padres de sus pacientes para completar la historia, no quedándole más recurso que el tomar en cuenta todas las posibles inexactitudes y deformaciones surgidas de motivos personales." (19)

La posición de Klein al respecto es que, si aceptamos acceder al análisis por medios exclusivamente analíticos,\* esto es, por medio del análisis de la transferencia, en sus vertientes positiva y negativa, se vuelve carente de significación la falta de este recurso. Es que en realidad, el análisis de la transferencia, volvería, según ella, poco importante el hecho o no de la obtención de información objetiva sobre la realidad. Leemos en la página 143: "...indudablemente podemos trabajar con mayor seguridad y más eficacia con medios puramente analíticos. No todos los niños reaccionan ante nosotros con miedo y desagrado. Mi experiencia me apoya cuando digo que si un niño tiene hacia nosotros una actitud amistosa y juguetona se justifica suponer que hay transferencia positiva, y utilizarla inmediatamente en nuestro trabajo. Y tenemos otra excelente y bien probada arma que usamos de manera análoga a cómo la empleamos en el análisis de adultos, aunque es cierto que allí no tenemos una oportunidad tan rápida y simple

\*Veremos más adelante que no compartimos totalmente la interpretación kleiniana de lo que serían métodos analíticos.

de intervenir. Quiero decir que interpretamos esta transferencia positiva, o sea que tanto en el análisis de niños como en el de adultos la retrotraemos hasta el objeto de origen. Probablemente notaremos por lo general a la vez la transferencia positiva y la negativa, y se nos darán todas las oportunidades para el trabajo analítico si desde el comienzo manejamos ambas analíticamente. Al resolver parte de la transferencia negativa obtendremos, igual que en los adultos, un incremento de la transferencia positiva, y de acuerdo con la ambivalencia de la niñez, ésta será pronto seguida de una nueva emergencia de la negativa. Este es ahora verdadero trabajo analítico y se ha establecido una verdadera situación analítica. Además, tenemos establecida ya la base para trabajar con el niño mismo, y a menudo podemos ser en gran medida independientes del conocimiento de su ambiente." (20)

Como es evidente según la cita que antecede, información para Klein está lejos de referirse a datos sobre la vida, la historia de la enfermedad o el ambiente del paciente. Para ella, información en todo caso es información transferencial, esto es, la que provee la relación con el paciente mismo acerca de la historia de lo que ella y sus seguidores conceptualizarán más tarde como la historia de sus relaciones objetales, así como las vicisitudes de la estructuración de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva, y la relación entre ambas. Esto no está aun conceptualizado como tal en este trabajo de 1927 pero sí podemos afirmar que la posición por la cual la información de una supuesta historia objetiva no merece mayor atención ya está aquí plenamente sustentada en esta jerarquización otorgada al a-

nálisis de la transferencia.

Hay un punto en el que las dos autoras coinciden: lo referente al análisis de los sueños. Ambas afirman de la capacidad del niño para captar este análisis. Anna Freud dirá: "Pero nada más fácil de hacerle comprender a un niño, que precisamente la interpretación de los sueños."(21) Y más adelante: "...hasta los niños menos inteligentes, absolutamente ineptos para el análisis en cualquier otro sentido, jamás fracasan al interpretar sus sueños..."(22)

Tomando estos mismos fragmentos que acabamos de citar, Klein, quien obviamente acuerda con A. Freud en este punto, avanzará hacia el planteo de las diferencias entre ambas en relación al tercero de los recursos enumerados: las asociaciones libres. Dirá, en relación a esta ineptitud que A. Freud supone en determinados niños: "Creo que estos niños no hubieran sido de ninguna manera tan ineptos para el análisis si Anna Freud hubiera utilizado, tanto de otras formas como de la interpretación de los sueños, la comprensión del simbolismo que manifestaban tan claramente. Porque en mi experiencia he encontrado que si se hace esto, ningún niño, incluso el menos inteligente, es inepto para el análisis."(23)

Es que Anna Freud, al señalar la incapacidad del niño para respetar la regla de la asociación libre ha criticado a Klein en su tesis de que el juego podría ser equiparable a la asociación, así como en la importancia que le otorga al simbolismo en la interpretación de la actividad lúdica. Dice: "No cabe duda que la técnica de juego elaborada por Melanie Klein tiene sumo valor para la observación del niño."(24) Pero más abajo: "Sin embargo, al aplicar su técnica Melanie

Klein aun da un importante paso más. Pretende que todas estas asociaciones lúdicas del niño equivalen exactamente a las asociaciones libres del adulto y, en consecuencia, traslada continuamente cada uno de estos actos infantiles a la idea que le corresponde, es decir, procura averiguar la significación simbólica oculta tras cada acto del juego."(25) Basará su crítica en lo siguiente: "...examinemos una vez más la justificación de equiparar estos juegos del niño con las asociaciones del adulto. Evidentemente, éstas son 'libres', o sea que el paciente ha excluido toda orientación e influencia consciente sobre el curso de sus pensamientos, pero, sin embargo, están regidas al mismo tiempo por determinada representación final: la de que él, el sujeto que las asocia, se encuentra en análisis. El niño, en cambio, carece de esta representación final."(26) Y, equivocadamente, según explicitaremos más adelante, pretende justificar su desacuerdo: "He aquí, pues, un argumento contrario a la equiparación que establece Melanie Klein, pues si las asociaciones lúdicas del niño no están regidas por las mismas representaciones finales que las del adulto, quizá tampoco se tenga derecho a tratarlas siempre como tales, y en lugar de corresponderles invariablemente una significación simbólica, podrían aceptar a veces explicaciones inocentes."(27)

Ya transcribimos un poco más arriba la cita en que Klein cuestiona el prejuicio acerca de la ineptitud de los niños para el análisis haciendo referencia a la comprensión de los mismos respecto del simbolismo. Efectivamente, ahí donde reconoce que los niños no pueden dar, y no dan, asociaciones de la misma manera que los adultos, considera al juego, en su expresión de un simbolismo, como un equivalente de la a-

sociación considerando legítima su interpretación. Pero se rehusa a aceptar que el uso que ella hace de esta interpretación sea tan lineal y simplista como pretende su oponente. Se defiende: "En el capítulo III Anna Freud presenta una serie de argumentos teóricos en contra de la técnica de juego que yo he ideado, por lo menos mientras se aplique a los fines del análisis y no meramente de la observación. Cree dudoso que uno esté justificado para interpretar como simbólico el contenido del drama representado en el juego del niño, y piensa que muy probablemente éste sea ocasionado simplemente por observaciones reales o experiencias de la vida diaria. Aquí debo decir que por las ilustraciones de Anna Freud sobre mi técnica puedo ver que la entiende equivocadamente. 'Si un niño tumba un poste de farol o una figura, ella (Melanie Klein), probablemente interpreta esta conducta como debida a tendencias agresivas hacia el padre, mientras que si un niño hace chocar dos carros lo interpreta como signo de la observación del coito entre los padres.' Jamás aventuraría yo una interpretación simbólica tan 'silvestre' del juego de niños. Por el contrario he recalcado esto muy especialmente en mi último artículo. Suponiendo que un niño exprese el mismo material psíquico en numerosas repeticiones -a menudo por varios medios, por ejemplo juguetes, agua, recortando, dibujando, etc.-, y suponiendo que además yo pueda observar que estas particulares actividades están casi todas acompañadas por un sentimiento de culpa expresado ya sea por angustia o en representaciones que implican sobrecompensación, que son la expresión de formaciones reactivas -suponiendo que yo haya logrado insight en ciertas conexiones: entonces

interpreto estos fenómenos y los enlazo con el inconsciente y con la situación analítica. Las condiciones prácticas y teóricas para la interpretación son precisamente las mismas que en el análisis de adultos." (28)

Queda claro, con la cita transcripta, la opinión kleiniana respecto al juego, su relación con el simbolismo y la consecuente posibilidad de una interpretación analítica del mismo. Nuestra opinión no es exactamente coincidente con la kleiniana en el sentido en que su concepción general de la estructuración del sujeto no es la nuestra. De esta diferencia se concluirán concepciones diferentes acerca de qué se entiende por análisis, cuáles los elementos a qué atender en la escucha (es evidente el acento puesto por ella, central en su concepción, a la noción sentimiento de culpa), el papel de lo que se denomina como simbolismo, cómo pensamos la interpretación, para nombrar, por el momento, algunos de los puntos de nuestra diferencia. Sin embargo, en la discusión Anna Freud-Melanie Klein nos parece que la segunda se encuentra más cerca de, al menos intento, cernir el objeto psicoanalítico. Es en esta línea que nos parece interesante transcribir una cita que vale por la lucidez que a veces Klein demuestra en su acercamiento a la clínica. En relación al problema de las posibilidades del niño en cuanto a asociar libremente destaca: "Quiero agregar aquí que probablemente lo principal es que los niños no pueden asociar, no porque les falte capacidad para poner sus pensamientos en palabras (hasta cierto grado esto sólo se aplicaría a niños muy pequeños) sino porque la angustia se resiste a las asociaciones verbales." (29) Aquí, pensamos, habla Melanie Klein, psicoanalista.

Antes de pasar a revisar lo relativo al tema 'la neurosis de transferencia en el niño', quisiéramos comentar un punto señalado por A. Freud que nos parece que Klein no destaca suficientemente. La primera refiere, como parte de su crítica a la equiparación del juego y la asociación libre, y la consecuente interpretación del primero, la falta en el niño de lo que ella denomina representación final de que éste se encuentra en análisis. Si no entendemos mal, con el término representación final, se estaría aludiendo a un concepto freudiano que nos parece un poco más complejo que lo que sugiere la ilustración de la autora. Por lo pronto, por representación final se designa lo que orienta el curso de los pensamientos pero no sólo, ni mucho menos exclusivamente, a nivel consciente. Representación final alude también a pensamientos preconcientes e inconscientes. Esto, que valga como precisión teórica. Pero, más importante aún, la representación final consciente de que el sujeto se encuentra en análisis no nos parece ser la que rige el proceso de la asociación libre. El habla del sujeto en análisis encuentra su fundamento en otro lugar.\*

Por otra parte, si así no fuera, ¿cómo pensar que el niño, por el hecho de serlo, carecería de esta representación? ¿O es que Anna Freud cree que por representación final de que se está en análisis debe entenderse una concepción clara, objetiva y científica de lo que análisis significa? ¿Es acaso la adhesión intelectual y la compenetración con sus postulaciones lo que da cuenta de que alguien se analice o no? Si creyéramos esto deberíamos dar un curso de introducción al psicoanálisis a cada uno de nuestros pacientes antes de iniciar el pro-

\*Esto será desarrollado en el próximo capítulo.

ceso de la cura;

Por fin, la discusión entre ambas alrededor del tema de la neurosis de transferencia. Para empezar, Anna Freud habla de la transferencia como de "reacciones transferenciales" (30), refiriéndose más adelante a ésta como "la función de la transferencia como recurso técnico auxiliar en el análisis del niño". (31), con lo cual nos parece que se minimiza el alcance teórico del concepto. La transferencia quedaría planteada no en su valor intrínseco a la constitución del Inconsciente, en una articulación teórica que daría cuenta de la imposibilidad de pensar un concepto sin el otro, sino que su ubicación teórica quedaría relegada al carácter de un mero atributo, de una cualidad. En este contexto, o sea aquél por el cual no se profundiza el verdadero alcance y consecuencias del concepto, discuten ambas autoras. Hay, no obstante, diferencias entre ellas; Anna Freud insistiendo en que, en análisis de niños, la exigencia de una vinculación amorosa, cariñosa con el analista (la transferencia positiva) es imperativa, y esto por el objetivo de tipo pedagógico que, además del analítico, perseguiría el tratamiento. Esto la lleva a justificar todas las piruetas manipuladoras que ejerce en los análisis para garantizarse el apego del niño evitando, en lo posible, todas las manifestaciones que caerían bajo el rubro de la transferencia negativa. Pero más importante aún es su idea de que, de últimas, habrá manifestaciones transferenciales pero no se llegará a formar una verdadera neurosis de transferencia. Y esto por dos razones: una atribuible a la misma estructura infantil, la otra atribuible al analista. Según la autora: "El pequeño paciente no está dispuesto, como lo está el adulto, a reeditar sus vincula-



ciones amorosas, porque, por así decirlo, aún no ha agotado la vieja edición. Sus primitivos objetos amorosos, los padres, todavía existen en la realidad y no sólo en la fantasía..." (32) Una vez más, no podemos dejar de expresar nuestro desacuerdo. Esta idea de neurosis de transferencia nos parece que empobrece notablemente la riqueza del concepto freudiano. Y no se limita a este punto en la medida en que esta conceptualización de la transferencia es solidaria con una idea de objeto ("sus primitivos objetos amorosos"), de sujeto ("el pequeño paciente") y de realidad ("los padres, todavía existen en la realidad")\* con la que desacordamos absolutamente. ¿Dónde quedó el concepto de realidad psíquica que Freud se ocupara de desarrollar en la Interpretación de los sueños? ¿A qué quedó reducida esa complejidad en la constitución de la relación sujeto-objeto que Freud intentara aprehender, por citar uno entre otros, en un texto, tan rico como difícil, como es el de Pulsiones y destinos de pulsión? Todo lo que vamos puntuando tiene una coherencia que le es intrínseca y se expresará consecuentemente en cada uno de los puntos a abordar. Así cuando se refiere Anna Freud a la segunda razón por la cual no se constituiría una verdadera neurosis de transferencia, aquella que tiene su justificación en el analista. Dice: "Pero, por otra parte, el analista de niños no es muy apropiado como objeto ideal de una transferencia fácilmente interpretable. Sabemos cómo nos conducimos en el análisis de un adulto para asegurarle esa finalidad, procurando ser impersonales y nebulosos, verda-

\*Referencias, las tres, a la cita (31).

deras hojas en blanco en las que el paciente pueda registrar todas sus fantasías transferenciales, como en el cinematógrafo se proyecta una imagen sobre la pantalla vacía." (33) "Pero el analista de niños puede serlo todo menos una sombra." (34) Entendemos a qué, a nivel de lo descriptivo, se refiere Anna Freud. Pero nosotros creemos que debe ser otro el punto de mira para definir la posición del analista y, desde ese otro punto de mira, la llamada neutralidad del analista tendrá otra referencia. Retomaremos estas ideas un poco más adelante. Por el momento querríamos dejarle la palabra a Klein, quien dice: "El análisis de niños muy pequeños me ha mostrado que incluso un niño de tres años ha dejado atrás la parte más importante del desarrollo de su complejo de Edipo. Por consiguiente está ya muy alejado, por la represión y los sentimientos de culpa, de los objetos que originalmente deseaba. Sus relaciones con ellos sufrieron distorsiones y transformaciones, por lo que los objetos amorosos actuales son ahora imágenes de los objetos originales." (35) Y con respecto a la neutralidad del analista: "Su actividad (la del analista) es sólo aparente, porque aun cuando se vuelque completamente en todas las fantasías en el juego del niño, conforme a los modos de representación peculiares de los niños, está haciendo exactamente lo que el analista de adultos, quien, como sabemos, también sigue de buen grado las fantasías de sus pacientes. Pero fuera de esto, yo no permito a los pacientes infantiles ninguna gratificación personal, ya sea en forma de regalos o caricias, o de encuentros personales fuera del análisis, etcétera." (36)

Klein justifica así su idea de que en los niños aparecería una plena neurosis de transferencia y que es el manejo de la misma uno de los factores principales en el trabajo analítico, siendo su resolución uno de los signos de la conclusión satisfactoria de un análisis. Considera así que, al dejar Anna Freud de lado la mayor parte de las reglas analíticas, la transferencia se convierte en un concepto incierto y dudoso. No entiende el por qué de intentar demoler o modificar la transferencia negativa en lugar de manejarla analíticamente; considera además que, al no analizarla sino, por el contrario, estimular la alianza incondicional del niño con el analista, ésta (la transferencia negativa) se dirigirá, con mayor razón y mayor fuerza, contra quienes comparten la cotideaneidad del niño, o sea, los padres. Dice Melanie Klein que las premisas y conclusiones en la teorización annafreudiana se mueven en un círculo. Y creemos que tiene razón, porque mientras por un lado Anna Freud plantea la imperiosa necesidad de que el analista sea un guía, un factor de poder y autoridad, se gane la alianza del niño, se ubique, para decirlo en términos más rigurosos, en el lugar del ideal del yo, esto es, ocupe el lugar que nuestra sociedad tiene reservado a los padres (o sus equivalentes), esto es, los desplace, después se muestra temerosa y reacia de analizar el rechazo, los impulsos hostiles del niño hacia las figuras edípicas.

Cuando afirma: "...es preciso que el analista logre ocupar durante todo el análisis el lugar del ideal del yo infantil y no iniciar su labor de liberación analítica antes de cerciorarse de que

podrá dominar completamente al niño. Aquí es donde adquiere toda su importancia la posición de poderío... Sólo si el niño siente que la autoridad del analista sobrepasa la de sus padres, estará dispuesto a conceder a este nuevo objeto amoroso, equiparado a sus progenitores, el lugar más elevado que le corresponde en su vida afectiva." (37) ¿Cómo sostiene después que ella no debe intervenir entre el niño y los padres y que sería peligroso hacerle consciente al niño su oposición a ellos si ha estado planteando que se debe ocupar el lugar del ideal del yo? ¿Si define el análisis como ordenador de la vida del otro según la moral adecuada, la del analista? Anna Freud considera que son los padres o educadores los responsables de la neurosis del niño, es por esto que el analista debe ocupar ese lugar para corregir esta desmesura! Claro, después se encuentra en el brete de cómo asumir tamaña responsabilidad como es la de enfrentar al niño con sus objetos de amor! Conclusión: el análisis no puede ser llevado demasiado lejos, sería peligroso! Pero no es el análisis lo que no debe ser llevado demasiado lejos. Es esta posición, que no debería llevarse ni demasiado lejos ni demasiado cerca! Melanie Klein es absolutamente clara en este punto: "Porque sabemos que el complejo de Edipo es el complejo nuclear de la neurosis; por lo tanto si el análisis evita analizar este complejo, tampoco puede resolver la neurosis." (38) Que el complejo de Edipo sea el complejo nuclear no quiere decir para nada que los padres sean responsables de la neurosis de su hijo. Que los fantasmas paternos estén interesados en la constitución de la neurosis del niño, esto

es obvio en la medida en que todo sujeto se constituye en relación a otros, y los padres ocupan un lugar indiscutible en esta constitución en cuanto ellos ejercen, en la realidad, determinadas funciones que hacen a la constitución de la subjetividad de su hijo. El complejo de Edipo es una estructura en la que todos están inmersos, el niño como sus padres, y analizar la estructura edípica quiere decir analizar los fantasmas que sustentan a todos los interesados, pero en tanto están interesados como sujetos deseantes, no como figuras de poder o sometimiento.\* Padre, madre, hijo, en la estructura edípica, nombran posiciones del deseo, o, dicho de otra manera, nombran posiciones de la subjetividad. Analista, nombra también una posición particular en relación al deseo y no la detentación de la garantía de que se es y se debe ser el ideal del yo para el otro (en este caso el analizante). Melanie Klein no llega tan lejos como esto pero sin embargo aclara: "...yo jamás intento predisponer al niño en contra de los que lo rodean. Pero si sus padres me lo han confiado para que lo analice, ya sea para curar una neurosis o por otras razones, creo que estoy justificada al tomar la línea que me parece la más ventajosa para el niño y la única posible. Quiero decir la de analizar sin reservas su relación con los que lo rodean, y por lo tanto, en especial con sus padres, hermanos y hermanas." (39)

Con estas últimas citas hemos estado rodeando lo que resumiría ambas posiciones. Una, la idea de que la neurosis y la represión se generan por acción de agentes externos, en este caso, la desmesura-

\*En la estructuración subjetiva, las figuras de poder, corresponden a formas peculiares de renegación de la castración ineludible si de lo que se trata es de articular un sujeto como deseante.

da exigencia de padres y educadores. Esto implica una idea global de que habría que corregir una supuesta realidad deformadora de una, también supuesta, constitución normal, no neurótica. De ahí, la importancia del papel no sólo analítico sino también educativo del analista a quien explícitamente se le propone ocupar el lugar del ideal del yo según la idea de que en el niño esta función no estaría suficientemente garantizada.\*

Analista educador al que se corresponde un analizante inmaduro, dependiente aún de sus primitivos objetos amorosos a quienes sería peligroso cuestionar mediante el análisis del complejo de Edipo. Imposibilitado de constituir una neurosis de transferencia, el niño, incapaz también de dar información veraz y confiable sobre su historia, sometería al análisis a permanentes referencias externas al mismo. Todos estos elementos configuran una situación por la cual no sería posible defender la posibilidad de sostener un verdadero análisis con un niño.

Por lo contrario, Melanie Klein defiende la posibilidad de analizar niños. Cree que en el inconsciente éstos no son diferentes de los adultos, por eso sostiene la factibilidad de analizar el complejo de Edipo centrandolo en el de la transferencia (positiva y negativa), lo que vuelve totalmente secundaria la obtención o no de los datos de la realidad. Se opone terminantemente a que el analista resigne su lugar analítico convirtiéndose en educador ya que

\*Algo de esto es cierto sobre todo en lo que atañe a niños muy pequeños. De esto se derivarían diferencias en el abordaje clínico, incluso preguntas válidas acerca del alcance y objetivos del análisis en sujetos que se inauguran como hablantes. Pero nunca justificaríamos conclusiones como las annafreudianas. En todo caso, nos interrogamos acerca de cómo Eso habla en niños muy pequeños.

considera absolutamente pernicioso el objetivo de reforzamiento del superyó. Según ella, éste, a diferencia del yo, no está radicalmente influido por el desarrollo posterior, acercándose al del adulto en forma estrecha, siendo la instancia que, en sus excesos (el superyó y no los padres ni los educadores;) de exigencias, sería en parte responsable de la neurosis. De ahí su idea de que, en lugar de reforzarlo, la consecuencia del análisis debería ser la de volverlo más permisivo, suavizarlo, consecuencia que resulta de la profundización del análisis del complejo de Edipo.

Hasta aquí, el diálogo Anna Freud-Melanie Klein.

Ya hemos adelantado algunas de nuestras diferencias con la posición que sustenta la primera: nuestras diferencias con su idea de sujeto, justifican, consecuentemente, todas las demás, referidas a detalles de su concepción teórica. Anna Freud, veíamos, comienza planteando que los niños (sujeto=individuo) son seres inmaduros y dependientes. De ahí la conclusión de la inevitabilidad de posiciones de tipo pedagógico en análisis, la imperiosidad para el analista de ocupar el lugar del ideal del yo, la concepción de la cura como identificación y, más aún, alianza con el analista, detentador de la norma. La idea de inmadurez y dependencia, como bien señala Klein, sólo se justifica si es el yo el objeto de nuestra escucha. Aunque redundante, queremos volver a remarcar nuestro desacuerdo con este criterio. Desde un desacuerdo tan radical es evidente que todos los conceptos de la teoría estarán su-

jetos a interpretaciones con las que, a nuestra vez, desacordaremos. Así como es al inconsciente que habla en sus formaciones (síntomas, lapsus, actos fallidos, chistes, sueños) a quien se dirige nuestra escucha o, más aún, a ese más allá que evoca la fantasía en su evocación del cuerpo, congruentemente, la historia que nos importa no será la de los sucesos vividos, la de los acontecimientos que no hacen sino conformar la novela que el sujeto produce (o donde se produce imaginariamente). La historia que nos importa será la repetición de significantes reprimidos, los acontecimientos en su valor significante, repetición en esa otra escena, instancia denominada el Otro. De ahí que la obtención o no de datos en el sentido de la historia manifiesta se nos convierte en un hecho irrelevante en la medida misma en que no la consideramos como dato en sí misma sino sólo en la resignificación que toma en el proceso del análisis. (40) Esto, sea el analizante niño o adulto. Melanie Klein, tajante cuando plantea que el inconsciente es igual en niños que en adultos, enfrenta las tesis annafreudianas sosteniendo que de lo que se trata en un análisis es de la historia de la transferencia. El problema es qué entiende ella por transferencia. Creemos nosotros que mientras por una parte crítica a A. Freud por centrarse en el yo, por la otra, su concepción peca de lo mismo que crítica. Su idea de transferencia (positiva y negativa) como transferencia de amor y odio, transferencia de afectos, no se refiere sino a una concepción de la misma como proyección yoica, la transferencia como proyección o desplazamiento de afectos. Lacan ha relacionado el mecanismo de la proyección con la dimensión imaginaria.



En este sentido el concepto de transferencia queda capturado en la exclusividad de esta misma dimensión.\*

Si para Anna Freud el sujeto coincide con la persona, para Klein será igual a fantasías inconscientes, producto de procesos de proyecciones e introyecciones que, en su articulación con un afecto determinado (angustia persecutoria o depresiva) y en conjunción con una particularidad objetal (objeto bueno o malo, parcial o total) determinará una posición, forma en que se nombra, en la teoría kleiniana, una cierta estructuración tópica del inconsciente. Inconsciente que, importa destacar, está estructurado por fantasías. Fantasías entendidas, una vez más, en su aspecto más imaginario. (41)

Sustentamos esto por la importancia otorgada en la teoría kleiniana a las vicisitudes del afecto. Ya que si bien Klein explícitamente habla de angustia de castración, cuando se explaya sobre su idea de la transferencia es evidente el deslizamiento de la noción de afecto hacia sus vertientes más yoicas. Lo mismo en lo que atañe al objeto. No padece éste, en su teoría, de un empirismo como el que lleva a Anna Freud a creer que el objeto pulsional son los padres (en concordancia con sostener que el sujeto es la persona). Klein, más sutil, planteará que el niño, aún uno pequeño de alrededor de tres años, ya ha dejado atrás la relación con sus objetos originales habiendo su complejo de Edipo sufrido distorsiones y transformaciones. Pero, fieles a una lectura rigurosa de la obra de Freud, ¿cómo plantear la existencia de objetos originales si éste, el objeto de la pulsión, se

\*Con Freud, nos remitimos a Pulsiones y destinos de pulsión donde es explícita la idea de que amor y odio son, como tales, vicisitudes del yo y no de la pulsión o sus representantes. Lo mismo cuando más adelante en la Metapsicología planteará que los afectos no son inconscientes, no siendo, por lo tanto, sujetos de represión.

constituye ya, como perdido? (42) Es que si bien Klein sabe escuchar a sus pacientes allí donde sostiene que el niño si no asocia es por angustia, no supo leer todo lo bien que se requiere a Freud cuando mantiene su creencia en un objeto original, originario, que poco más adelante en el desarrollo de su teoría, definirá como el pecho (43). Del falo al pecho, de la angustia de castración a las ansiedades persecutoria y depresiva asistiremos a una progresiva desexualización de la teoría. (44) Se olvida, ¿se reprime? la taxativa conceptualización freudiana en su insistencia de que sólo cabe hablar de angustia de castración (o envidia del pene) en referencia al falo. Sólo en la etapa fálica, dirá Freud, tiene sentido el complejo de castración. (45) Sólo retrospectivamente, nachträglich, (46) se significarán como tales las otras pérdidas, el seno o las heces. Etapa fálica, la entendemos nosotros como la manera que tuvo Freud de nombrar esa exigencia, ese apriori de la teoría, ese apriori del inconsciente: el falocentrismo, la premisa universal del pene. Falo, significante de la falta, produciendo efectos de significación. (47) En lo imaginario, la creencia de que hay un sólo órgano genital: el masculino. Creencia que se sostiene más allá de cualquier comprobación de hecho, creencia que responde a un debe y que, confrontada a la diferencia de los sexos producirá lo que la teoría denomina complejo de castración, angustia o envidia que delatan el saber sobre la diferencia, teorías sexuales infantiles que intentan desmentir lo que se sabe. (48)

En el deslizamiento teórico del falo al pecho se dessexualiza el inconsciente, se empiriza el objeto, se biologiza el psicoanálisis. Se lo vuelve pre-freudiano, se encubren las aporías y las paradojas. No

hay conmoción del saber.

Tampoco se conmueve el saber cuando se entiende el Edipo como fase, etapa en el desarrollo, evolución psicológica de la historia de un sujeto y no como estructura que, antecediendo y trascendiendo al sujeto, lo constituye como tal. Mito en el que en el entretendido de varias generaciones se elaborará el complejo de castración en el sentido simbólico, esto es, en el sentido en que el hombre es afectado por el lenguaje, por el significante. (49) El Edipo kleiniano por más referido que esté a la historia de relaciones objetales y de fantasías inconscientes, no deja de implicar una noción de inconsciente ligado a un sentido que, latente, el analista entenderá, descifrá, y comunicará a su paciente para que éste sepa de él. Lo conozca. Esta idea de inconsciente como conjunto de fantasías en que se expresan los afectos que al sujeto le resulta difícil reconocer y asumir sino por la intervención del analista (individuo con quien reproducirá relaciones afectivas originales) nos parece que empobrece notablemente la riqueza del pensamiento freudiano. Y no da cuenta de lo que ocurre en la clínica. Por un lado restringe el concepto a su vertiente más descriptiva. Por el otro, este inconsciente, lejos de reflejar la subversión que supone para el conjunto del saber en la medida en que, como tal, y como concepto, se organiza alrededor de una falta que ningún saber podrá obturar, en que se constituye como aporía de un saber que no se sabe, se plantea, para Klein, como objeto de conocimiento que, en la relación dual analizante-analista, podrá ser conocido, domeñado. El analista, creyendo poseer tal conocimiento sobre el inconsciente del primero lo transmitirá a su paciente y la

cura será entendida como la adquisición de un supuesto conocimiento en virtud de una manera simplista de entender el hacer consciente lo inconsciente. (50)

Para Klein, entonces, la transferencia, transferencia de afectos; el inconsciente, estructura de fantasías; la relación analizante-analista, una relación dual en la que el segundo sabe. Y quien sabe... enseña. Melanie Klein critica la asunción de posiciones pedagógicas e imperceptiblemente... cae en lo mismo que intenta criticar.

Esta manera de entender el inconsciente, como estructura de fantasías que darían sentido a lo manifiesto de la conducta del paciente (debemos marcar también que se pierde progresivamente en la concepción kleiniana la primacía otorgada al discurso en favor de la conducta) guarda relación con la defensa de la interpretación según el simbolismo. Vimos más arriba que éste era un punto importante de discusión. Mientras A. Freud criticaba a Klein por otorgarle al juego valor simbólico, ésta defiende acérrimamente la posibilidad del niño de comprender este valor simbólico, esto es, la idea (fantasía, para ser más precisos) que, oculta, latente, daría sentido a sus actos lúdicos. Trabajaremos más detalladamente este aspecto en un capítulo posterior que dedicaremos al juego pero, por el momento, adelantaremos que esta posición implica entender el juego en su dimensión de signo, en su dimensión más consciente. Adjudicarle una intención que se pretende comunicar a otro y, por más que se denomine inconsciente al simbolismo de la fantasía, la forma en que se lo define corresponde tópicamente a lo que en la teoría freudiana es del

orden preconsciente-consciente. Orden regido por el sentido, el de un significado adherido a un significante. Este privilegio otorgado al simbolismo delata, casi más que cualquier otro elemento, esta concepción del inconsciente de la que pretendemos diferenciarnos: un inconsciente concebido como el sentido latente de un texto manifiesto, siendo uno traducción del otro. Inconsciente que, aunque se nombre como tal, no se diferencia en su conceptualización del sistema preconsciente. (51)

Melanie Klein, psicoanalista cuando intenta cernir lo inconsciente de la fantasía, cuando privilegia el papel de la angustia, cuando defiende la analizabilidad del niño, se vuelve psicóloga, a su pesar, cuando el inconsciente que conceptualiza queda capturado en esta dimensión imaginaria. Esta captura es lo que no le permite precaverse de que, al criticar a su oponente explicitando los prejuicios que vician su teorización, queda ella misma encerrada en concepciones que, diferentes en un nivel, en otro pecarán de iguales malentendidos teóricos. (52)

Síntoma, decíamos, al referirnos a esta discusión. La teoría, como formación del inconsciente tiene, como toda formación, un carácter transaccional. (53) Por un lado intenta cernir el objeto, por el otro, y en la medida misma en que el objeto remite a su propia falta, reviste esta carencia en un intento de restitución. Así, el síntoma rodea la falta a la vez que la recubre. La teoría, lo mismo. Anna Freud y Melanie Klein rodean la falta, en la teoría, del concepto niño. La segunda explicita los prejuicios que impidieron a Anna Freud ser consecuente con el discurso del análisis: su nece-

sidad de no cuestionar la existencia del niño como tal. Melanie Klein avanza un poco más cuando dice: no se trata del niño sino del inconsciente del mismo. Si, como sugería Juan David Nasio en un seminario llevado a cabo en México hace algún tiempo(54), no podemos, al teorizar, pretender eliminar los prejuicios\* sino que se trata de cambiar unos prejuicios por otros (que permitan un mayor acercamiento al inconsciente), sostendremos que Klein está más cerca del objeto freudiano. Aunque no lo suficiente. ¿Por qué? Porque no se trata de responderle a A. Freud acerca de que si es posible analizar a un niño. La sola respuesta implica que se está en el mismo nivel en que se formula el problema. Responde a una demanda, con otra. Proponemos, mejor, hablar en nombre del deseo. (55) Cuando se discute si un niño es o no analizable lo que queda oculto, a la vez que, como síntoma, se dice en forma desplazada, es qué quiere decir niño en psicoanálisis. Al no cuestionar al niño se le supone un significado intrínseco, quedando éste capturado en su dimensión de signo. Proponemos más bien pensar al niño en la dimensión que, como significante en la estructura edípica, da cuenta de una posición subjetiva, de una posición deseante. En este sentido todos somos Edipo, todos somos niño. Y, más que plantearnos si es o no posible analizar al niño, pregunta que en sí misma implica un desconocimiento del niño del psicoanálisis, ese reprimido que de todos modos desea hacerse oír, ese infantil que, más que calificar se superpone a lo que, en psicoanálisis, llamamos sexualidad o neurosis, debemos, en un intento de teorización que traicione me-

\*En la medida en que esto implicaría una contradicción dado que es imposible desconocer el desconocimiento del yo.

nos al inconsciente, preguntarnos: ¿es que, cuando analizamos, hacemos otra cosa que analizar un niño? (56)\*

\*Hasta aquí, el primer objetivo de esta tesis.

Notas del capítulo primero

- (1) Klein, Melanie: 'Simposium sobre análisis infantil' en Contribuciones al psicoanálisis, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1964, pág. 137.
- (2) Freud, Anna: Psicoanálisis del niño, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1964, pág. 12.
- (3) Freud, Anna: op. cit., págs. 12-13.
- (4) Freud, Anna: op. cit., pág. 13.
- (5) Freud, Anna: op. cit., págs. 13-14.
- (6) Freud, Anna: op. cit., pág. 15.
- (7) Klein, Melanie: op. cit., pág. 138.
- (8) Klein, Melanie: op. cit., pág. 138.
- (9) Klein, Melanie: op. cit., pág. 139.
- (10) Klein, Melanie: op. cit., pág. 140.
- (11) Klein, Melanie: op. cit., pág. 140.
- (12) Klein, Melanie: op. cit., pág. 141.
- (13) Klein, Melanie: op. cit., pág. 141.
- (14) Freud, Anna: op. cit., pág. 31.
- (15) Freud, Anna: op. cit., pág. 32.
- (16) Klein, Melanie: op. cit., pág. 161.
- (17) Freud, Anna: op. cit., pág. 33.
- (18) Freud, Anna: op. cit., pág. 33.
- (19) Freud, Anna: op. cit., pág. 34.
- (20) Klein, Melanie: op. cit., pág. 143.
- (21) Freud, Anna: op. cit., pág. 34.



- (22) Freud, Anna: op. cit., pág. 35.
- (23) Klein, Melanie: op. cit., págs. 143-144.
- (24) Freud, Anna: op. cit., pág. 49.
- (25) Freud, Anna: op. cit., pág. 50.
- (26) Freud, Anna: op. cit., pág. 51.
- (27) Freud, Anna: op. cit., pág. 51.
- (28) Klein, Melanie: op. cit., pág. 144.
- (29) Klein, Melanie: op. cit., pág. 145.
- (30) Freud, Anna: op. cit., pág. 33.
- (31) Freud, Anna: op. cit., pág. 53.
- (32) Freud, Anna: op. cit., pág. 58.
- (33) Freud, Anna: op. cit., pág. 59.
- (34) Freud, Anna: op. cit., pág. 59.
- (35) Klein, Melanie: op. cit., pág. 148.
- (36) Klein, Melanie: op. cit., pág. 148.
- (37) Freud, Anna: op. cit., pág. 75.
- (38) Klein, Melanie: op. cit., pág. 158.
- (39) Klein, Melanie: op. cit., pág. 158.
- (40) Esto será desarrollado en el próximo capítulo. Por el momento podemos adelantar que estamos trabajando con el concepto de historización primaria tal como Lacan lo explicita en 'Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis' en Escritos I, México, Siglo XXI editores, 1971. "Lo que enseñamos al sujeto a reconocer como su inconsciente es su historia; es decir que le ayudamos a perfeccionar la historización actual de los hechos que determinaron ya en su existencia cierto número de 'vuelcos' históricos. Pero si han

tenido ese papel ha sido ya en cuanto hechos de historia, es decir en cuanto reconocidos en cierto sentido o censurados en cierto orden.

Así toda fijación en un pretendido estadio instintual es ante todo estigma histórico: página de vergüenza que se olvida o que se anula, o página de gloria que obliga.", op. cit., pág. 82.

Y: "... el estadio anal no es menos puramente histórico cuando es vivido que cuando es vuelto a pensar, ni menos puramente fundado en la intersubjetividad.", op. cit., págs. 82-83.

Asimismo estamos trabajando con los conceptos de repetición y transferencia según las formulaciones del Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Barcelona, Barral Editores, 1977, que se articulan con los agregados de 1966 que, al respecto, se encuentran casi al final del artículo de Lacan que venimos citando. "Es decir que del mismo modo que el automatismo de repetición, al que se desconoce igualmente si se quieren dividir sus términos, no apunta a otra cosa que a la temporalidad historizante de la experiencia de la transferencia...", op. cit., pág. 135.

- (41) Para los desarrollos kleinianos sobre la fantasía se pueden consultar los siguientes trabajos: Segal, Hanna: Introducción a la obra de Melanie Klein, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1965; Isaacs, Susan: 'Naturaleza y función de la fantasía' en Klein y otros: Desarrollos en psicoanálisis, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1967; así como Baranger, Willy: POSICION Y OBJETO en la obra de Melanie Klein, Buenos Aires, Ediciones Kargieman, 1971.

- (42) Este punto será desarrollado también en el segundo capítulo. Para su explicitación puede recurrirse al texto de Serge Leclaire: El objeto del psicoanálisis, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina Editores, 1972.
- (43) Para apreciar esta suerte de progresión regresiva es interesante comparar los primeros trabajos de Klein con los últimos en que intenta una conceptualización más sistemática. En particular, los publicados en español bajo el título de Desarrollos en psicoanálisis, op. cit.
- (44) Remitimos, para sustentar estas tesis, a los trabajos citados en la nota precedente. Asimismo a Klein, Melanie: Envidia y gratitud, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1969.
- (45) "Ultimamente se ha aguzado nuestra sensibilidad para la percepción de que el desarrollo sexual del niño progresa hasta una fase en que los genitales han tomado sobre sí el papel rector. Pero estos genitales son sólo los masculinos (más precisamente el pene), pues los femeninos siguen sin ser descubiertos. Esta fase fálica, contemporánea a la del complejo de Edipo,..."
- "Ahora bien, la tesis es que la organización genital fálica del niño se va al fundamento a raíz de la amenaza de castración. Por cierto que no enseguida, ni sin que vengan a sumarse ulteriores influjos."
- "El psicoanálisis ha atribuido renovado valor a dos clases de experiencias de que ningún niño está exento y por las cuales debería estar preparado para la pérdida de partes muy apreciadas de su cuerpo: el retiro del pecho materno, primero temporario y definitivo

después, y la separación del contenido de los intestinos, diariamente exigido. Pero nada se advierte en cuanto a que estas experiencias tuvieran algún efecto con ocasión de la amenaza de castración. Sólo tras hacer una nueva experiencia empieza el niño a contar con la posibilidad de una castración,..."

"La observación que por fin quiebra la incredulidad del niño es la de los genitales femeninos. Alguna vez el varoncito, orgulloso de su posesión del pene, llega a ver la región genital de una niñita, y no puede menos que convencerse de la falta de un pene en un ser tan semejante a él. Pero con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad (nachträglich)."

Todas estas citas corresponden a 'El sepultamiento del complejo de Edipo' en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, Tomo XIX, págs. 182 a 186.

- (46) "Retroactividad, retroactivo, retroactivamente... Palabra utilizada por Freud en relación con su concepción de la temporalidad y la causalidad psíquicas: experiencias, impresiones y huellas mnémicas son modificadas ulteriormente en función de nuevas experiencias o del acceso a un nuevo grado de desarrollo. Entonces pueden adquirir, a la par que un nuevo sentido, una eficacia psíquica." Laplanche y Pontalis: Diccionario de Psicoanálisis, Barcelona, Editorial Labor, 1971, pág. 405.
- (47) "El falo aquí se esclarece por su función. El falo en la doctrina freudiana no es un fantasma, si hay que entender por ello un efecto imaginario. No es tampoco como tal un objeto (parcial, interno,

bueno, malo, etc...) en la medida en que ese término tiende a apreciar la realidad interesada en una relación. Menos aún es el órgano, pene o clítoris, que simboliza. Y no sin razón tomó Freud su referencia del simulacro que era para los antiguos. Pues el falo es un significante, un significante cuya función, en la economía intrasubjetiva del análisis, levanta tal vez el velo de la que tenfa en los misterios. Pues es el significante destinado a significar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante." (el subrayado es nuestro). Lacan, J.: 'La significación del falo' en op. cit., págs. 283-284.

- (48) Para esto se puede consultar el trabajo de Freud: 'Sobre las teorías sexuales infantiles' en op. cit., 1979, Tomo IX.
- (49) Este tema se encuentra tratado por Lacan en 'Las formaciones del inconsciente' en Las formaciones del inconsciente, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1976.
- También, para la cuestión del Edipo se puede consultar 'Edipo, castración, perversión' en Masotta, Oscar: Ensayos lacaneanos, Barcelona, Editorial Anagrama, 1976.
- (50) Para la comprensión de este párrafo habrá que remitirse a las diferencias establecidas por Lacan entre el sujeto del inconsciente y el del conocimiento. También a la distinción entre saber textual y saber referencial. Asimismo, al análisis que hace Lacan de la aserción freudiana "Wo es war, soll Ich werden". Para esto se puede recurrir al 'Índice razonado de los conceptos principales' que figura al final de Escritos I y de Escritos II.

- (51) Este tema está especialmente tratado por Lacan en 'En memoria de Ernest Jones: sobre la teoría del simbolismo' en Escritos II, México, Siglo XXI editores, 1975, págs. 307 y sigs. Se puede consultar también Laplanche y Leclaire: 'El inconsciente: un estudio psicoanalítico' en Green y otros: El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1969.
- (52) Véase en el 'Índice razonado de...' en Escritos I y II, op. cit., 'A. La supremacía del significante.' las citas a las que remiten los puntos '3. La estructura: lo simbólico, lo imaginario, lo real' y '4. La supremacía del significante sobre el significado'.
- (53) Roustang, Francois: Un funesto destino, México, Premia Editora, 1980 y Miller, Jacques-Alain: Cinco Conferencias Caraqueñas sobre Lacan, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1980.
- (54) Seminario impartido por Juan David Nasio en el mes de octubre de 1983. El tema del mismo fue 'El lugar del objeto a en la transferencia' y su organización estuvo a cargo del 'Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos'.
- (55) Para la diferencia entre deseo, demanda (y necesidad) puede consultarse: Lacan, J.: 'El deseo y su interpretación' en Las formaciones del inconsciente, op. cit., págs. 127 y 150. También se puede recurrir al 'Índice razonado...' en op. cit.
- (56) En la teoría lacaneana 'signo' designa lo que representa algo para alguien, en tanto 'significante' es lo que representa al sujeto para otro significante. El niño como significante en la estructura

edípica es un tema abordado en Stern, A. L.: 'El niño ¿signifi-  
cante del Edipo?' en Clavreul, J. y otros: Clínica y Metapsicolo-  
gía, Buenos Aires, Editorial Trieb, 1979.

También en Leclaire, Serge: El objeto del psicoanálisis, op. cit.

Capitulo II.



En el capítulo precedente sentamos una posición que, si bien reconoce en Klein una pertenencia al campo psicoanalítico, difiere de ella, es cierto que en distintos puntos y por diferentes razones, como lo hace de las posturas annafreudianas. Nuestra postura se sustenta en el eje teórico demarcado por la lectura de Freud desde las conceptualizaciones lacaneanas. Desde allí sostuvimos que la pregunta sobre la analizabilidad o no del niño implica ya, en sí misma, una conceptualización con la que no acordamos. Así como que, ella, la pregunta, está mal planteada.

Implícita en lo desarrollado en el capítulo anterior es necesario ahora que explicitemos nuestra concepción. Por un lado para que, a la manera de la resignificación, se aclaren nuestros planteos previos. Por otro, para poder avanzar hacia nuestra segunda hipótesis de trabajo, adelantada ya bajo la forma de una interrogación, en lo que precede, y que formulamos: ¿es que, cuando analizamos, hacemos otra cosa que analizar un niño? Nos proponemos, entonces, en este capítulo, desarrollar los conceptos fundamentales de la teoría psicoanalítica así como su necesaria articulación.

Reiteramos: nuestra lectura no es inocente. Leemos a Freud según las coordenadas de la teorización de Jacques Lacan. Asimismo, creemos que es legítimo un enriquecimiento, desde Freud, del pensamiento lacaneano. Este es el marco teórico que, explícito en este capítulo, implícito en los otros, orienta nuestra

producción.

Para desarrollar lo propuesto más arriba decidimos tomar como eje el Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis de Jacques Lacan. Allí se articulan los conceptos de inconsciente, repetición, pulsión y transferencia.

Intentaremos resaltar lo nodal de estos conceptos en la especificidad que cada uno de ellos tiene en la teoría psicoanalítica según las líneas del pensamiento freudiano que nos parecen, inspirados por Lacan, las más fructíferas.

Es por ello que se encontrará, en lo que sigue, referencias a trabajos de Freud en los que se cierce, si bien no lo único, lo que consideramos más significativo para dar idea de la orientación interpretativa de nuestra lectura.

Los textos de Freud, metapsicológicos, que se han visto privilegiados en esta ocasión son: Proyecto de psicología, La interpretación de los sueños, Trabajos de metapsicología y Más allá del principio del placer. Esto no excluye la referencia a otros textos que serán convenientemente señalados por remisiones a notas al final de la exposición.

Comenzamos, pues, por el comienzo, a saber: el inconsciente.

"Pues bien; tenemos razones para suponer una represión primordial, una primera fase de la represión que consiste en que a la agencia representante (Repräsentanz) psíquica (agencia representante-representación) de la pulsión se le deniega la admisión en lo consciente.

Así se establece una fijación..." Freud, La represión, 1915. (1)  
 Esta frase define, para nosotros, lo nodular de la constitución del inconsciente. Habla de la fijación, de la inscripción de la pulsión, más bien de su representante. Y es, a su vez, fijación en la teoría de la piedra angular en que se funda la constitución del inconsciente.

Esta agencia representante, representante de la representación, *Vorstellungsrepräsentanz*, significativa para Lacan, constituye el núcleo de lo inconsciente en virtud de ese movimiento primordial, censura y represión, que expulsa para siempre jamás una representación del sistema preconscious-consciente. Para lo más nodularmente reprimido la representación de que se trata es la de una falta. Y, a su respecto, no se trata de pensar que, habiendo una representación consciente de la falta ésta se viera expulsada de ese sistema según podría suponer un pensamiento que ubicara cronológicamente una primera y luego una segunda etapas. (2) Exclusión e inscripción son una y la misma operación, inscribiéndose aquello que en sí mismo no es ni fue representación consciente.\* Será lo que en Lo inconsciente Freud define como representación-cosa, la propia y específica del sistema inconsciente a diferencia de la representación-palabra, ligada a imágenes mnémicas de tipo verbal y que corresponden al sistema preconscious-conscien-

\*Lo que no se opone a que tengamos que dar cuenta de las relaciones entre esta representación inconsciente de la falta y las representaciones conscientes. Esto es, las relaciones entre los diferentes sistemas psíquicos.

te. La representación-cosa consiste, dice Freud, en la investidura, si no de la imagen mnémica de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas de ella. (3) Notemos la diferencia entre imagen mnémica y huella mnémica y señalemos además el parentesco conceptual entre esta representación-cosa, representante de la pulsión en el sistema inconsciente y lo que Freud ya llama la Cosa en el Proyecto de psicología.

Es allí que, al descomponer lo que denomina el complejo del prójimo, distinguirá en él dos aspectos. Enfrentado el sujeto a un objeto que sea su semejante, objeto que, como tal, será a la vez el primer satisfactor, el primer objeto hostil así como la única fuerza auxiliar, el sujeto, que deberá (re)conocerse en este objeto, podrá distinguir en él dos partes. Una, absolutamente nueva e incomparable. Otra, que podrá asimilar a recuerdos de impresiones emanadas de su propio cuerpo. Es interesante notar que, en los dos casos, Freud se refiere a percepciones de tipo visual. Con respecto a la primer parte del complejo dará como ejemplo los rasgos del objeto en el campo visual; para la parte asimilable dará como ejemplo la percepción visual del movimiento de las manos que coincidirá en el sujeto con el recuerdo de impresiones visuales muy similares emanadas del propio cuerpo y al que se hallarán asociados otros recuerdos de movimientos experimentados por él mismo.\* Dirá que la primer parte es una estructura constante que persistirá coherente como una cosa mientras la otra podrá ser comprendida por la memoria. (4)

\*Señalaremos la importancia de lo visual en un capítulo dedicado a la resistencia.

¿Es entonces esta cosa del semejante, constante, coherente en sí misma pero nueva, incomparable y, agregamos nosotros, incomprendible para el sujeto, lo que se inscribe como representación-cosa?(5) Creemos que sí. Representación que más que remitir a una imagen lo hace a una huella, marca, trazo, de un rasgo que, como tal, inscribe lo incomprendible del otro. Eso del otro que lo hace radicalmente Otro, que nos es ajeno de manera irremediable y que, paradoja de paradojas, se inscribirá como núcleo de lo inconsciente, de lo *Urverdrängung*. Lo más próximo y a la vez lo más ajeno, en el corazón del Yo, dirá Lacan.(6) Núcleo que a la manera de un imán atraerá hacia sí lo que, en virtud de la represión secundaria, la propiamente dicha, serán retoños de este reprimido primordial o pensamientos que, provenientes de alguna otra parte habrán entrado en vínculos asociativos con ella, cayendo a lo *Unterdrückt*, al nivel de lo que ha devenido significativo. Así, gracias a la represión secundaria, y la suposición lógica, apelación a la estructura, de una represión primordial, también llamada primaria, se constituye el inconsciente.(7)

Represión es entonces fijación, inscripción significativa. Esto es: no fijación de un significado sino de las trazas de aquéllo que, inaprehensible al sentido, el lado cosa de la madre en tanto primer semejante a la vez que Otro radical, será no obstante causa, en virtud de la demarcación de esta inaprehensibilidad que supone su inscripción, de todo el trabajo del psiquismo.(8) Esto para Freud quien, desde la Carta 52 hasta Nota sobre la pizarra mágica

pasando por el Capítulo VII de La interpretación de los sueños y los Trabajos de metapsicología de 1915, pensará la constitución inconsciente como sistema de inscripciones, signos, cada uno de los cuales en sí mismo no estará dotado de sentido sino que deberá pensarse en su combinación y diferencia respecto de los otros, siendo las leyes de su asociación las que, en su propio movimiento, darán como efecto un efecto de sentido. Estamos nombrando las leyes del proceso primario, condensación y desplazamiento y, vinculada con éstas y en virtud de ese privilegio ya señalado que Freud otorgara a lo visual, tendencia a la figurabilidad. Este representante de la representación, esta representación-cosa en sí misma no significa nada, debe leerse en su literalidad y serán las reglas de su asociación por simultaneidad, por semejanza,\* las que inducirán un efecto de sentido. (9).

En términos de la teorización de Lacan, para pensar el inconsciente deben tenerse en cuenta una pareja de significantes, S<sub>1</sub>-S<sub>2</sub>. Deben pensarse al menos dos porque Lacan define el significante como lo que representa al sujeto para otro significante. Esto es, el sujeto, lejos de corresponder al sujeto psicológico sede de vivencias y sentimientos, dotado y dotador de sentido, es efecto, el del inconsciente, de la relación entre significantes.

"El Vorstellungsrepräsentanz es el significante binario.

Este significante constituye el punto central de la Urverdrängung

\*Como decíamos, se trata de sistemas de signos, no de símbolos o señales. (Estamos usando la clasificación de Saussure). Por lo tanto, se trata de semejanza y simultaneidad convencionales, no de hecho, producidas en y por el lenguaje. Para esto puede consultarse el trabajo de J.C. Indart ...Porque (por qué) una "taza" es el "pecho" (?) que abunda en ejemplos de cómo se diferencia una interpretación psicoanalíticamente freudiana, que respete el trabajo propio del inconsciente, de aquéllas marcadamente psicologistas. (10)

-de lo que, como Freud indica en su teoría, al ser pasado al inconsciente será el punto de Anziehung, el punto de atracción, por el que serán posibles todas las demás represiones, todos los demás pasos similares al lugar de lo Unterdrückt, de lo que ha pasado por debajo como significante. De esto se trata en el término Vorstellungsrepräsentanz." (11)

No parece posible relacionar punto por punto los conceptos freudianos y los lacaneanos.

Si bien Lacan se reconoce estrictamente freudiano, esto no implica que los conceptos no se reinterpreten y reordenen según una nueva conceptualización.

Freud plantea que la diferencia entre los sistemas inconsciente y preconscious consiste en el tipo de representaciones de que se trata en uno y en otro. SachVorstellung(representación-cosa) para el primero, WortVorstellung(representación-palabra) para el segundo, siendo la relación entre los sistemas de sobreinversiones secundarias sobre las inversiones primeras y genuinas de objeto. (12)

No es fácil determinar si el significante lacaneano corresponde al primer tipo de representaciones o al segundo. Diferentes lecturas permitirían adjudicarlo a uno o a otro. El texto con el que estamos trabajando, el Seminario XI, no permite decidir al respecto en la medida en que allí Lacan plantea como núcleo de lo reprimido el Vorstellungsrepräsentanz (que en Freud abarca ambos tipos de representaciones). En realidad Lacan aclara que significante

es la parte repräsentanz, en tanto la Vorstellung es del orden de la significación.

"Estos representantes son lo que corrientemente llamamos, por ejemplo, el representante de Francia. ¿Qué tienen que hacer los diplomáticos cuando dialogan? No desempeñan, uno frente a otro, más que esta función de ser puros representantes y, sobre todo, no es preciso que inter venga su significación propia."...

"El término Repräsentanz hay que tomarlo en este sentido. El significante tiene que ser registrado como tal, está en el polo opuesto de la significación. La significación entra en juego en la Vorstellung.

Con la Vorstellung tenemos que ver en la psicología,..."(13)

En la medida en que los conceptos freudianos se reordenan en una nueva teorización (que implica concebir un sujeto hablante en el lugar que, en Freud, ocupaba el aparato psíquico, una relación de ese sujeto con lo que se denomina el Otro que, en una de sus acepciones, es homólogo al Inconsciente, dimensiones de lo Simbólico, lo Real, lo Imaginario, propias de ese sujeto hablante) no pueden correlacionarse puntualmente los términos de un sistema teórico con los del otro. Sin embargo, es lícito intentar articulaciones entre ellos. Cosa que, por otra parte, recorre todo el pensamiento lacaneano.

La relación entre la dimensión significante y la de la significación es un problema teórico que se vincula al problema, en Freud, de las relaciones entre los sistemas Icc. y Prcc., problema ya



señalado en nuestra primer llamada a pie de página (ver página 67) en este capítulo. Decimos que son problemas que pueden vincularse pero no planteamos su equivalencia en virtud de lo que venimos señalando.

Luego de estas aclaraciones volvamos a los desarrollos lacaneanos sobre la estructura del inconsciente.

$S_2$  como conjunto de los significantes reprimidos,  $S_1$  como representante del sujeto que aparecerá en el retorno de lo reprimido, constituyen la pareja primitiva de la articulación significativa cuya relación pone en juego una temporalidad particular, más lógica que cronológica, y que permite articular la represión secundaria y la primaria de manera tal que la segunda se constituiría desde y sólo en función de la primera. (14)

Nada más alejado en esta concepción de la temporalidad, por lo tanto de la historia y de la constitución subjetiva, de versiones apelantes a cualquier forma de desarrollo, llámese biológico o psicológico. Versiones evolutivas que sostienen una pregunta sobre el origen y a la que pretenden responder. Y del origen, sólo los mitos. Mito de los orígenes: del sujeto, de la sexualidad, de la diferencia sexual. Escena primaria, seducción, castración. (15) Mitos, lenguaje sobre los orígenes que encontraremos en la imaginización de lo simbólico, en el decir de los analizantes. Escenificación y figuración de fantasías son efecto del juego significativo. Pero recordemos, presencia de significativo implica al menos dos,  $S_1-S_2$  y su articulación en cadena. Cada uno en su relación

y diferencia respecto de los otros. De allí, la tesis de Lacan: el inconsciente está estructurado como un lenguaje. (16) Freud, para pensar el aparato psíquico, pensó sistemas: inconsciente, preconscious, consciente; y, más allá de 1920, instancias que denominó Yo, Ello, Superyó. Lacan, en su intento de dar cuenta de las dimensiones de la subjetividad que pone en cuestión el inconsciente, dirá: Simbólico, Real, Imaginario. El sistema inconsciente, en tanto estructurado como un lenguaje, implica predominantemente la dimensión de lo Simbólico. (17) Regida por una ley, el automatismo de repetición, que Freud cerniera con más precisión en Más allá del principio del placer, pero al que ya se había acercado en 1900, con su trabajo sobre los sueños. (18)

Pasaremos, entonces, a trabajar alrededor del concepto de repetición.

Desde el punto de vista de la efectividad de su funcionamiento, el inconsciente freudiano debe articularse con el principio del placer-displacer. Este principio, en virtud del cual, por un mecanismo de regulación automática, el funcionamiento psíquico se basa en la tendencia a la evitación del displacer (19), rige los procesos primarios, los que funcionan según la condensación y el desplazamiento. Además se articula necesariamente con el concepto de identidad de percepción, en el sentido en que, para el inconsciente, el deseo se realiza alucinatoriamente, el placer se obtiene en la investidura de la representación ligada a

la satisfacción y no, como podría creerse, en la satisfacción misma. Anticipamos con esto un elemento importante para entender el concepto freudiano de deseo, como deseo reprimido, infantil y sexual. Este se realiza en la identidad de percepción, se satisface en la catectización de representaciones. Para él de lo que se trata es de re-encontrar una percepción.\* Ahora bien, Freud se vio confrontado en su práctica clínica a fenómenos que descriptivamente caen bajo el rubro de lo que sería la repetición, esto es, encontró, en su abordaje psicopatológico, que una de las características de la historia y de la neurosis de sus pacientes, residía en el hecho de que éstos repetían, inconscientemente, situaciones antiguas, con la paradoja de que eran vividas con toda la intensidad de lo actual. En Recordar, repetir, y reelaborar, publicado en 1914, Freud señala: "...el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción: lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace." (20) Y más adelante en el mismo texto: "Tenemos dicho que el analizado repite en vez de recordar,..." "¿Qué repite o actúa, en verdad? He aquí la respuesta: Repite todo cuanto desde las fuentes de lo reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes invariables, sus rasgos patológicos de carácter. Y además, durante el tratamiento, repite todos sus síntomas. En este punto podemos advertir que poniendo

\*Veremos más adelante percepción de qué, en tanto el inconsciente se organiza alrededor de una falta. Freudianamente, estamos hablando del concepto de objeto perdido.

de relieve la compulsión de repetición no hemos obtenido ningún hecho nuevo, sino sólo una concepción más unificadora. Y caemos en la cuenta de que la condición de enfermo del analizado no pueda cesar con el comienzo de su análisis, y que no debemos tratar su enfermedad como un episodio histórico, sino como un poder actual." (21)

Repite todo lo que se abre paso desde las fuentes de lo reprimido, repetición entonces da cuenta de una característica intrínseca al inconsciente. Pero, no es secundario advertir que, en la cita anterior, Freud no habla simplemente de fenómenos de repetición sino que utiliza una denominación que indica un avance en el sentido de una generalización de orden más teórico: la compulsión a la repetición, yendo más allá de una mera descripción fenomenológica de hechos clínicos. De lo que se trata, ahora, es de nombrar un principio del funcionamiento inconsciente, autónomo, irreductible al principio del placer y adjudicable al carácter más general de las pulsiones: su carácter conservador. Este concepto no necesariamente cuestionaría el principio del placer sino que hablaría de un más allá... Freud se ve llevado a considerar que no alcanza, para dar cuenta del inconsciente, con el principio del placer, y que es necesario dar cuenta de este más allá convocado por este funcionamiento particular de carácter repetitivo.

En Más allá del principio del placer, en el Capítulo II, Freud analiza dos hechos: la neurosis traumática y el juego infantil.

Y tanto en uno como en el otro plantea que, lo que se repite, es algo de carácter displacentero. ¿Cuestionaría esto la vigencia del principio del placer? Freud se pregunta y responde: "¿Puede el esfuerzo (Drang) de procesar psíquicamente algo impresionante, de apoderarse enteramente de eso, exteriorizarse de manera primaria e independiente del principio del placer? Comoquiera que sea, si en el caso examinado ese esfuerzo repitió en el juego una impresión desagradable, ello se debió únicamente a que la repetición iba conectada a una ganancia de placer de otra índole, pero directa." (22) Y concluye ese capítulo con lo siguiente: "...el juego y la imitación artísticas practicados por los adultos, que a diferencia de la conducta del niño apuntan a la persona del espectador, no ahorran a este último las impresiones más dolorosas (en la tragedia, por ejemplo), no obstante lo cual puede sentir las como un elevado goce. Así nos convencemos de que aun bajo el imperio del principio del placer existen suficientes medios y vías para convertir en objeto de recuerdo y elaboración anímica lo que en sí mismo es displacentero." (23)

Se trataría de un placer de otra índole, uno que comporta un elevado goce. Este placer de lo displacentero que implican los fenómenos de la repetición que, en un mismo acto reúnen lo antiguo y lo actual, repiten aquéllo de la sexualidad que tiene carácter de trauma.

Habría por un lado el placer ligado al principio del placer y,

por otro, este más allá, placentero también pero de otra manera, y que Freud conecta con el imperio en el psiquismo de una tendencia mediante la cual el psiquismo intentaría ligar, inscribir aquéllo que, traumático por excesivo en cuanto a su intensidad, por incomprendible, no pudo serlo en su momento, permaneciendo en "calidad de cicatriz narcisista". (24)

Nosotros vinculamos los fenómenos que responden al principio del placer con aquéllo que, del objeto, en el complejo del prójimo, resulta comprensible, asimilable por el sujeto a referencias a su propio cuerpo, aquéllo que constituirá toda la vertiente del narcisismo y de la relación con el otro constituida por y desde las investiduras libidinales y otras posibilidades de identificaciones por las cuales el otro puede asimilarse como un igual, un semejante. En cuanto al placer de otra índole, a aquéllo que, displacentero, repite el automatismo, nos parece que debe pensárselo en relación al lado cosa del otro, lado que lo vuelve otro de una diferencia radical y que, como ya señalamos, se inscribe como representante pulsional, representación-cosa, núcleo del inconsciente. Inscripción de lo que en sí mismo es sin-sentido, de lo que, sustrayéndose, escapa a la significación, alude a la falta que, en psicoanálisis, se denomina castración.

Ahora bien, ¿por qué si por un lado vinculamos el automatismo de repetición con lo que pulsa desde lo reprimido originario, desde la representación-cosa que hemos definido como una ins-

cripción, como una ligadura, decimos, por otro lado, que esta tendencia implica un esfuerzo de ligadura, de inscripción? Este segundo aspecto Freud lo desarrolla explícitamente en el Capítulo IV de Más allá... (25) Lo que parece paradoja deberá mantenerse como tal. Es que la representación-cosa, inscripción de la pulsión en el inconsciente, es en realidad ligadura, fijación, de aquéllo mismo que se resiste a ser ligado, fijado. Quizás podríamos distinguir dos caras en la representación inconsciente: la representación-cosa inscribe algo de lo no inscribible pero habrá siempre un resto. Resto que, en una suerte de juntura con aquéllo de la pulsión que sí alcanzó una posibilidad de ligadura, pone en funcionamiento, como determinante en última instancia, el psiquismo todo.

En la repetición, repetición de lo inscripto a la vez que fracaso de esta inscripción. Fracaso que, paradoja otra vez, conlleva su cuota de placer, de goce, en la medida en que esta insatisfacción encontrada reactualiza, una vez más, los rodeos, los caminos de búsqueda de la satisfacción, manteniendo viva la actividad del psiquismo. Es esta insatisfacción, esta falla, este fracaso, lo que permiten que el deseo no perezca.

El tercero de los términos que nos proponemos definir, la pulsión, para la que Freud distingue fuente, fin, presión y objeto, (26) aspira (presiona) a su satisfacción plena (fin), consistente en la repetición de una vivencia... Repetición de la vivencia aludida, en el orden de los cuatro elementos pulsionales, al objeto.

Pero, así como Freud plantea que el objeto de la pulsión es, de estos elementos, el más indeterminable, absolutamente contingente y determinado sólo por la historia del sujeto, muchas veces se confunde, teóricamente, la noción de objeto pulsional con los objetos que lo son para el yo.

Para Lacan la pulsión sería un montaje, una especie de circuito de tipo gramatical que, a través de tres vías posibles, la activa, la pasiva y la refleja(27), estructura un trayecto de ida y vuelta a partir de una fuente (la zona erógena para Freud) que, retornando sobre sí misma de manera autoerótica, se cierra sobre un objeto rodeando e instaurando un hueco, un vacío, como presencia. Hueco, vacío que corresponden al objeto pulsional y que deberán distinguirse del objeto que lo colma.(28)

Desde un abordaje fenomenológico sólo tenemos que ver con este segundo objeto (las especies del objeto a) pero es importante destacar que éste, lejos de adquirir sentido en sí mismo, lo hace sólo en tanto referencia y referido a este hueco primordial. Simultáneamente, se constituye el yo y su posibilidad de relaciones de amor (y odio) con objetos contruidos desde representaciones globales de los mismos, los i(a).

Si la pulsión busca una satisfacción plena que nunca logra y, a pesar de esto se satisface en este no-encuentro, en el registro de la diferencia entre lo buscado y lo encontrado, podemos decir que la actualización de esta diferencia, de esta falla, constituye la verdadera satisfacción pulsional. Satisfacción que



se produce justamente en relación a la constatación de la falta de un objeto que colme la satisfacción buscada.\*

Podría parecer que esto contradice la afirmación de que la pulsión buscaría la repetición de una vivencia primaria de satisfacción. Esta vivencia, en una lectura rigurosamente freudiana, no debe, en ningún caso, entenderse como satisfacción de la necesidad. La necesidad, para el sujeto hablante, nunca existe como tal, en estado puro. Esto, por el hecho mismo de que el hombre habla y que sus necesidades deben decodificarse en términos de lenguaje. O lo que es igual, y según Lacan, pasar por los desfiladeros de la demanda. (29) En este sentido, el lenguaje se para irremediabilmente al hombre de una posible adecuación natural con cualquier objeto y éste, para el psicoanálisis, se constituye siempre como un objeto perdido. Perdido porque, por una exigencia de estructura (que implica una apelación a lo Simbólico, al lenguaje como primacía, al inconsciente como exigencia lógica) todo encuentro con un objeto alude, en sí mismo, a lo imposible de ser encontrado, a esta insatisfacción radical, paradójica fuente de satisfacción pulsional.\*\*

La vivencia primaria de satisfacción, entendida como satisfacción lograda que pulsaría a ser repetida, no alude más que a un momento mítico, a una suerte de suposición de aquéllo que debiera ha-

\*Cualquier ilusión de que la satisfacción plena a la que la pulsión aspira ha sido encontrada, muestra su vertiente mortífera en tanto implica una detención del movimiento psíquico, deseante.  
\*\*En nota al pie anterior, al hablar del deseo satisfaciéndose en la identidad de percepción, decíamos que se debía aclarar qué tipo de percepción, o más bien qué objeto, se pone en juego en ella. Se trata siempre de constatar la presencia de la ausencia.

ber existido: que una demanda sea comprendida por el otro exactamente y tal como fue formulada. Este imposible, a pesar de serlo, o justamente por ello, constituye la presión que pone en movimiento a la subjetividad y es justamente la diferencia que surge en la relación entre demandas lo que pone en juego al deseo.

Gracias a la mediación que el lenguaje insta en el ser humano, separándolo irreversiblemente del mundo natural, el sujeto, como sujeto del inconsciente, se constituye como sujeto deseante.

Ahora bien, el deseo, mientras por un lado se articula a la pulsión, por el otro se articula en fantasmas que, en sí mismos, no son más que la puesta en escena de este trabajo deseante. Estas escenificaciones soportan todas las formaciones del inconsciente. El análisis de los síntomas, de los lapsus, de los actos fallidos conduce, inevitablemente, a la revelación de fantasías inconscientes. (30)

Así como más arriba distinguíamos dos caras de lo reprimido originario, debemos distinguir dos aspectos en el movimiento del psiquismo. Debemos, además, encontrar su articulación con la sexualidad.

Veamos: por un lado la insatisfacción pulsional, la no adecuación en la respuesta a la demanda hace surgir al deseo que se escenifica en fantasías. Este aspecto tendría que ver con lo inscribible de la pulsión, con aquello de lo reprimido que logra li-

garse y entrar en conexión con el sistema que se le opone. Esto daría lugar a los fantasmas que, cualquiera sea la variedad de su contenido, el análisis revela que remiten siempre a alguno de estos temas: la escena primaria, la castración, la seducción. Todos ellos intentan dar respuesta a un ¿por qué? acerca de los orígenes: sobre el origen del sujeto, de la diferencia sexual, de la sexualidad misma. Ahora bien, estas fantasías no tienen sino la estructura de un mito. ¿Por qué sostenemos esto? Por un lado porque no hay ningún hecho de la experiencia, acontecimiento, que verifique la exactitud de estas respuestas. Es lo que Freud descubre cuando, sorprendido de que las históricas le mienten, se ve conducido a las fantasías, a la realidad psíquica de la sexualidad infantil. Así como a su eficacia. (31)

Por otro, porque este resto de lo no ligado que representa lo no inscribible de la pulsión, sigue presionando a un trabajo psíquico. Esta vez, en su carácter de enigma.

El deseo en su vertiente de escenificación fantasmática se relaciona siempre con la estructuración de un saber sobre la sexualidad. El aspecto enigmático, el resto, lo que clínicamente aparece bajo la modalidad de la angustia, sería aquéllo, de lo sexual, que no puede saberse. Esto, la castración, deberá articularse con la pregunta, siempre vigente, que lo inasimilable del otro, relacionado con lo más pulsional de la propia sexualidad, plantea al sujeto.

Lo que acabamos de describir, como complejo, es un aspecto de estructura en el sentido en que se deriva de la exigencia lógica

de la represión originaria.

Pero el complejo de castración revela otro aspecto. En su dimensión imaginaria se relaciona con la premisa universal del pene, esto es, el Fallo, la suposición, en el sujeto infantil, de que sólo existe un órgano genital y que las opciones serían fálico o castrado. La suposición del Fallo, de que el único órgano es el pene, implica, a su vez, la imaginarización de un objeto inexistente: el fallo de la madre. El niño fantasea una madre fálica y el fallo materno es ocupado en primer lugar ni más ni menos que por él mismo. La investidura fálica del propio cuerpo constituye uno de los aspectos del narcisismo infantil que, predominantemente imaginario, implica una respuesta tranquilizadora al enigma que trae consigo el deseo del Otro. Asimismo, la estructura del narcisismo, como articulación Ideal del yo-yo ideal, supone el domeñamiento que, de la pulsión, conlleva la identificación. Pero la pulsión (y el aspecto más pulsional del deseo), como pulsión sexual, presiona en la exigencia de que otra cosa sea reconocida. (32)

La relación con un objeto total sólo puede ser pensada como vicisitud yoica (narcisista), nunca como vicisitud pulsional. No hay pulsión genital, integradora. En su carácter de parcial se relaciona con un resto, parcial a su vez. Y se articula a un objeto cuyo status se fundamenta en su capacidad para presentificar una alusión a la castración. Objeto que presentifica lo separado, lo separable, el corte que metaforiza la división subjetiva, la Spaltung del sujeto.

La comprobación empírica de la diferencia de los sexos, aunada a las amenazas reales de castración, confrontan al niño con la premisa fálica. Esta confrontación constituye el complejo de castración en su dimensión imaginaria que, angustia de castración en el varón, envidia del pene en la niña, conforma lo nodular de toda constitución subjetiva. El sujeto, mediante la producción de teorías sexuales infantiles, de fantasías inconscientes, estructurando un mito, la 'novela familiar del neurótico', defenderá, en la medida de lo posible, su integridad narcisística, renegando y reprimiendo el saber sobre la diferencia, el saber sobre la falta del Falo. Estas producciones son sólo parcialmente exitosas porque, si bien intentan negarlo, el enigma persiste. Y exige ser reconocido como enigma para el cual nunca habrá respuesta última ni definitiva. Lo angustiante, lo traumático de la sexualidad, tiene que ver con esto. Atravesar el complejo de castración implica una mayor posibilidad de soportar los enigmas y las preguntas que éstos conllevan. Para el propio deseo así como para el deseo del Otro, entendidos como deseos inconscientes, no hay respuestas últimas ni tranquilizadoras. Es más, el deseo supone la tolerancia del desconocimiento.

Freud fue terminante en plantear que, de complejo de castración, sólo debía hablarse en la etapa fálica, en aquella que pone en juego, no el objeto de la oralidad ni el de la analidad, sino que se relaciona con la diferencia sexual y con lo que pone en marcha la asunción de las identificaciones típicas para cada sexo. (33)

Sólo por una cierta elaboración de la etapa fálica el varón llegará a ser varón y la niña, niña. Con la posibilidad de entrada en una relación genital que debe entenderse como aquella en que el deseo apunta al deseo en el otro. (34) Esto sólo es posible en tanto haya una cierta aceptación que, de lo sexual, no hay saber ni garantía. Todas las formaciones sintomáticas implican una dimensión en que no se quiere saber que no hay tal saber ni garantía y otra, en tanto son formaciones transaccionales, en que el saber de la falta y la falta de saber intentan hacerse reconocer. La investigación sexual infantil oscila entre un deseo de saber y un deseo de desconocimiento. Esto se escenifica en la dialéctica de las relaciones edípicas. (35) El niño, cuya posición originaria, cuya primera identificación narcisística es la de falo materno, por la intervención de la función del padre, de la prohibición que éste insta en relación al deseo incestuoso, se verá conducido a preguntarse por el deseo (repetimos: imaginarse ser el falo es más una respuesta que una pregunta) entrando en una dialéctica de la sustitución.

Esta posibilidad de entrada en procesos de sustitución y desplazamiento es esencial para que el sujeto se constituya, en su singularidad, como deseante. El deseo se realiza pero disfrazándose, sometándose a la represión a la vez que transgrediéndola. Por eso el inconsciente sólo se realiza traspuerto. "...la representación inconsciente como tal es del todo incapaz de ingresar en el preconsciente, y que sólo puede exteriorizar ahí un efecto si entra en conexión con una representación inofensiva que ya pertenez-

ca al preconciente, transfiriéndole su intensidad y dejándose encubrir por ella. Este es el hecho de la transferencia,..." (36) Este es el sentido primero, nunca abandonado, del concepto de transferencia, en el pensamiento freudiano. Llegamos así al cuarto y último concepto fundamental que abordaremos.

La transferencia consiste en un cambio de inscripción, en ese movimiento por el que el deseo, vinculado a la representación-cosa, entra en conexión con representaciones-palabra, preconscientes, como única posibilidad de volverse efectivo. Al pensar la transferencia en la relación analizante-analista no debe perderse de vista la articulación con esta definición conceptual. El analista sería una representación, un efecto del inconsciente del analizante alrededor del cual se articularía su deseo, pretexto para que entren en conexión y adquieran posibilidad de expresión, de efectuación, sus representaciones inconscientes, su deseo como reprimido, sexual, infantil. El sujeto del inconsciente, como efecto de un campo, el de los efectos de la palabra, guarda relación con el momento en que ese campo se revela. (37) Este momento corresponde a la transferencia. Esta manera de concebir la relación transferencial, como efectuación del inconsciente, "la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente..." (38), jerarquiza lo que en ella se pone en juego del orden simbólico. Si el inconsciente sólo adquiere efectividad traspuesto, la transferencia es intrínseca al mismo. No se trata de transferencia de afectos. No es que ésta no se dé. Pero queremos remarcar el hecho de que viendo este único aspecto o considerándolo como predominan-

te, se pierde de vista el sentido que, más riguroso, articulado metapsicológicamente, tópicamente, toma en la definición freudiana. Transferencia positiva, de amor; transferencia negativa de afectos agresivos, se dan, sí, pero como efectos yoicos, como dimensión imaginaria que vehiculiza aquéllo que se trata de poner en juego, en cuestión: algo del orden del ser.

Quedándonos en esta dimensión imaginaria asimilamos inconsciente a yo, sujeto del inconsciente a individuo. Se pierde esa perspectiva por la cual un sujeto, en análisis, busca que algo de su ser se reconozca. Reconocimiento nada ajeno a que, por el hecho de hablar, y por la eficacia de la interpretación como efecto también de palabra, lo no-reconocido, resto de lo simbólico\*, vaya ganando terreno y entre, gracias a la posibilidad de conexiones, de transferencia, a tomar un lugar en el registro simbólico. A inscribirse, a ser hecho de palabra. Trabajo con lo inconsciente para evocar\*\*, desde allí, lo más pulsional, lo reprimido sexual. Largo recorrido de discurso mediante el cual, desde lo que repite en el decir del analizante, se irá al encuentro de lo excluido, en un esfuerzo por inscribirlo. Lo que hasta entonces tenía forma de angustia, o de síntoma, de lenguaje que no alcanzaba a decirse con palabras, en el proceso del análisis encontrará esas palabras faltantes. A condición de que éstas no se postulen como un saber obturante, que reserven un lugar para el enigma.

\*Que definíamos como lo traumático, lo angustiante, lo no ligado, lo que constituye el nódulo de la castración.

\*\*Evocamos aquí otra dimensión de la transferencia: su dimensión real.



Aquello carente de palabra, excluido de lo simbólico, vinculado a lo reprimido originario, proponemos nombrarlo 'infantil'. Lo infantil en psicoanálisis no es lo propio de niños sino lo sexual, lo reprimido.

Es evidente que hemos producido un deslizamiento de la idea de 'infantil=niño=persona' hacia la de 'infantil=reprimido=sexual'. De lo infantil como representación preconsciente a infantil en su dimensión inconsciente. Del signo al significante. (39) Si mantenemos esta manera de pensar lo infantil sostendremos que cualquiera, adulto o niño en lo que hace a su edad cronológica, sufre de lo infantil en él, de aquello que presiona por ser reconocido. Y que es con lo infantil, con el niño que somos todos con lo que el psicoanálisis trabaja. Es por eso que sostenemos que, en tanto psicoanalistas, no es posible no analizar un niño. (40)

Y sostenemos también que, si esto es lo esencial que pone en juego todo análisis, la pregunta sobre su posibilidad no debe girar alrededor de cuestiones de edad de aquél que enuncia su demanda de ser analizado. En todo caso, si hay preguntas sobre lo posible en análisis, que las hay, éstas deberán plantearse según las coordenadas conceptuales de este campo teórico.

Hay preguntas, hay muchos problemas no resueltos en psicoanálisis. Hay límites a la práctica, hay oscuridades teóricas y técnicas. Existen los fracasos terapéuticos. Pero debemos abordar estos problemas como problemas psicoanalíticos no justificándose el hacerlo desde otros campos, al menos no si esto implica renunciar al descubrimiento freudiano.

Este criterio guiará nuestro trabajo en los capítulos siguientes.

En el marco de esta definición de inconsciente, repetición, pulsión y objeto y transferencia, debemos conceptualizar el proceso analítico.

Decimos de un sujeto que quiere analizarse cuando podemos precisar una demanda de ser escuchado como forma de articular una demanda de saber. Saber acerca de lo que ignora como produciendo la sintomatología de la que sufre. Nuestra posición de analistas nos compromete en una concepción por la cual las producciones sintomáticas las pensamos como hechos de discurso, formaciones inconscientes homeomórficas al inconsciente mismo.

El paciente trae sus síntomas y pide saber acerca de ellos, demandando saber algo más acerca de sí mismo en esta pregunta por aquello que no puede dejar de reconocer como propio a la vez que declara como siéndole ajeno y extraño.

Se trate de su fobia, su obsesión, de un síntoma que interese a su cuerpo o de un fracaso en sus objetivos vitales, no alcanza a explicarse la razón de aquello que afecta su vida y para la modificación de lo cual (modificación que demanda en la medida en que en los síntomas está comprometido su sufrimiento) no le sirven las explicaciones o medidas que pueda tomar conscientemente.

Y se dirige a aquél en quien supone un saber sobre aquello, de sí mismo, de lo que padece. Requisito para que se instale una relación transferencial en sentido específico o sea aquella que soportará todo el proceso de la cura. El analista demandará a su paciente que hable o, si es niño, que juegue, respondiendo así a la demanda única a la que se debe atender, la demanda del paciente de ser escuchado y de que su

discurso sea interpretado. No puede iniciarse un análisis si el analista no acepta ocupar el lugar, adjudicado por el analizante, de ser un sujeto que sabe, que sabe sobre el inconsciente y el deseo del otro. Y el analista, efectivamente, sabe. Pero, a diferencia de lo que el paciente le supone saber, éste sabe algo bien distinto: que sobre el inconsciente del otro nada sabe y que, si algún saber hay, éste sólo podrá desplegarse en el desenvolvimiento del discurso. Por eso demanda a su paciente que hable. Y el habla del paciente se fundamenta justamente en esto: en que hay un no-saber que produce un saber particular. Que, a diferencia de todo conocimiento, es un saber, el del inconsciente, en el que se va realizando una verdad subjetiva, aquella que afecta en la singularidad a cada sujeto. Verdad que parcialmente se dice en los síntomas y frente a los cuales el análisis ofrece una vía diferente sólo y en tanto ofrece otras vías para la liberación de la palabra.

No se trata de llevar al sujeto a ninguna suerte de maduración o adaptación a normas cuyo detentador sería el analista. Por lo contrario, se trata de llevarlo hacia lo más verdadero de sí mismo. Es en este sentido que el análisis no supone la identificación del analizante con el analista ni la ubicación de éste en el lugar de ningún Ideal del Yo. Si bien es éste el punto en que un análisis se inicia, el analista, en tanto sabe que de lo más verdadero de su paciente es sólo él (el paciente) quien podrá dar cuenta, se destituirá progresivamente de cualquier ocupación de ideal. No es otra cosa la elaboración de la transferencia. Y en este trabajo, ni corto ni fácil, no sin dificultades ni sufrimiento, el sujeto irá aproximándose a aquéllo de sí mismo y que en sí mis-

mo es causa de lo que lo llevara a demandar análisis. Aproximándose a su propia división subjetiva, a su propia castración. Este trabajo implicará un alivio sintomático, importante como efecto del trabajo analítico. No obstante, un verdadero proceso de análisis no se conformará con este objetivo terapéutico. Avanzará un poco más en la vía de que el sujeto se aliene un poco menos de su deseo para que, desde una relación diferente con el mismo, con la sexualidad, con lo reprimido, se abran las promesas de actos de sublimación.

Como acceso a la verdad vale todo lo que el sujeto diga. Porque la verdad se dice como puede. En este sentido diferenciamos verdad de exactitud. La verdad que nos interesa no es la de una supuesta adecuación normativa, del orden de ninguna objetividad. No pretendemos un acceso a la objetividad sino todo lo contrario, un camino hacia el despliegue de la subjetividad más radical.

Escuchamos la historia y el relato del paciente buscando poder determinar los acontecimientos significantes que marcaron su vida de sujeto. Esto es, los acontecimientos alrededor de los cuales se ha tramado una estructura deseante. Aquéllos que señalan hitos en la constitución de lo nuclear para toda subjetividad: el complejo de castración.

Como el complejo de castración se anuda indisolublemente a las vicisitudes de la pulsión y en tanto ésta sólo se articula a un objeto en las vicisitudes de una historia no podremos determinar, a priori, o sea antes de que el sujeto despliegue su única y exclusiva versión de su historia, a qué objeto privilegiado se haya anudado su deseo.

Esto, la articulación particular de su deseo a un objeto será una cons-

trucción del análisis en la medida en que éste pueda ir más allá de los síntomas a la búsqueda del fantasma en que se entrama la peculiaridad más íntima de cada uno.

Un cambio en la relación consigo mismo, esto es lo que persigue el análisis. Trocar síntomas por una relación diferente con la propia castidad y con la singularidad del deseo inconsciente, para el cual no hay garante. Siendo éste, en realidad, garantía de subjetividad. Un análisis abrirá los caminos del deseo en tanto abra los caminos de la palabra.

Cuando un paciente adulto habla en análisis, cuando un niño juega, a lo que la escucha analítica se dirige no es a la palabra o al juego como elementos de la comunicación, como los soportes a través de los cuales se haría referencia a una realidad objetiva. El discurso (verbal o lúdico) tal como lo entiende el análisis es el medio en el cual y por el cual un sujeto se realiza. De la subjetividad, lo que se inscribe como simbólico alcanza una dimensión de lenguaje. El resto, soporte de la transferencia, implica esa dimensión de acto gracias al cual, en análisis, se actualiza el sujeto del inconsciente.

De una adecuación objetivante al reconocimiento de la subjetividad, de la exactitud a la verdad, de un saber referencial a un saber textual en que se cifra el inconsciente, de la palabra como comunicación a la dimensión de pacto que ésta conlleva, de la tendencia a la maduración al reconocimiento de la Spaltung insuperable del sujeto, de la idea de un objeto natural y adecuado al que se vincularía la pulsión sexual a la noción radical de falta de objeto, ése es el tránsito que conduce desde cualquier teoría psicológica a la teoría que no se subsume ni adecúa a ninguna de ellas: el psicoanálisis."

## Notas del capítulo segundo

- (1) Freud, S.: 'La represión' en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, Tomo XIV, pág. 143.
- (2) Esta aseveración se irá aclarando, más adelante, en el texto.
- (3) Freud, S.: 'Lo inconciente' en op. cit., págs. 197-198.
- (4) Freud, S.: 'Proyecto de psicología' en op. cit., 1982, Tomo I, pág. 376.
- (5) El lado cosa del semejante, tal como Freud lo trabaja en el Proyecto es denominada por él 'Ding' que, según nota del traductor al español que aparece en 'Apéndice C. Palabra y cosa' en op. cit., Tomo XIV, pág. 211, indica la cosa material. La representación-cosa que, según el trabajo 'Lo inconciente' (en el capítulo VII. El discernimiento de lo inconciente) corresponde a la representación inconciente, es denominada por Freud, Sachvorstellung. De acuerdo a la nota ya mencionada la diferencia entre Ding y Sache es que esta última indica, no la cosa material sino la cosa del pensar. Esta diferencia de términos sería coherente con que Sachvorstellung da cuenta de la cosa inscripta, núcleo de los pensamientos inconscientes.
- (6) Esto está planteado por Lacan en el Seminario VII. La Etica del psicoanálisis, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires, versión mimeográfica, s/f.
- (7) Freud, S.: 'La represión' en op. cit., pág. 143.
- (8) Para pensar el factor causal del trabajo psíquico es necesario articular la fijación que implica la represión con el hecho de

que lo fijado es un representante de la pulsión. Y, en relación con la pulsión y la causalidad citaremos el siguiente párrafo de Más allá del principio del placer: "La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante,..." Freud, S.: 'Más allá del principio del placer'; en op. cit., 1979, Tomo XVIII, pág. 42.

- (9) Freud, S.: 'Fragmentos de la correspondencia con Fliess' en op. cit., 1982, Tomo I, Carta 52, pág. 274.  
 'Nota sobre la pizarra mágica' en op. cit., 1979, Tomo XIX, pág. 244.  
 'Lo inconciente' en op. cit., 1979, Tomo XIV, pág. 168.  
 'La interpretación de los sueños' en op. cit., 1979, Tomo V, págs. 531-532.
- (10) Indart, Juanqui: '...Porque (por qué) una "taza" es el "pecho" (?)' en Revista Cero, Buenos Aires, Grupo Cero, 1974, N°1, pág. 5.
- (11) Lacan, J.: Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Barcelona, Barral Editores, 1977, pág. 224.
- (12) Freud, S.: 'Lo inconciente' en op. cit., pág. 198.
- (13) Lacan, J.: Los cuatro conceptos..., op. cit., pág. 226.

- (14) Lacan, Jacques: 'La significación del falo' en Escritos I, México, Siglo XXI editores, 1971, págs. 284 y 286.
- (15) Freud, S.: 'Sobre las teorías sexuales infantiles' en op. cit., 1979, Tomo IX, págs. 189 a 196.

Para este tema también se puede consultar: Laplanche y Pontalis: 'Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía' en Green y otros: El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1969, págs. 105 y sigs.

- (16) Esta tesis está comentada por Jacques-Alain Miller en su trabajo 'Algoritmos del psicoanálisis' en Ornicar?, Barcelona, Ediciones Petrel, 1981, El saber del psicoanálisis/2.

En cuanto a nosotros, sólo podemos hacer un comentario escueto y resumido (lo contrario implicaría un extensísimo trabajo en la medida en que esta tesis recorre todo el pensamiento lacaniano). Digamos que rescata, de Freud, el sentido tópico, sistemático, del concepto de inconsciente. Además, y siguiendo una tradición saussuriana, el carácter de sistema de la lengua así como el concepto, desarrollado por Saussure, de valor. También de este lingüista toma el término de significante en tanto corresponde a uno de los elementos del signo. Sin embargo, en psicoanálisis, significante adquiere otra dimensión teórica en tanto se lo define como lo que representa al sujeto del inconsciente. La importación que Lacan hace de un concepto de la lingüística no es sin haber operado transformaciones sobre el mismo. En Lacan, el



signo saussuriano está invertido, la barra es resistente a la significación y, por otra parte, al hablar de signo saussuriano como de algoritmo, Lacan le aplica un concepto proveniente del campo de las matemáticas. De la lingüística, esta vez vía Jakobson, Lacan asimila las operaciones del proceso inconsciente, condensación y desplazamiento, a las figuras retóricas de la metáfora y la metonimia relacionando esto con los ejes sintagmático y paradigmático del lenguaje.

Para este tema se puede consultar: 'Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis' en Escritos I, op. cit., págs. 59 y sigs., así como 'La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud' en op. cit., págs 179 y sigs.

- (17) Para este punto se puede recurrir al 'Índice razonado de los conceptos principales' que figura al final de los dos tomos en que está publicada la obra escrita de Lacan. En particular véase 'La supremacía del significante' en Escritos..., op. cit.
- (18) Freud, S.: 'Más allá del principio del placer' en op. cit., Tomo XVIII, págs. 7 y sigs., y 'La interpretación de los sueños' en op. cit., Tomos IV y V.
- (19) "Principio de placer. Uno de los dos principios que, según Freud, rigen el funcionamiento mental: el conjunto de la actividad psíquica tiene por finalidad evitar el displacer y procurar el placer. Dado que el displacer va ligado al aumento de las cantidades de excitación, y el placer a la disminución de las mismas, el princi-

pio de placer constituye un principio económico." Laplanche y Pontalis: Diccionario de Psicoanálisis, Barcelona, Editorial Labor, 1971, pág. 306.

- (20) Freud, S.: 'Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)' en op. cit., 1980, Tomo XII, pág. 152.
- (21) Freud, S.: 'Recordar, repetir...' en op. cit., pág. 153.
- (22) Freud, S.: 'Más allá...' en op. cit., pág. 16.
- (23) Freud, S.: 'Más allá...' en op. cit., pág. 17.
- (24) Freud, S.: 'Más allá...' en op. cit., pág. 20.
- (25) Freud, S.: 'Más allá...' en op. cit., pág. 24 y sigs.
- (26) Freud, S.: 'Pulsiones y destinos de pulsión' en op. cit., 1979, Tomo XIV, pág. 113 y sigs.
- (27) "...la pulsión sádica en la neurosis obsesiva. Aquí hallamos la vuelta hacia la persona propia sin la pasividad hacia una nueva. La mudanza llega sólo hasta la etapa b. De la manía de martirio se engendran automartirio, autocastigo, no masoquismo. El verbo en voz activa no se muda a la voz pasiva, sino a una voz media reflexiva." Freud, S.: 'Pulsiones y destinos de pulsión' en op. cit., pág. 123.
- (28) Toda una parte del Seminario XI está dedicado al tema de la pulsión. En particular los capítulos XIII 'Desmontaje de la pulsión' y XIV 'La pulsión parcial y su circuito'. Lacan, J.: Seminario XI. Los cuatro conceptos..., op. cit., pág. 167 y sigs. y 179 y sigs., respectivamente.
- Leemos en Freud: "Cuando la primerísima satisfacción sexual es-

taba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió sólo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. Después la pulsión sexual pasa a ser, regularmente, autoerótica,..." (el subrayado es nuestro). Freud, S.: 'Tres ensayos de teoría sexual' en op. cit., 1978, Tomo VII, pág. 202.

La pulsión sexual, parcial, autoerótica, vinculada a un objeto perdido, por un lado, y el narcisismo, desde el cual se organizan representaciones globales de los objetos, se configuran de manera sincrónica. Pudiendo entenderse la sincronía, pero a la vez disyunción, entre sexualidad y narcisismo, como una de las formas en que se efectiviza la Spaltung subjetiva.

Es lo que pretendemos marcar con la transcripción de la cita y los correspondientes subrayados.

- (29) "El sujeto, comprometido por la satisfacción de su necesidad en los desfiladeros de la demanda..." Lacan, J.: 'El deseo y su interpretación' en Las formaciones del inconsciente, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1976, pág. 131.
- (30) "...las fantasías son los estadios previos más inmediatos de los síntomas patológicos de que nuestros enfermos se quejan." "No puedo omitir el nexo de las fantasías con el sueño." Freud, S.: 'El creador literario y el fantaseo' en op. cit., 1979, Tomo IX, pág. 131.
- (31) "(...) Y enseguida quiero confiarte el gran secreto que poco a po-

co se me fue trasluciendo en las últimas semanas: ya no creo en mi 'neurótica'."

"..., pero, ante ti y ante mí mismo, tengo, en verdad, el sentimiento de un triunfo que el de una derrota (lo cual, empero, no es correcto)." Freud, S.: 'Fragmentos de la correspondencia con Fliess' en op. cit., 1982, Tomo I, Carta 69, págs. 301-302.

- (32) La estructura del narcisismo la metaforiza Lacan con el esquema del florero invertido. Este punto, en el Seminario XI, está tratado en el capítulo XI 'Análisis y verdad o el cierre del inconsciente' en op. cit., pág. 151.

Con respecto a ese más allá de la identificación, citaremos: "Pero hay otra función, que instituye una identificación de una naturaleza singularmente diferente, y que es introducida por el proceso de separación.

Se trata de ese objeto privilegiado...: el objeto a."

"Ese objeto sostiene lo que, en la pulsión, se define y especifica en cuanto la entrada en juego del significante en la vida del hombre le permite hacer surgir el sentido del sexo. A saber, que para el hombre, y porque conoce los significantes, el sexo y sus significaciones siempre son susceptibles de presentificar la presencia de la muerte." Lacan, J.: Los cuatro conceptos..., op. cit., pág. 261

- (33) Freud, S.: 'La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)' en op. cit., 1979, Tomo XIX, págs. 146-147.

- (34) "¿No se puede acaso percibir en esta tercera fase genital, esta

conjunción del deseo más interesada en la demanda del sujeto, que debe encontrar su garante, su idéntico en ese deseo del deseo?" Lacan, J.: Seminario VIII. La Transferencia, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires, versión mimeográfica, s/f, Segunda Parte, pág. 122.

- (35) Véase Freud: 'Tres ensayos...' en op. cit., págs. 176 a 179.
- (36) Freud, S.: 'La interpretación de los sueños' en op. cit., 1979, Tomo V, pág. 554.
- (37) Lacan, J.: Los cuatro conceptos..., op. cit., pág. 134.
- (38) Lacan, J.: Los cuatro conceptos..., op. cit., pág. 154.
- (39) "...necesitamos reducirlo todo a la función de corte en el discurso; el más fuerte es el que forma una barra entre el significante y el significado. Aquí se sorprende al sujeto que nos interesa, puesto que al anudarse en la significación, lo tenemos ya alojado en la égida del preconsciente." Lacan, J.: 'Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano' en Escritos I, op. cit., pág. 312.
- "Nuestra definición del significante (no hay otra) es: un significante es lo que representa al sujeto para otro significante."
- Lacan, J.: 'La subversión...' en op. cit., pág. 330.
- El significante se diferencia del signo en tanto este último es lo que significa algo para alguien.
- (40) 'Decimos "no es posible no analizar a un niño" que pretendemos radicalmente diferente de plantear "es posible analizar un niño". La formulación que proponemos sitúa el problema en las coordenadas de la denegación freudiana, destacando la dimensión

simbólica y el sujeto del inconsciente. Por otro lado, sus posibilidades polisémicas son mucho mayores, abriendo hacia distintas líneas de significación.

Capítulo III.

"...todo niño que juega se comporta como un poeta..."(1)

Y si por poesía entendemos el "crear algo con la palabra"(2) reconoceremos, en la enunciación freudiana, el carácter creativo así como su ser de palabra, intrínsecos al juego y al jugar.

Platón, que "quería expulsar a los poetas de la 'República' por 'mentirosos'"(3), admitía, por otro lado, "que la poesía es una locura, pero locura 'divina'".(4) Y los dioses, afirma Lacan, se encuentran en lo real.(5)

"Menino de Cheshire", (...) "¿Me podrías indicar, por favor, hacia dónde tengo que ir desde aquí?"

"Eso depende de a dónde quieras llegar", contestó el Gato.

"A mí no me importa demasiado a dónde...", empezó a explicar Alicia.

"En este caso, da igual hacia a dónde vayas", interrumpió el Gato.

"...siempre que llegue a alguna parte", terminó Alicia a modo de explicación.

"¡Oh! Siempre llegarás a alguna parte", dijo el Gato, "si caminas lo bastante".

A Alicia le pareció que esto era innegable, de forma que intentó preguntarle algo más: "¿Qué clase de gente vive por estos parajes?"

"Por ahí", contestó el Gato volviendo una pata hacia su derecha, "vive un sombrerero; y por allá", continuó volviendo la otra pata, "vive una liebre de marzo. Visita al que te plazca: ambos están igual de locos".

"Pero es que a mí no me gusta estar entre locos", observó Alicia.

"Eso sí que no lo puedes evitar", repuso el Gato; "todos estamos locos por aquí. Yo estoy loco, tú también lo estás".

"Y ¿cómo sabes tú si yo estoy loca?", le preguntó Alicia.



"Has de estarlo a la fuerza", le contestó el Gato; "de lo contrario no habrías venido aquí".

Alicia en el País de las Maravillas(6)

Veamos esta locura de Alicia, del Gato, la Liebre o del Sombrerero. Esta locura de poeta, de niño que juega. Locura divina, inspirada en lo real.

"Lo real es lo imposible" y lo imposible "lo que no cesa de no escribirse"(7), leemos en Lacan.

Lo que no cesa de no escribirse, la falta de relación, la cosa, imposible, inconmensurable del Otro, evocado en la alternancia de ausencias y presencias y convocado, convidado de piedra, "roca viva" de la castración (8), por la escritura de lo que no cesa de escribirse.(9) Estructura inconsciente imaginizada en palabras, sueños, juegos. Lo convocado: el más allá del principio del placer, la pulsión que, de muerte, opera en silencio. Que, como el infans, no habla. Siendo, sin embargo, fundamento de toda palabra.

Un infante silencioso que solamente a partir del silencio/ausencia del Otro obtendrá la licencia, volviéndose licencioso en la utilización de la lengua(10)pulsional, de inventar sus decires singulares.

La poesía, el juego, la actividad creadora, locura divina dirá Platón, locura, escritura pulsional, escritura de lo real, diremos nosotros. Inspirada en la pulsión a la vez que invocándola y evocándola, a ella, la que no se escribe porque no habla, en los intersticios de lo que no es otra cosa que trabajo de escritura: la compulsión a la repetición. Ley de lo simbólico a propósito de la cual Freud cita un fenómeno: el juego infantil.

El o-o-o-o (fort), (se fue), con que un pequeño acompaña el arrojar un

carretel de madera atado con un piolín tras la baranda de su cunita haciéndolo desaparecer para luego volverlo a encontrar, saludando su aparición con un *Dá* (acá está).

"...he aprovechado una oportunidad que se me brindó para esclarecer el primer juego, autocreado, de un varoncito de un año y medio. Fue más que una observación hecha de pasada, pues conviví durante algunas semanas con el niño y sus padres bajo el mismo techo, y pasó bastante tiempo hasta que esa acción enigmática y repetida de continuo me revelase su sentido.

El desarrollo intelectual del niño en modo alguno era precoz; al año y medio, pronunciaba apenas unas pocas palabras inteligibles y disponía, además, de varios sonidos significativos, comprendidos por quienes lo rodeaban. Pero tenía una buena relación con sus padres y con la única muchacha de servicio, y le elogiaban su carácter 'juicioso'. No molestaba a sus padres durante la noche, obedecía escrupulosamente las prohibiciones de tocar determinados objetos y de ir a ciertos lugares, y, sobre todo, no lloraba cuando su madre lo abandonaba durante horas; esto último a pesar de que sentía gran ternura por ella, quien no sólo lo había amantado por sí misma, sino que lo había cuidado y criado sin ayuda ajena. Ahora bien, este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de una cama, etc., todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance, de modo que no solía ser tarea fácil juntar sus juguetes. Y al hacerlo profería, con expresión de interés y satisfacción, un fuerte y prolongado 'o-o-o-o', que, según el juicio coincidente de su madre y de este observador, no era una interjección, sino que significaba 'fort' (se fue). Al fin caí en la cuenta de que se trataba de un juego y que el niño no hacía

otro uso de sus juguetes que el de jugar a que 'se iban'. Un día hice la observación que corroboró mi punto de vista. El niño tenía un carretel de madera atado con un piolín. No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras sí por el piso para jugar al carrito, sino que con gran destreza arrojaba el carretel, al que sostenía por el piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo 'o-o-o-o', y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso 'Da' (acá está). Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver. Las más de las veces sólo se había podido ver el primer acto, repetido por sí sólo incansablemente en calidad de juego, aunque el mayor placer, sin ninguna duda, correspondía al segundo.<sup>6</sup>"

Reproducimos también la nota a pie de página marcada en el texto con el número 6: "6. Esta interpretación fue certificada plenamente después por otra observación. Un día que la madre había estado ausente muchas horas, fue saludada a su regreso con esta comunicación: '¡Bebé o-o-o-o!'; primero esto resultó incomprensible, pero pronto se pudo comprobar que durante esa larga soledad el niño había encontrado un medio para hacerse desaparecer a sí mismo. Descubrió su imagen en el espejo del vestuario, que llegaba casi hasta el suelo, y luego le hurtó el cuerpo de manera tal que la imagen del espejo 'se fue'." Y sigue el texto: "La interpretación del juego resultó entonces obvia. Se entramaba con el gran logro cultural del niño: su renuncia pulsional (renuncia a la satisfacción pulsional) de admitir sin protestas la partida de la madre."<sup>(11)</sup>

El niño admite sin protestas, renunciando a la satisfacción pulsional,

la partida de la madre. ¿Qué buscaría la pulsión? "La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción..."(12); vivencia de encuentro con la madre, de goce absoluto en la disolución incestuosa, satisfacción plena que anularía toda diferencia bajo el imperio de la muerte. Y el gran logro cultural del niño: triunfo absoluto de la represión, admisión sin protestas. Una vez más: anulación de diferencias, establecimiento del silencio -de muerte- que pretende la represión.

Renuncia a la satisfacción pulsional de admitir sin protestas...

¿Podríamos acaso decir que este gran logro cultural de no protestar, es otra manera, la que obliga la represión, de satisfacción pulsional? Y satisfacer la pulsión -de muerte- ¿no será la muerte?\*

Es Dick, el pacientito de Melanie Klein que no protestaba cuando su niñera lo dejaba en el consultorio de la analista, cuyo comportamiento carecía de sentido y de propósito, cuya conducta no tenía relación con ningún afecto ni angustia.(13)

Es Dick, totalmente inmerso en un real, sin muestra de ansiedad, habiendo fracasado hasta en el logro del primer tipo de identificación.(14)

Prácticamente sin constituir el registro del simbolismo, este niño vive adherido, en su silencio autista, a la fantasía de estar adherido al cuerpo de la madre. Satisface la pulsión y paga por ello con toda su posibilidad de sujeto viviente.

Del otro lado el espejo, la represión que intenta discursos unitarios, imágenes de completud.

Es el caso de una niña que llevando el mismo nombre que su madre éste

\*La muerte subjetiva, del sujeto sumergido en lo real del goce.

corresponde, además, al de una heroína de una serie de televisión famosa por sus características omnipotentes.

El síntoma principal por el que los padres consultan consiste en pensamientos obsesivos acerca de la muerte de su abuela, a la que todos nombran, en especial las nietas, con el apodo de 'Maga' (que corresponde a 'mamá grande' pero que coincidentemente colabora en la constitución de fantasías alrededor de figuras femeninas poderosas y autosuficientes).

La niña padece básicamente a causa de estas fantasías de muerte de su abuela, sintiéndose responsable de su vida y su posible fallecimiento. Pero, con independencia de este síntoma específico, toda su estructura, de tipo obsesivo, la hace ser una niña excesivamente seria, responsable, excelente alumna, mas con mucha dificultad para jugar, divertirse, estar contenta. Su talante es predominantemente depresivo y puede pasarse muchas horas del día, cuando no tiene una tarea que cumplir, tirada en un sillón chupándose el dedo.

Su madre, una mujer inteligente y hermosa, ama a su marido pero toda su vida matrimonial está signada por las dificultades de relación, peleas, desentendimientos, que no son sino efecto de las dificultades sexuales de la pareja. La señora reconoce problemas de frigidez. Asimismo se reconoce frígida en la relación con su hija mayor, motivo de la consulta: es difícil acariciarla, tocarla, hacerle mimos. Aproximadamente cuando ella tenía la edad que ahora tiene la niña su padre abandonó el hogar. Habiendo recuperado la relación con él ya siendo una adulta, éste, que siempre repudió su matrimonio, vuelve a alejarse con el nacimiento de ésta, su primer hija.

El padre de nuestra paciente, exitoso y reconocido en su actividad pro-

fesional, aparece debilitado en el interior de la familia: las dificultades en la relación con su mujer lo cuestionan como hombre pero también como padre, sintiéndose inhibido de ejercer una función de corte que separe a esta niña de reconocimientos especulares en que quedan atrapadas las mujeres de esta familia.

Ubicada en una sucesión de tres generaciones de mujeres 'autosuficientes', fantasía en la que todas intentan sortear la angustia de castración, esta niña anuda y carga con el peso de seguir soportando la tarea del mutuo reconocimiento femenino de poderlo todo: aún de disponer de la vida y de la muerte.

Omnipotencia que revela su otra cara: impotencia para jugar, desear y gozar.

Como en esta coagulación especular la represión intenta borrar toda marca de diferencia. Pretende desconocer lo pulsional inventando vertientes de desexualización. Individuos que se reconocen en identificaciones imaginarias, sujetos perdidos para el juego del deseo. El intento desexualizante operado por la represión lleva, una vez más, al silencio de la indiferencia, a la nivelación mortífera que, pretendiendo desconocer lo pulsional, no hace sino someterse a su vocación de silencio. Que sólo los síntomas pueden romper.

Pero está el juego. Juego que no admite, como la represión, sin protestas, la insatisfacción pulsional. Protesta de vida que es también declaración de fe y creencias.

Entre el goce autista de la satisfacción pulsional y el goce del reconocimiento en el espejo, el juego, como la compulsión a la repetición, no logra la satisfacción buscada pero tampoco renuncia a encontrarla y repite, con la insistencia de lo reprimido, esta diferencia, escribiendo

sin cesar el fracaso. Aludiendo, como fracaso (pérdida) de goce, al más allá que el placer conlleva.

El juego renuncia a la satisfacción pulsional en tanto ésta se entiende en la vertiente del goce; sea éste el de un cuerpo-a-cuerpo con la madre, sea éste el goce de un supuesto puro simbólico en que la representación instauraría de una vez y para siempre la dominación significativa. Pero es satisfacción de la pulsión en tanto ésta, como pulsión sexual, se ordena bajo el primado del placer, admitiendo la instancia significativa pero sin dejar de vehicular un deseo transgresor.

"Pero el hecho nuevo y asombroso que ahora debemos describir es que la compulsión de repetición devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces." (15)

El nietecito de Freud juega para no tener que renunciar a la búsqueda de la satisfacción pulsional así como para no quedar capturado en el espejo. Quizás por eso, contemporáneamente al desarrollo de este juego, juega a desaparecerse del espejo para comprobar que pueda "...verse a sí mismo como si no hubiese sido visto...", para constatar que "...'ser' está disociado del 'ser percibido'..." (16)

"Se trata, desde luego, de la acción de pulsiones que estaban destinadas a conducir a la satisfacción, pero ya en aquel momento no la produjeron, sino que conllevaron únicamente displacer. Esa experiencia se hizo en vano. Se la repite a pesar de todo: una compulsión esfuerza a ello." (17)

¿Y por qué la repetición de lo displacentero? Freud dirá que el principio del placer quedará abolido frente a una tarea más primordial para el psiquismo: ligar la excitación de impresiones traumáticas.

La compulsión a la repetición, en los sueños de la neurosis traumática, en los sueños de la transferencia, en el juego, repite y repite la escritura del fracaso en un intento de anulación del displacer, procurando que éste, el displacer de lo no simbolizable, lo no escribible, se inscriba y quede sometido a la economía del principio del placer. El factor pulsionante, resultado de la diferencia entre el placer de satisfacción buscado y el hallado, divide un resto, traumático, término de la satisfacción buscada que pulsa, a su vez, por ser ligado, de un significante, término de la diferencia y materialidad de la satisfacción obtenida. División entre lo que siempre se escribe y hace cadena y lo imposible de ser escrito, lo que no cesa de no escribirse.

"Entonces, la tarea de los estratos superiores del aparato anímico sería ligar la excitación de las pulsiones que entra en operación en el proceso primario. El fracaso de esta ligazón provocaría una perturbación análoga a la neurosis traumática; sólo tras una ligazón lograda podría establecerse el imperio irrestricto del principio del placer (y de su modificación en el principio de realidad). Pero, hasta ese momento, el aparato anímico tendría la tarea previa de dominar o ligar la excitación, desde luego que no en oposición al principio del placer, pero independientemente de él y en parte sin tomarlo en cuenta." (18)

Fort-dá y lo que se debe ligar: la partida de la madre.

El pequeño arroja un carretel y lo recoge, lo vuelve a arrojar para volverlo a recoger. Relacionado con la partida de la madre, el juego, "...esfuerzo (Drang) de procesar psíquicamente algo impresionante, de apoderarse enteramente de eso..." (19)

La partida de la madre, ¿O será más bien la madre partida?

La explicación que Freud da acerca del sentido de este juego ubica lo im-



presionante, el eso del que el niño intenta apoderarse en el hecho de que la madre se aleje, experiencia que, dolorosa y displacentera, el juego intentaría elaborar al repetir en forma activa lo vivido pasivamente. Esta transformación de pasividad en actividad implicaría tocar la vivencia displacentera en el placer de satisfacer un impulso de venganza.

Ni satisfacción pulsional plena, re-encuentro de una supuesta vivencia primaria de fusión con el objeto, ni silencio impuesto por la represión.

Entre-esos-dos, el juego articula nuevos trayectos pulsionales.

Pero, si bien correcta, la interpretación freudiana no agota lo que se juega en este juego. Ni toca el punto central.

Pensar que es la ausencia de la madre lo que el juego simboliza implica dos cosas: en primer lugar supone un sujeto con una estructuración yoica constituida que se vincularía libidinalmente con un objeto (la madre). Además implica la posibilidad para el niño (cosa que se articula con lo anterior) de percibir esta ausencia de manera anterior e independientemente del juego.

Por el contrario, este juego nos parece constituir en sí mismo la apertura de esos dos campos: en el trazado de este nuevo camino pulsional es un yo que se estructura a la vez que se aísla la ausencia como tal. Dice Lacan: "...lo que se abandona no es el otro en tanto que figura en que se proyecta el sujeto, sino ese carrito unido a él por un hilo que aguanta -donde se expresa lo que de él se desprende en esa prueba, la autoutilización a partir de la cual el orden de la significancia se pondrá en perspectiva." (20)

Siendo un nuevo trayecto pulsional es un trazado que repite un movimiento de corte que, a una vez, inaugura un sujeto dividido, desgarrado en-

tre su posibilidad inédita de decir 'Yo' (Yo te echo, yo no te necesito, yo quiero que te vayas(21)) y aquéllo que "...pequeña cosa del sujeto(...)se separa aunque todavía perteneciéndole."(22)

Fort-dá es, a la vez, inscripción de la pareja primitiva de significantes así como, objeto-carrete mediante, organización primordial de la realidad fantasmática. El objeto le causa, marca al sujeto niño en su división a la vez que se constituye en matriz, por serlo de todo su universo fantasmático, de lo único que dará respuesta a la pregunta sobre su ser. El niño será con su objeto.(23)

¿Por qué decimos que es más bien la madre partida que la partida de la madre?

Porque no se trata de la presencia o ausencia reales de la misma sino de lo que éstas sugieren en lo que a su deseo, que la divide, interesa. La madre, al ausentarse, no sólo priva al niño de su presencia, lo lanza a interrogarse sobre lo que ella desea, sugiriendo, con la falta de palabra, con la falta de presencia, que de su deseo, el dominio, para el niño, será el de la incógnita.

El carretel, como objeto que da su vestimenta al que causaría el desfallecimiento del sujeto (quizás el niño imaginando ser mirado por su madre que, al irse, mostraría que su mirada deseante se dirige hacia otro objeto o, tal vez, desprendimiento que, como don, permite imaginar una respuesta a la demanda del Otro) es punto de articulación entre el deseo de la madre como deseo del Otro, el objeto a, primera identificación del sujeto y los i(a), objetos de la relación yoica imaginaria, a la vez que se articula -Ideal del Yo- con el acceso a la palabra.

Es esta dimensión originaria la que deberá rescatarse en todo análisis. No el juego en su aspecto instrumental, expresión de sentidos que ubica-

rían su despliegue en la dimensión cristalizada del signo. Es, en cambio, lo que el jugar reactualiza de la constitución subjetiva y que nos hace pensarlo vinculado a la sublimación, a esas posibilidades creadoras que, yendo más allá de los caminos marcados por la represión primaria, implican la posibilidad de inscripción de algo nuevo.

Si pensamos que Freud plantea tres ejemplos para dar cuenta de la ligadura original de lo traumático, no mera repetición de lo ya inscripto (que serían las posibilidades de las formaciones del inconsciente) a saber: los sueños de la neurosis traumática, el juego infantil y la experiencia de la transferencia, podemos pensar que el jugar en transferencia corresponde a una oportunidad bastante singular para un sujeto de posibilidades sublimatorias.

Distinguimos acá, como se sugiere más arriba, lo que serían los caminos de las formaciones del inconsciente que debemos pensar como marcados por los derroteros de lo que ha inscripto la represión y, de alguna manera, bajo su comandancia, de la sublimación (elevar un objeto a la dignidad de la cosa, dice Lacan en el seminario sobre La Etica (24)) que, según nos parece entender, conlleva la contingencia de una re-inscripción de lo reprimido primordial.

En este sentido nos parece necesario distinguir lo que del juego se ha trabajado como equivalente de una formación del inconsciente, el sueño, por ejemplo, en las teorizaciones de Melanie Klein. Este aspecto del juego lo acerca a lo que Freud plantea en la Psicopatología de la vida cotidiana bajo el término de actos sintomáticos. (25) El juego, así, sería equivalente, equivalente en su estructura queremos decir, al síntoma, al lapsus, al sueño, al acto sintomático. Hecho puntual en que el discurso del yo, preconscious en Freud, trastabilla produciéndose algo del orden

de la revelación del inconsciente. Se ha hablado bastante, en la literatura analítica sobre niños, acerca de los lapsus del juego, pretendiendo distinguir el juego en su dimensión manifiesta de los puntos de fractura del mismo a los que el analista debiera atender.

Sin desconocer este aspecto nosotros queremos marcar uno que nos parece más originario. Ya no se trataría del juego sino del jugar (en una división si se quiere un tanto arbitraria), actividad creadora que no podríamos adjudicar a un sujeto sino que, al contrario, lo soporta, lo trabaja, lo constituye. El jugar produciendo un sujeto. Winnicott, creemos, es quien más se ha acercado a aprehender la importancia de esta faceta. Como señala Maud Mannoni, Winnicott dejaba a los niños jugar. (26)

Quizás no sea superfluo remarcar que aquí se relacionan una concepción sobre el juego con una sobre la transferencia. Y que responden ambas a poner en evidencia que, en un caso como en el otro y, en análisis con niños en la conjunción de los dos, de lo que se trata es de ir más allá de la repetición en la apuesta de constituir una experiencia nueva, singular, inédita, en que algo nuevo se produzca como acontecer subjetivo, aprehensible en el despliegue y cernimiento del fantasma. (27)

En este sentido queremos plantear que uno de los logros del análisis de un niño debería pensarse relacionado con el desarrollo, cuando no la instauración, para él, de la capacidad de jugar. (Siempre, de una u otra forma, un niño que padece sufrimiento neurótico o psicótico, no puede jugar. En el primer caso la función está inhibida, en el segundo, profundamente distorsionado en tanto lo está la relación del sujeto al significante, el juego se desliza en la pendiente de convertirse en expresión de pulsiones agresivas o de transformarse en una búsqueda directa de gratificación sexual.)

Melanie Klein planteaba que no podía pensarse el fin de un análisis en un niño si no se había logrado, hasta donde las posibilidades de la edad lo permitían, la adquisición plena del lenguaje y la palabra. Acordamos con este planteo a condición de que explicitemos qué se entiende por hablar. De lo contrario el riesgo es caer en una concepción intelectualista y, psicológica otra vez, del análisis.

Si, como psicoanalistas, nos interesa el lenguaje, no en su dimensión de comunicación, de transmisión de un mensaje, sino como forma en que se despliega la subjetividad en la búsqueda de una respuesta a la pregunta sobre el ser, hablar no puede estar dissociado de jugar.

Y, como Freud nos sugiere en su libro sobre el chiste, el niño juega con las palabras como forma de juego y de lenguaje. (28)

Jugando nosotros nos permitiremos decir que el niño también palabreará con juegos. Y que un análisis de un niño no habrá alcanzado su fin si éste no es capaz de jugar con las palabras y palabrear (hablar) con el juego. Entendiendo por esto que el niño, al jugar, disfrute del goce posible asociado a esta actividad en tanto ella, regida por el principio del placer, es capaz de conducirlo más allá del mismo, más allá del jugar para algo, en el goce que se encuentra en el jugar porque sí, porque es divertido jugar.\*

Si el niño entra a análisis con una pregunta sobre su ser que nos enfrenta con la demanda implícita en sus síntomas, el despliegue de una cura consistirá en dar lugar al discurso, dimensión significativa que, en él, encontrará su soporte predominantemente en lo que llamaremos, provisoria-

\*No pretendemos con esto, ni mucho menos, agotar el problema del fin de análisis. Simplemente marcamos un aspecto, fenomenológico, a tener en cuenta. Para tratar el problema del fin de análisis habría que trabajar el jugar en la distinción de dos dimensiones: la del significativo y la que, desde ella, permite la construcción del fantasma. Hacerlo excede los límites de este trabajo.

mente, significantes lúdicos. Desde allí, la dirección de la cura se orientará hacia el rescate de lo que, de pulsional, pone en juego el jugar, como goce posible y permitido, en esta torsión por la cual, y nos repetimos, ni triunfo de las pulsiones de muerte, ni silencio impuesto por la autoconservación, sino y en cambio, pulsión sexual, predominancia del juego, del deseo, de la sexualidad.

Y proponemos: Donde eso era, ahí -en otro lado- debe advenir el jugar...

Ahora bien, si el niño habla con el juego, ¿cómo escucharlo?

Esta pregunta nos lleva a analizar un tema que dejamos pendiente en el primero de nuestros capítulos y que corresponde al problema, uno de los ejes de la discusión Anna Freud-Melanie Klein, sobre el simbolismo.

Decíamos allí que la concepción kleiniana sobre el simbolismo delataba el deslizamiento de la noción freudiana de inconsciente hacia sus vertientes más descriptivas haciéndolo finalmente coincidir con lo que en Freud es del orden preconsciente-consciente.

La idea de símbolo en la concepción kleiniana se encuentra desarrollada por Hanna Segal en su artículo Notas sobre la formación de símbolos. (29)

En el marco de las posiciones esquizo-paranoide y depresiva y de las relaciones de objeto, Segal retoma los cuatro puntos que Jones, en un trabajo de 1916, señala para diferenciar el verdadero simbolismo inconsciente de otras formas de representación indirecta.

Citamos: "1) Un símbolo representa algo reprimido de la conciencia y todo el proceso de simbolización se produce inconscientemente.- 2) Todos los símbolos representan ideas 'del yo (self), de los familiares más próximos y de los fenómenos de nacimiento, vida y muerte'.- 3) Un símbolo tiene un significado constante. Muchos símbolos pueden ser utilizados para la misma idea reprimida, pero un símbolo dado tiene un significado constante

que es universal.- 4) El simbolismo surge como resultado de conflictos intrapsíquicos entre las 'tendencias represoras y lo reprimido'. Más adelante: 'Solamente lo reprimido es simbolizado; solamente lo reprimido necesita ser simbolizado'.- (30)

Según la autora: "Resumiendo los puntos de vista de Jones, se puede decir que cuando un deseo debe ser rechazado a causa de un conflicto y reprimido, puede expresarse en forma simbólica y el objeto del deseo reprimido puede ser sustituido por un símbolo." (31)

Ahora bien, los términos que reemplaza el símbolo, el deseo reprimido y el objeto, se articulan, para el kleinismo, en la fantasía inconsciente que es definida ya como "expresión mental de los instintos y por consiguiente existe como éstos desde el principio de la vida. Por definición los instintos son buscadores de objetos. En el aparato mental se experimenta al instinto como vinculado con la fantasía de un objeto adecuado a él."; ya como "crear fantasías es una función del yo. La concepción de la fantasía como expresión mental de los instintos por mediación del yo supone mayor grado de organización yoica del que postulaba Freud." (32)

Es en la línea de estos desarrollos teóricos que la autora planteará en el trabajo que citamos que, para la psicología, el simbolismo sería una relación de tres términos siendo éstos el yo, el objeto y el símbolo. Lacan, en su artículo de homenaje a Ernest Jones, se centra básicamente alrededor de su concepción del simbolismo. No sin subrayar los aciertos del autor en su intento de diferenciar el simbolismo freudiano de lo sostenido por Jung al respecto, no puede dejar de señalar el desvío sufrido por su pensamiento al hacer de las ideas concretas, primarias (punto 2 de los transcritos por H. Segal), el núcleo del inconsciente. Lo que no es sino desconocimiento de la función significante y de que "...lo que

la interpretación analítica hace sin embargo evidente, y es que la relación de lo real con lo pensado no es la del significado con el significante, y la primacía que lo real tiene sobre lo pensado se invierte del significante al significado. Lo cual se superpone a lo que pasa en verdad en el lenguaje donde los efectos del significado son creados por las permutaciones del significante." (33)

Ideas concretas y primarias en Jones, fantasía inconsciente en Klein, (producción yoica, adecuación de un objeto al instinto correspondiente), la teoría del simbolismo es la parte más sensible en que se pone de manifiesto la primacía dada a la significación. Significaciones reprimidas, ya constituidas, encontrarán expresión simbólica en un desplazamiento de lo concreto a lo abstracto, de lo material a lo figurado.

De lo latente a lo manifiesto, nada como el símbolo para fundar una técnica de 'traducción simultánea': de un sentido consciente a un sentido inconsciente y, ante la menor producción hablada de los niños, nada como "la comprensión del simbolismo que manifestaban tan claramente" (34) para, en base a analogías, producir interpretaciones develadoras del sentido verdadero.

Es, según Lacan, en la operación metafórica, en la implantación en una cadena significante de otro significante que se sustituye al primero y por el cual éste cae a nivel del significado, donde se deberá buscar el simbolismo analítico. El significante, único símbolo, susceptible de ser usado según la invención individual (lo que contraría el punto 3 de Jones) sólo adquirirá una significación constante en el contexto de una historia singular.

El significante fálico es el único símbolo y todos los símbolos son fálicos porque "...el análisis revela que el falo tiene la función de sig-



nificante de la falta en ser que determina en el sujeto su relación con el significante." (35)

El juego no es pantomima. Emparentado con el chiste, si tiene que ver con el sueño es en tanto ambos son asunto de escritura. (36) Debe ser escuchado a la letra. La producción del juego sigue las leyes del significativo. Si comunica un sentido, éste es producto de la elaboración secundaria, significación de fantasmas y restos diurnos. En todo caso algo que el psicoanalista deberá poner entre paréntesis a la búsqueda de -en la juntura del sin-sentido- sentidos inéditos. Aprehensión de la estructura (escritura) del inconsciente.

Marcela, en un momento de su análisis en que predominan fantasías agresivas hacia su analista como primera forma de imaginarizar un corte tanto más deseado cuanto más inaccesible le parece, juega durante varias sesiones a las compañías de aviación. Ordena el juego de manera tal que, una y otra vez, ella, como encargada de la venta de boletos, dispondrá de todo lo necesario para que la analista obtenga un pasaje hacia diferentes lugares de la república. El juego consiste solamente en eso: la analista debía comprar un boleto y una vez adquirido, el juego recomendaba otra vez. Todo este despliegue lúdico, llevado a cabo a lo largo de varios encuentros puede resumirse en esta única frase: 'Te mando a volar'. O este otro caso: La madre de Rodrigo se queja de la dependencia extrema de su hijo para con ella lo que, a la vez, mantiene a la madre sometida a los berrinches del niño ante la no satisfacción puntual de sus demandas. Uno de los aspectos más sutiles de esta relación de control es el permanente seguimiento que el niño hace de los movimientos maternos con su mirada.

Ya bastante avanzado el análisis Rodrigo produce un dibujo significativo

como puntal en la construcción del fantasma en que este sujeto se ubica en relación a la pareja parental: un niño, muy engalanado bajo un paraguas de muchos colores, mira de soslayo. Además, llueve. Y el dibujo se acompaña con la producción de una frase no sólo emitida verbalmente sino inscrita y subrayada por quedar englobada, como siendo pronunciada de labios del personaje dibujado, a la manera de los globos que, en las historietas, contienen los diálogos. La frase es: 'Está lloviendo'. Que se lee" 'Está (ella, mi madre) (sí) yo (estoy) viendo'. Lo que se articula a la angustia de este niño ante las depresiones maternas que se suscitaron muy desde el principio de su vida dando lugar a importantes períodos de separación. Depresiones que el niño parece haber interpretado como demandas maternas a las que debía responder, como garante, mirada mediante, de la existencia del Otro.

Notas del capítulo tercero

- (1) Freud, Sigmund: 'El creador literario y el fantaseo' en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, Tomo IX, pág. 127.
- (2) Ferrater Mora, José: Diccionario de Filosofía, Madrid, Alianza Editorial, 1979, Tomo III, Poesía, Poética, pág. 2612.
- (3) Ferrater Mora, José: Diccionario de..., op. cit., pág. 2612.
- (4) Ferrater Mora, José: Diccionario de..., op. cit., pág. 2612.
- (5) Lacan, Jacques: Seminario VIII. La Transferencia, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires, versión mimeográfica, Segunda Parte, pág. 24.
- (6) Carroll, Lewis: Alicia en el País de las Maravillas, Madrid, Alianza Editorial, 1979, pág. 110.
- (7) Lacan, Jacques: Seminario XX. Aún, Barcelona, Paidós, 1981, págs. 74, 112 y 114.
- (8) Freud, Sigmund: 'Análisis terminable e interminable' en Obras Completas, op. cit., 1980, Tomo XXIII, pág. 253. (Etcheverry traduce "roca de base". Es Rey Ardid quien traduce "roca viva")
- (9) Lacan, Jacques: Seminario XX. Aún, op. cit., pág. 114.
- (10) Miller, Jacques-Alain: 'Teoría de la lengua (rudimentos)' en analítica, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, N°1, diciembre 1979, págs. 5 a 27.
- (11) Freud, Sigmund: 'Más allá del principio del placer' en op. cit., 1979, Tomo XVIII, págs. 14-15.
- (12) Freud, Sigmund: 'Más allá...' en op. cit., pág. 42.
- (13) Klein, Melanie: 'La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo' en Contribuciones al psicoanálisis, Buenos

Aires, Ediciones Hormé, 1964, págs. 209 y sigs.

- (14) Lacan, Jacques: Seminario I. Los Escritos Técnicos de Freud, Barcelona, Paidós, 1981, pág. 112.
- (15) Freud, Sigmund: 'Más allá...' en op. cit., pág. 20.
- (16) Safouan, Moustafa: El ser y el placer, Barcelona, Ediciones Petrel, 1982, pág. 99.
- (17) Freud, Sigmund: 'Más allá...' en op. cit., pág. 21.
- (18) Freud, Sigmund: 'Más allá...' en op. cit., pág. 35.
- (19) Freud, Sigmund: 'Más allá...' en op. cit., pág. 16.
- (20) Lacan, Jacques: Seminario XI. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis, Barcelona, Barral Editores, 1977, pág. 72.
- (21) Freud, Sigmund: 'Más allá...' en op. cit., pág. 16.
- (22) Lacan, Jacques: Seminario XI. Los Cuatro..., op. cit., pág. 72.
- (23) Lacan ha reconocido la deuda que su concepción del objeto a guarda con las nociones de objeto parcial de Klein y objeto transicional de Winnicott. Sin embargo y a pesar del parentesco conceptual hay diferencias significativas e ineludibles que separan el concepto lacaneano de estos otros.
- En primer lugar, Lacan se ha esforzado por definir al objeto justamente fuera del marco de lo que es un concepto. En este sentido hablar del 'concepto de objeto a' es un error.
- En otro orden de cosas, aunque no diferente ni no articulado con lo anterior, el objeto a se diferencia de lo planteado por Klein o Winnicott en su relación con el significante. El objeto a en la conceptualización lacaneana es efecto, resto, diferente del significante pero impensable fuera de una relación

con la cadena.

La serie de objetos a, además, no sufre ninguna vicisitud de ningún orden genético, por el contrario, se ordena retrospectivamente por su relación con el objeto falo, único que tiene el privilegio de ser objeto y a la vez significante.

Estas precisiones faltan en los desarrollos winnicottianos. Si puede haber relación en las precisiones de Winnicott en cuanto al topos del objeto transicional, ni de la madre ni del niño, fundador de una suerte de topos intermedio.

Con respecto al objeto parcial, Lacan precisará que ésta sólo lo es en tanto representa parcialmente la función, su parcialidad no está referida, como en Klein, a ninguna gestalt totalizadora. Por otra parte, a la que sí puede dársele el calificativo de parcial, es a la pulsión.

- (24) Lacan, Jacques: Seminario VII. La Ética del Psicoanálisis, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires, versión mimeográfica, pág. 13 del Seminario del 20 de Enero de 1960.
- (25) Freud, Sigmund: 'Psicopatología de la vida cotidiana' en Obras Completas, op. cit., 1980, Tomo VI.
- (26) Mannoni, Maud: La teoría como ficción, Barcelona, Editorial Crítica, 1980, págs. 52 y sigs.
- (27) Para el tema del fantasma fundamental se puede consultar el trabajo de Jacques-Alain Miller: Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma, Buenos Aires, Fundación del Campo Freudiano en Argentina, Ediciones Manantial, 1984.
- (28) Freud, Sigmund: 'El chiste y su relación con el inconsciente' en Obras Completas, op. cit., 1979, Tomo VIII, págs. 162-163.

- (29) Segal, Hanna: Notas sobre la formación de símbolos, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, ficha mimeográfica.
- (30) Segal, Hanna: op. cit.
- (31) Segal, Hanna: op. cit.
- (32) Baranger, Willy: POSICION Y OBJETO en la obra de Melanie Klein, Buenos Aires, Ediciones Kargieman, 1971, págs. 103-4.
- (33) Lacan, Jacques: 'En memoria de Ernest Jones: Sobre la teoría del simbolismo' en Escritos II, México, Siglo XXI editores, 1975, pág. 315.
- (34) Klein, Melanie: 'Simposium sobre análisis infantil' en Contribuciones al psicoanálisis, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1964, págs. 143-144.
- (35) Lacan, Jacques: 'En memoria de...' en op. cit., pág. 319.
- (36) Freud, Sigmund: 'La interpretación de los sueños' en op. cit., 1979, Tomo IV, págs. 285-286.

Capítulo IV.

En este capítulo nos proponemos abordar un hecho, ineludible, pero que es fuente de toda suerte de dificultades prácticas y teóricas: es que el niño nunca llega sólo al análisis y que su situación de dependencia real implica necesariamente que su demanda, si la hay, está precedida y vehiculizada por la demanda de un (o varios) adulto(s).

En esta ocasión, y para encarar el fenómeno en su aspecto más típico, tomaremos el caso de los padres consultando por el niño.

Sabemos que no necesariamente el pedido manifiesto de análisis supone una verdadera demanda. Inversamente, ésta puede manifestarse aunque el sujeto desconozca, por formación, información, por el medio cultural y social en que se desenvuelve, qué es eso de un tratamiento psicoanalítico. Este es un punto importante para nosotros que creemos que un niño, (en la mayoría de los casos los niños carecen de información acerca de psicoanálisis) puede sostener una demanda que posibilite el inicio de una relación transferencial en tanto para que ésta se dé lo que importa es, no una cuestión de información y conocimiento, sino una determinada posición en relación al deseo inconsciente. Demanda desencadenada, en su actualidad, en virtud de una fractura en el equilibrio narcisístico pero fractura que, condición necesaria mas no suficiente, deberá provocar una hiancia en el Otro (uno o ambos padres). No alcanza, para que la demanda se efectivice, con que los síntomas lo sean para el niño; deberán ser distónicos también para los padres. (1)

Así, la niñita de estructura obsesiva que comentamos en un capítulo anterior, que sufría angustiosamente a causa de pensamientos en relación



a su responsabilidad en la posible muerte de su abuela, en los meses previos a la consulta se dirigía a su madre de la siguiente manera: "Por favor, mamá, dime algo para que yo no sienta lo que estoy sintiendo." Y con la buena suerte de que su madre supiera escucharla, esto es, escuchar que la niña pedía ayuda y que si bien en lo manifiesto el pedido parecía dirigirse a ella, no estaba en sus posibilidades dar curso a la ayuda que su hija necesitaba. De esta forma estaban dadas las condiciones para el inicio de un análisis (el padre no tenía un papel tan activo pero acordaba y apoyaba lo que se hiciera para aliviar el sufrimiento de su hija) que al cabo de unos años pudo ser llevado a su término exitosamente.

En los últimos tiempos, en el medio psicoanalítico lacaneano, se insiste mucho en revalorizar la necesidad de entrevistas preliminares a un análisis para delimitar si efectivamente están dadas las condiciones para el mismo. Se subraya, además, la inconveniencia de aceptar cualquier demanda.

El trabajo con niños corrobora la importancia clínica de las mismas. La particularidad de la posición del analista de niños implica que éste se ve confrontado a demandas de muy diverso tipo y calidad. A saber:

Más frecuentemente que en la consulta que un adulto hace para sí mismo, se lo confunde con el psiquiatra, el psicólogo, el educador. Terapias todas que, de una u otra manera, conllevan una promesa de cumplimiento, de cubrimiento de la falta. Nada de esto puede prometer un psicoanalista; sólo puede ofrecer un trabajo de escucha e interrogación. Un trabajo gracias al cual se despliegue lo que de saber, in-

consciente, hay en los síntomas. Y por cuyo medio se actualice el goce, en los fantasmas, que los soportan.

Dada la posición privilegiada que un hijo suele ocupar en el equilibrio libidinal de un sujeto son frecuentes los casos en que, so pretexto de un síntoma ubicado en el niño, uno de los padres, o los dos, encuentran la única manera de pedir ayuda para ellos mismos. No faltan también situaciones en que los padres expresan el deseo de que su hijo se analice pero que planean el tratamiento como una imposición al mismo. No correspondiendo a un verdadero deseo del niño, lo que muchas veces se vehiculiza en estos casos es una demanda al analista de hacerse cómplice de una maniobra de manipulación y control del mismo.

Podemos mencionar también otro ejemplo con que nos ilustra la clínica: los padres que escuchan al niño en su pedido de ayuda pero que no están realmente dispuestos a las consecuencias, en términos de sostener y acompañar un proceso analítico, que de ello se derivan. Y que acuden a la consulta exigiendo soluciones rápidas, tipo receta, que acallen el síntoma, en lugar del proceso de interrogación a la subjetividad que supone todo trabajo verdaderamente analítico.

En la consulta que los padres hacen por un niño es imprescindible, antes de aceptar al paciente en análisis, determinar: 1°) si efectivamente lo que los padres están solicitando es un psicoanálisis, 2°) de quién y para quién es la demanda y 3°) en caso de una respuesta afirmativa a la primer pregunta y descartado que sea una forma de solicitar ayuda para uno de ellos es ineludible delimitar si este pedido corresponde a uno articulado a un deseo del niño de analizarse.

Tarea nada fácil y que presenta múltiples escollos en particular para el psicoanalista inexperto. Lo que cuestiona de entrada esta ilusión de los que se inician con niños 'porque es más fácil'. Sostenemos la importancia de estas primeras entrevistas porque en parte de la capacidad del analista de escuchar y discriminar lo que se le presenta, dependerá la apertura o el cierre del discurso inconsciente.

Escucha compleja en tanto el discurso se despliega en la articulación de diferentes demandas sostenidas por diferentes sujetos. Escucha difícil, también, en la medida en que el analista deberá acoger la suposición de saber que niño y padres ubican en él a la vez que, descolocándose de un lugar de 'especialista', intentará modular preguntas del tipo: "¿Ud. cree que el niño necesita análisis?" (2), formuladas siempre desde una supuesta inadecuación a ideales evolutivos. Esas preguntas, planteadas para ser contestadas con respuestas objetivantes en nombre de un saber, eventualmente pueden, con ayuda del "savoir faire" del analista, abrir hacia una dimensión diferente de cuestionamiento, bajo la forma, por ejemplo, de verse convertidas en esta otra: "¿Qué de nosotros, qué del niño, se estará diciendo, sin nosotros saberlo?"

De un estilo de preguntas objetivantes, de solicitudes que requieren del analista que opere en el sentido de que el niño se adecúe 'a lo que corresponde a su edad', las primeras intervenciones deberán orientarse en la dirección de trabajar el discurso de manera tal que se vaya desplegando la única y fundante historia que importa: la historia deseante.

El analista no es un especialista que detenta un saber acerca de cómo se 'debe ser' un niño o cómo se 'debe ser' padre o madre. Si algo sabe es que hay un saber inconsciente y si algo debe haber aprendido es a descolocarse de un lugar de saber para que el otro (Otro), el inconsciente, se diga.

Su acción no es del orden de la eficacia técnica. Intérprete de la verdad, su responsabilidad consiste en dar lugar, dándole un lugar, al deseo.

Estas primeras entrevistas pueden implicar, ya en sí mismas, un beneficio terapéutico: no es de despreciar el que se obtiene, por ejemplo, del sólo hecho de aclarar y ordenar cuál es la demanda en curso. Sin que falte el caso en que este esclarecimiento produzca modificaciones en lo que se solicita.

Por ejemplo, a veces los padres, preocupados y angustiados por síntomas del hijo, anteponen al sufrimiento del niño su propia angustia frente a lo que éste cuestiona de su propio ser. Y el niño, sensible como es al deseo (y la angustia) de quienes son soporte para él del Otro, puede responder a esto con una falta total de deseo de analizarse o aún con un franco rechazo. Como analistas, aún cuando coincidamos con los padres en que esos síntomas por los que el niño padece merecen análisis, haríamos mal en aceptar comenzar un tratamiento. Más fructífero parece el camino de dar lugar, aceptándola, a la negativa del niño, pudiendo proponerse, en cambio, un trabajo de escucha a los padres. La experiencia nos ha mostrado que, si por un lado los padres pueden entender algo más de lo que a ellos los angustia así como si el niño se siente aceptado en lo que le es propio

en ese momento, su negativa a la cura, algo puede reformularse. Y, tiempo mediante, quizás puedan darse las condiciones para embarcarse, el niño, en un análisis.

Decir análisis es decir transferencia. (3) Y, como fundamento transfenoménico de la misma, está el sujeto supuesto saber (S.S.S.) (4) que, encarnado en el analista, funda la transferencia analítica. "Cada vez que esta función puede ser encarnada, para cada sujeto, en alguien, quienquiera que sea, analista o no, resulta, (...) que la transferencia desde ese momento ya está fundada." (5)

Estamos absolutamente de acuerdo con quienes plantean que el análisis de un niño debe ser llevado a cabo básicamente con él. (6) Asimismo, las críticas a concepciones en que se piensa al niño como síntoma de la estructura familiar (7) nos parecen correctas. También pensamos que ubicar al niño como efecto, mecánico, del deseo de los otros, es una tesis simplista desmentida por la clínica. No es fácil ni sencillo encontrar en el discurso de los padres, en la historia de la familia, explicaciones a los padecimientos del niño. Mucho menos lo es remover los síntomas desde el sólo trabajo con los padres. La clínica psicoanalítica revela ser mucho más compleja e intrincada: no es posible encontrar un motivo asignable a la represión porque ésta no se refiere a ninguna verdad articulada o articulable (ya que en ese caso se trataría de una verdad preconsciente). (8)

Lo que podemos encontrar en el discurso de los padres, en relación a la neurosis del niño, son puntos de articulación en el registro de las significaciones, convergencias fantasmáticas, formas angramáticas de imaginarización. Pero ésta no es más que una de las dimensiones

del análisis como lo es de la fórmula que dice: el deseo es el deseo del Otro. (9)\*

El deseo, aunque articulado, es inarticulable(10) y hacia ese punto se dirigirá el trabajo del análisis. A lo inarticulable de la verdad inconsciente, aquélla en referencia a la cual es imposible una relación reflexiva pero a la que es posible aproximarse por la vía del decir. La represión no responde a razones de orden moral. Es, como tal, un hecho de estructura, lo que no impide que, a la pulsión, puedan ofrecérsele otros caminos alternativos a la díada represión-retorno de lo reprimido.

No hay duda, entonces, que el análisis deberá priorizar la escucha del niño. Que éste, sujeto de pleno derecho, asumirá, o no, la responsabilidad del trabajo con su inconsciente.

Pero, en tanto una demanda se articula, es de suponer un deseo que la sostiene. Y una demanda de saber es formulada también por los padres.

"Es este punto de encuentro donde es esperado el analista. En tanto que el analista se le supone saber, también se le supone salir al encuentro del deseo inconsciente." (11)

El analista ¿deberá o no rehusar el encuentro con el deseo inconsciente de los padres?

Creemos que, si la responsabilidad del analista es llevar a cabo el psicoanálisis(12), su obligación es no rehusarse al encuentro, también, de estos deseos.

Porque, si hay demanda en los padres, la transferencia está operando. Y el sostener la transferencia que ellos desarrollan en relación a la persona del analista y al análisis de su hijo será acto ineludible

\*Las articulaciones estructurales, a las que se arriba por medio de ficciones o construcciones teóricas, sólo son posibles luego de un trabajo minucioso y prolongado.

en el saber hacer del analista como forma de causar y mantener la posición analizante del niño.

Transferencia colateral, no es, no obstante, sin consecuencias. Imprescindible para que el análisis se sostenga a veces también interfiera en la probabilidad de que éste sea llevado a su término. Juan, quien ya llevaba varios años en análisis, formulaba, no sin razones, su deseo de finalizarlo. Cosa que le resultaba difícil de concretar en virtud de que su madre, defensora a cualquier precio de las ventajas del análisis (y, en cuanto al de su hijo éste le servía de coartada para postergar la resolución de conflictos de su propia vida), lo presionaba, sutilmente, para que así no lo hiciera. Consideramos que no fue impropio agregar al análisis con el niño de su sumisión respecto de lo que su madre deseaba, la oportunidad de que ésta pudiera explicitar los motivos, angustias, fantasías que la llevaban a percibir la finalización de la cura de su hijo como una ocasión llena de riesgos. Esto ayudó a ambos: la madre pudo ubicar y plantearse sus propios temores, el discurso del niño se dialectizó de manera tal que se hicieron más explícitas y elaborables sus propias fantasías persecutorias en relación a la terminación, fantasías que hasta entonces estaban recubiertas y ocultas por las de la mamá.

Proponemos considerar a los padres como un elemento que pertenece a la parte real del dispositivo analítico(13) y, como tal, pudiendo ser utilizado por el analista. Este actúa a nivel de la cadena significante utilizando ya sea la marcación en el discurso de las formaciones del inconsciente o el recurso de la interpretación. Desde o-

tra-vertiente, opera en la dimensión real de la transferencia en tanto ésta es "...la puesta en acto de la realidad del inconsciente." (14) En el análisis con un niño, la inclusión o no de los padres en determinado momento será, como elemento del dispositivo, uno que no habrá por qué descartar, al menos no por principio.

Toda estructura, aún la neurótica, revela lo no simbolizado. El sustrato último de toda formación del inconsciente, da cuenta de ser repetición de un rechazo a la simbolización. (15)

Debemos diferenciar la inscripción de lo imposible a simbolizar del sexo como experiencia de la castración de estos residuos, formaciones últimas de todo síntoma, que expresan la falla de la operación metafórica, el estancamiento en el deslizamiento metonímico, en que se revelan los puntos en que el niño ha quedado capturado, como objeto, en el 'fantasma materno', vertientes desexualizantes y desero-genizadas\*\* destinadas a suplir la falta en el Otro, a obturar la carencia materna, sosteniendo la función paterna en su dimensión de idealidad. Figura de padre ideal que dice 'no' al deseo mientras sostiene identificaciones narcisistas que defienden la creencia por excelencia: que hay el falo, que alguien lo es o lo tiene.

Sujeción al Otro y, simultáneamente, exclusión de lo simbólico (forclusiones parciales) de lo posible a inscribir de la sexualidad, toda estructura sintomática revela la dependencia en que el deseo estructurado como deseo del Otro se cristaliza en formas imaginarias y en que las fallas en la asunción deseante se articulan a las fallas que, en el Otro, inducen sus propios desconocimientos de la

\*El fantasma materno no siempre se ubica en la persona real de la madre. Algunas historias encuentran que es el padre quien lo explicita.

\*\*No regidas por el principio del placer se revelan como exceso de goce.



castración.

Pero, con niños, imposible desconocer el factor, agregado, de su dependencia real del adulto y las consecuencias, analíticas, que de ella se derivan. Esta dependencia induce una particular manera de imaginarizar las relaciones (sexuales) en la que se les vuelve arduo (a los niños) cuestionar a este Otro adulto como siendo el que sabe (16), como Otro no tachado (17). Esta dependencia fomenta la captura del niño en su relación con el Otro y será trabajo del análisis promover su disolución correlativamente a la destitución del S.S.S.

Esto, abordable por la vía de la interpretación, también lo es por el hacer del analista quien, presentificando la incógnita del deseo, favorecerá la dialéctica que modalizará la castración en el Otro y en el propio sujeto. El niño, en su análisis, interrogará los intersticios del discurso del Otro.

Pero, sujetado el niño como lo está por esta dependencia que mencionamos, muchas veces se comprueba que no alcanza, para liberar la palabra y el deseo coagulados en los síntomas, con que este diálogo de su vínculo con el Otro se actualice en los únicos límites de la relación con el psicoanalista.

A esta dificultad oponemos la posibilidad de intervenciones más directas en la estructura en tanto los padres representan los otros reales que soportan la función de Otro para el niño.

La inclusión de los padres, que tiene valor de acto, por un lado acoge sus propias urgencias favoreciendo el mantenimiento de la transferencia positiva, imprescindible para que el trabajo proceda. Por

otro, en este nivel, la acción analítica, más que interpretativa, se sitúa en un punto nodal, de constitución, de apertura de surcos en lo que, de lo real, tiende a la simbolización. (18)

La orientación será la de generar, en los padres, en su discurso, las hiancias que den lugar a que el niño, de su posición de objeto a a su identificación ideal (Ideal del Yo) pueda mantener una distancia(19) en la que se despliegue su propio deseo: ni asimilación a su originario lugar de objeto ni aplastamiento por el significante bajo la forma de figuras ideales. Sí, y en cambio, reconocimiento de la falta, la propia y la del Otro, y promesa, entonces, de deseos que, siempre antiguos, siempre actuales, rememoren y reactualicen la división subjetiva: la sexualidad y su vinculación, intrínseca, con la castración y la muerte.

Restituir la dimensión significativa del falo posibilitando y desarrollando en el discurso materno un lugar para la palabra del padre así como operar en el sentido de que la función paterna se ejerza con el riesgo que implica toda operación de corte, significativa.

Restituir la presencia del sexo como tal: esa será la guía que orientará toda intervención en relación al discurso de los padres.

Que el deseo es el deseo del Otro, lejos de hablar de complementación, de acoplamiento y satisfacción, no se refiere sino a que la falta (que sostiene el deseo) no se dirige sino a la falta en el Otro\*, nunca recubierta sino por el objeto a, perdido.

El niño que, como deseado, se identifica en un Ideal del Yo; su cuerpo, erógeno, ofrecido como objeto a la sexualidad de los otros, basculará entre estas dos posiciones identificatorias. Ni aplastamiento

\*O sea el falo, significativo de la falta.

to significativo ni cuerpo cristalizado ofrecido, como objeto a, al goce del Otro. Regulación del placer y, por tanto, pérdida de goce: sujeción, que no es sometimiento, al inconsciente. Descartada toda intervención normativa, sea bajo la forma de consejos, opiniones, indicaciones que los padres debieran seguir, y aceptado el criterio de que no son ellos analizantes en sentido estricto, el trabajo de escucha no podrá, no obstante, ubicarse fuera o más allá de las coordenadas analíticas: la estructura del Edipo y la castración.

### Notas del capítulo cuarto

- (1) Los síntomas, para ser tales, deberán ser distónicos en relación al yo. Pero de quien consulta, no del psicoanalista. Para el psicoanálisis, a diferencia de la psiquiatría o la psicología, sólo es sintomático lo que es reconocido como tal por el paciente.
- (2) El análisis no puede formularse en términos de necesidad, al menos no en los términos de una indicación de tipo médica, en nombre de un saber técnico. Sólo puede iniciarse si se apoya en un deseo de saber del analizante.
- (3) Lacan, Jacques: Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Barcelona, Barral Editores, 1977, Capítulo X.
- (4) Lacan, Jacques: Seminario XI. Los cuatro..., op. cit., Capítulo XVIII.  
Miller, Jacques-Alain: Cinco conferencias caraqueñas sobre Lacan, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1980. Conferencias IV y V.
- (5) Lacan, Jacques: Seminario XI. Los cuatro..., op. cit., pág. 237.
- (6) Laurent, Eric y otros: 3er Encuentro Internacional del Campo Freudiano, Buenos Aires, 1984, Relato sobre "El psicoanálisis con los niños".
- (7) Bleichmar, Silvia: 'Para repensar el psicoanálisis de niños: El concepto de neurosis en la infancia a partir de la represión primaria' en Trabajo de psicoanálisis, México, Vol.1, Num.1, 1981.
- (8) Safouan, Moustapha: Estudios sobre el Edipo, México, Siglo XXI editores, 1977, pág.48.
- (9) Lacan, Jacques: Seminario XI. Los cuatro..., op. cit., pág. 240.

- (10) Lacan, Jacques: Las formaciones del inconsciente, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1976, pág. 110.
- (11) Lacan, Jacques: Seminario XI. Los cuatro..., op. cit., pág. 239.
- (12) Planteado por Collette Selzer en el Seminario "La cura psicoanalítica" organizado por el Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos, México, Marzo de 1985.
- (13) Miller, Jacques-Alain: Cinco conferencias caraqueñas sobre Lacan, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1980, pág. 96.
- (14) Lacan, Jacques: Seminario XI. Los cuatro..., op. cit., pág. 155.
- (15) Lacan, Jacques: Las formaciones..., op. cit., pág. 97.
- (16) Laurent, Eric y otros: 3er Encuentro Internacional del Campo Freudiano, Buenos Aires, 1984, Relato sobre "El psicoanálisis con los niños".
- (17) Para el concepto de Otro y de Otro no tachado sugerimos consultar el 'Índice razonado de los conceptos principales' que figura al final de los Escritos. I y II, op. cit.
- (18) Lacan, Jacques: Seminario XX. Aun, Barcelona, Paidós, 1981.
- (19) Lacan, Jacques: Seminario XI. Los cuatro..., op. cit., pág. 276.

Capítulo V.

Hay que alcanzar esa mirada  
que mira a uno como si fuera dos.  
Y después mira a dos  
como si fueran uno.  
Y luego todavía  
mira a uno y a dos  
como si fueran ninguno.

Es la mirada que escribe y borra al mismo tiempo,  
que dibuja y suspende las líneas,  
que desvincula y une  
simplemente mirando.

La mirada que no es diferente  
afuera y adentro del sueño.

La mirada sin zonas intermedias.

La mirada que se crea a sí misma al mirar.

Roberto Juarroz

Si bien sostenemos que el sujeto del inconsciente no es cuestión de edad y que, para el psicoanálisis no habría otro que análisis de un niño, no se nos escapa que el trabajo analítico con niños presenta algunas dificultades que le son específicas.

Por tal razón, nos proponemos, en este capítulo, abordar ciertas dificultades que caracterizaremos como una forma particular de la resistencia. Con esta mira trabajaremos alrededor del concepto de resistencia así como de lo que esclarece repensarlo desde la dimensión o registro de lo imaginario. Resaltaremos la importancia que lo visual asume en la constitución subjetiva, particularmente en la configuración de recuerdos y fantasías infantiles e inconscientes.

Como la visión es un hecho de primera importancia en análisis de niños por la particularidad de que éste se desarrolla cara a cara, nos parece que merece atención y que sean precisadas con más rigurosidad, sus consecuencias. En esta línea, postularemos que la dificultad de descentrarse de la visión configura, en análisis de niños, la estructuración de un fantasma específico. Sostendremos, además, la necesidad de que éste sea esclarecido sobre todo en cuanto a su función de inercia en quien detenta la dirección de la cura: el psicoanalista. Nos motivó a trabajar alrededor de este punto una aseveración de Lacan que, enigmática para nosotros durante mucho tiempo, pudimos finalmente articular en la experiencia clínica: la única resistencia es la del analista. (1)

"Todo lo que perturba la prosecución del trabajo (analítico) es una resistencia" (2), dice Freud en el Capítulo VII de La Interpretación



de los sueños. Allí, en el Apartado A 'Sobre el olvido de los sueños', al cuestionar el miramiento por la certidumbre, plantea que todo efecto de duda, perturbador del análisis, es un retoño e instrumento de la resistencia psíquica. Dudas y requerimientos de certidumbres, ¿atribuibles a quién sino al yo?

Pero vayamos paso a paso. En su carta a Fliess del 10 de octubre de 1897, Freud le anuncia: "(...) He podido encarrilar todos mis casos algo enmarañados mediante un pensamiento sobre la resistencia, de suerte que ahora avanzan satisfactoriamente. La resistencia que termina por rehusar el trabajo (analítico) no es otra cosa que el antiguo carácter del niño, el carácter degenerativo que se ha desarrollado o se habría desarrollado a raíz de aquellas vivencias que uno halla como concientes en los casos llamados degenerativos, carácter que aquí, empero, tiene sobre sí un estrato superpuesto por obra del desarrollo-represión. Mediante el trabajo yo lo exhumo, él se revuelve; el hombre al comienzo tan noble y leal se pone vulgar, mentiroso o desafiante, un simulador, hasta que yo se lo digo y así hago posible superar ese carácter. De ese modo, la resistencia se me ha vuelto palpable como cosa concreta (sachlich)..."

"Este carácter infantil se desarrolla en la época de la 'añoranza', luego que el niño está sustraído de las vivencias sexuales."

"Durante el mismo período de la añoranza son plasmadas las fantasías ..."(3)

La resistencia, entonces, asociada a un yo que sólo quiere saber de lo que sólo se puede saber por medio de comprobaciones y certezas, la resistencia asociada a un carácter infantil que se define por el

simulacro, la mentira y el empecinamiento y que se vincula, por fin, al tiempo del anhelo, de la constitución de las fantasías. Resistencia, carácter infantil (simulador, mentiroso) y yo: conceptos a articular.

¿Qué simula, sobre qué mente el yo? ¿Qué relación guarda el yo con aquello de lo que intenta desentenderse? ¿Será una relación de ajenidad? En otros términos, el yo ¿es algo opuesto a lo inconsciente? O, más aun, la resistencia, ¿será aquello que, siendo de un orden heterogéneo de materialidad se constituirá, a su vez, como lo opuesto a lo reprimido?

No parece ser ésta la concepción freudiana. Con relación al yo, en el Proyecto... plantea que tanto la atracción desiderativa como la tendencia a la represión indican que en  $\Psi$  se ha establecido una organización que tendría como finalidad dificultar pasajes de cantidad y que esta organización, el yo, deberá definirse como la totalidad de las catexias  $\Psi$  existentes en un determinado momento. (4)

El yo, entonces, está ubicado en el corazón del sistema inconsciente. Y, aunque se oponga como inhibición, como defensa primaria, le es intrínseco.

En cuanto a la resistencia, Freud la aísla como una fuerza psíquica, ligada a la repugnancia del yo, que en el paciente se opone al retorno a la memoria de las representaciones patógenas, que las excluye de la asociación siendo tarea primordial del terapeuta el vencimiento de lo que denomina esta resistencia a la asociación. (5)

Citamos: "Anudaré todavía algunas pocas puntualizaciones a la ima-

gen así obtenida de la organización del material patógeno. Acerca de este material hemos enunciado que se comporta como un cuerpo extraño; y la terapia opera también como la remoción de un cuerpo extraño del tejido vivo. Ahora estamos en condiciones de inteligir en qué falla esta comparación. Un cuerpo extraño no entra en ninguna clase de conexión con los estratos tisulares que lo rodean, si bien los altera, los constriñe a la inflamación reactiva. Nuestro grupo psíquico patógeno, en cambio, no se puede extirpar limpiamente del yo, pues sus estratos más externos traspasan omnilateralmente hacia sectores del yo normal, y en verdad pertenecen a este último no menos que a la organización patógena. La frontera entre ambos es trazada por el análisis ora aquí, ora allá, de una manera puramente convencional, y en ciertos puntos ni siquiera se la puede indicar. Los estratos internos se enajenan del yo más y más, sin que la frontera visible de lo patógeno comience en parte alguna. La organización patógena no se comporta genuinamente como un cuerpo extraño, sino, mucho más, como una infiltración. En este símil, debe suponerse que la resistencia es lo que infiltra."(6)

Por lo tanto, así como el yo no es heterogéneo al sistema inconsciente, la resistencia no sólo no se opone al material sino que parece consistir en una expresión privilegiada del mismo.

Lacan señala algo de esto en el Seminario I haciendo referencia a 'La represión' texto en el que Freud es claro en marcar que la resistencia, si bien concebida del lado de lo consciente, mantiene vínculos estrechos con el contenido del inconsciente mismo, definiéndose su identidad esencialmente en razón de su distancia con

el mismo. (7)

Estos vínculos estrechos entre la resistencia y el contenido del inconsciente deben pensarse también, y muy especialmente, en relación a la atracción que este último, que el nódulo patógeno, reprimido, ejerce. En Dinámica de la transferencia Freud adjudica la parte más grandiosa de la resistencia a esta atracción de lo inconsciente. (8)

Concluiremos, por tanto, que es posible concebir la resistencia como aquello preconsciente que, atraído por lo inconsciente, entra a regularse según sus leyes.

Para dar cuenta de esta suerte de continuidad reprimido/resistencia, Inconsciente/Yo, nos parece que habrá que recurrir a la mediación teórica -a la manera de un concepto puente- de un concepto como el que Lacan resume en su registro de lo imaginario(9), que nos ordenará la lectura, en su obra, de la estructura denominada 'estadio del espejo' y, en la obra de Freud, de todas aquellas producciones que podemos conceptualizar como distintas formas de organización de la fantasía. ¿No hay acaso una continuidad conceptual en nociones como recuerdos reprimidos, recuerdos encubridores, teorías sexuales infantiles, novela familiar del neurótico, como diferentes formas de organización de la fantasía, y en las que, según el mismo Freud, cabría reconocer la pertenencia a un mismo sistema psíquico?

Vimos ya que, en la carta 72 de su correspondencia, con Fliess, relacionaba esta resistencia con el carácter díscolo infantil, con

ese tiempo de constitución de la fantasía. Agregamos: tiempo de constitución de la fantasía como el mismo tiempo de constitución del narcisismo, del yo. Nuevo acto psíquico. 'His majesty the baby', proyección en el niño del narcisismo de los padres. (10) Pero tiempo, a su vez, que no es otro que el de la constitución de lo inconsciente. Nódulo reprimido que si bien aceptamos ser del orden de la inscripción significante, pensamos, con Freud, que se organiza según una forma imaginaria, fantasmática. Insiste en nosotros esa insistencia freudiana respecto del carácter visual de los recuerdos inconscientes: "... en estos casos de mudanza regresiva del pensamiento no es posible descuidar el influjo de un recuerdo sofocado o que ha permanecido inconsciente, las más de las veces infantil. A los pensamientos que están en conexión con él, impedidos de expresarse a causa de la censura, este recuerdo por así decir los arrastra consigo a la regresión, en cuanto es aquella forma de figuración en que él mismo tiene existencia psíquica.

Puedo aducir aquí, como un resultado de los Estudios sobre la histeria, que las escenas infantiles (sean ellas recuerdos o fantasías), cuando se logra hacerlas conscientes, son vistas de manera alucinatoria y sólo al comunicarlás se borra este carácter. Es también sabido que aun en personas que no suelen tener memoria visual los recuerdos más tempranos de la infancia conservan, hasta edad avanzada, el carácter de vivacidad sensorial." (11)

Esta manera de concebir la resistencia, no como aquéllo imputable a un sujeto (persona) que 'se resistiría', sino como un efecto mis-

mo del trabajo analítico, intrínseco a su propia prosecución, intrínseco a la constitución del inconsciente, y que debiera formularse en un impersonal 'hay resistencias', es solidaria con la reflexión lacaneana, que dice: "... una cuestión que, sin embargo, está en primer plano tratándose de la resistencia: el problema de las relaciones entre lo inconsciente y lo consciente." (12)

Y si, al decir de Lacan, el analista debe ser entendido como una formación del inconsciente del analizante (13), el problema de 'hay resistencias', en la relación analizante-analista, se relaciona con las dificultades del desciframiento del discurso más allá de toda referencia a un sujeto objetivable. (14)

En otras palabras: 'hay resistencias' es solidario de sostener que el sujeto del inconsciente es excéntrico a cualquier concepción de sujeto psicológico, vivencial. Y: "la única resistencia es la del analista" sólo tiene sentido si se articula esta afirmación con el descentramiento de la función de analista de su persona, en virtud de pensarlo como efecto del inconsciente.

Hay resistencias, entonces, habla de la interferencia fantasmática, imaginaria y narcisística en el trabajo del análisis. Habla de la conversión de esa disparidad radical llamada transferencia, en la que un discurso se produce y que se constituye por la función 'deseo del analista', en una relación intersubjetiva. (15)

'Deseo de analista' define, para Lacan, la posición del analista en el análisis, en la transferencia. Se funda, el deseo de analista en la producción de una mutación en la economía del deseo de aquél que sostendrá la función analítica, por la cual éste soporta-

rá el deseo de todos los deseos, aquél ligado al deseo de muerte. El deseo del analista desnuda la estructura misma del deseo. Al ocupar el sitio del Otro, lugar de la palabra, representa la misma estructura del deseo: el deseo es el deseo del Otro. El analista, dividido también por su decir, con su interpretación, efecto del inconsciente, promueve que se le desuponga de la suposición de detentar un saber, reduciéndose su posición a la de un objeto que será la causa del deseo para el analizante. Para sostener la posición 'deseo del analista' el lugar del no saber, es central. Y esto, produce efectos en la práctica, por ejemplo, el respeto por el caso. (16)

En la línea de las indicaciones lacaneanas, la de respetar el caso, la clínica, es que intentamos pensar ciertas dificultades en el análisis de niños y que, según el seguimiento teórico que hemos venido haciendo, conceptualizaríamos como del orden del 'hay resistencias'.

Es frecuente, en nuestra propia experiencia así como en la que hemos recogido en la práctica de supervisar análisis llevados a cabo por otros colegas, el constatar una suerte de deslizamiento de la posición analítica hacia actitudes que más tienen que ver con posiciones pedagógicas y/o médicas. ¿Por qué? Con frecuencia se aducen las dificultades de entender el lenguaje lúdico del niño, la falta de información que éste proporciona acerca de su vida cotidiana, la carencia de asociaciones de tipo verbal. ¡Pero si en análisis no se trata de entender! La interpretación analítica se encuentra en

posición inversa respecto de la comprensión. Si hay algo que el analista debe escuchar (que no es comprender), es justamente aquello que no se entiende, aquello que, no transparente a un sentido, revelará en su opacidad sus vínculos con lo reprimido. En este sentido, el discurso de un niño induciría menos a possibilitar ¿'interpretaciones'? del analista a la manera de construcciones explicativas. Por el contrario, el análisis de un niño, debería estar en mejores condiciones para preservar esa frescura de lo originario, también de lo original, que tanto tiene que ver con el 'no sé bien de qué se trata'. Y sin embargo... (17)

Este deslizamiento de la posición analítica, del orden de las resistencias, perturbadoras de la prosecución del trabajo, implican que el sostén del deseo del analista es momentáneamente abandonado por una captura de lo imaginario.

¿Qué es lo que haría desfallecer esta posición del analista?

Pensábamos la resistencia como aquello que, objetivable en la cura, guardaba íntimas relaciones con esa particularidad de la estructuración subjetiva por la cual, un registro, el de lo imaginario, impone una organización, una unidad, en fin, un sentido, a ese 'más allá' que, la Cosa, la pulsión, lo real, el goce, es evocado en los cortes significantes articulados bajo el nombre de 'complejo de castración'. Estructura, el yo, cuya función de desconocimiento en cuanto a todo lo que tenga relación con el deseo, intenta preservar una ilusión narcisista de completud.

Estructura que Lacan denomina 'estadio del espejo', precipitación de identificaciones, posibilitadoras a la vez que coartadas para el su-



jeto en lo que hace a su propio deseo y en la que la estructuración subjetiva que allí decanta, se organiza bajo los efectos de una función primordial: la de la mirada.\* (18)

'His majesty the baby', resume Freud cuando habla de la constitución narcisística, majestad incólume, virginal, inviolable, que seduce al adulto al remitirlo a su propio narcisismo/goce, perdidos, en la promesa de una nueva reencarnación.

'Miran a un niño', podríamos formular la fantasía en la cual el destino voyeurista-exhibicionista de la pulsión es responsable, co-autor de ese personaje llamado 'Yo'.

Destino pulsional, el que pone en juego el órgano de la visión, intrínseco a la constitución de lo reprimido; lo visual predominando en esa 'otra escena' en que se despliegan los sueños y los fantasmas; lo relativo a la mirada como característica de los procesos primarios, como tanto subrayara Freud, ahí donde el deseo se realiza en una identidad de percepción.

Una mirada que organiza, en una imagen totalizada del cuerpo una anticipación ilusoria, a la manera de una identificación, de esa insuficiencia con que, para la relación sexual en el sentido de la llamada genital, está dotado el humano. Insuficiencia llamada pulsión, que, parcial, marca un cuerpo erogenezándolo, esto es, ha-

\*Posibilitadoras, en tanto sólo al imaginar una mirada en el campo del Otro, como sitio del Ideal del Yo, desde donde el Yo es visto, es que se constituye el reconocimiento denominado Yo ideal; co-artadas, en la medida en que, relacionadas a la pulsión escópica, excluyen la castración en la ilusión del 'me veo verme', correlato de la conciencia con la representación, en el que permanece ignorado que la mirada no es vista, que por el sólo hecho de mirar, ésta no aparece en la imagen.

ciéndolo a lo sumo, suma de objetos parciales para el deseo del Otro.

La dialéctica entre las marcas pulsionales de un cuerpo erógeno y la imagen de un cuerpo integrado, imagen cuestionada por esta misma erogeneidad, situará la pregunta del sujeto acerca del deseo (en la etapa fálica, donde al deseo sólo puede responder el deseo del Otro) en la dialéctica imaginaria del complejo de castración. Este conflicto imaginario, productor de todos los efectos sintomáticos de que da cuenta la psicopatología, debe entenderse como la disparidad radical entre ese corte que establece el deseo (la inadecuación respecto al sexo, la imposibilidad de su subjetivación) (19) y la pretensión narcisista de ser el Falo. El deseo, como tal, en tanto deseo de deseo, implica el reconocimiento de la falta, y se dirige, en la culminación de su constitución como sexual, a la falta en el Otro. Ser el falo, en cambio, es solidario de que falte la falta, ser el falo de la madre, su objeto fetiche, ese cuerpo entero en cuya misma completud la madre se completaría. Todo cuerpo nace vestido como falo y, el estadio del espejo, cristalización narcisista, supone una mirada de mujer-madre que erotizará el cuerpo del niño como falo desde la imposición de su propia búsqueda narcisista de realización del deseo. (20)

Porque una cosa es el deseo y otra, el fantasma de su realización. Igualmente, una cosa es que el deseo no se satisfaga, otra, que pueda renunciarse a la empresa, ilusoria, o alucinatoria, como se

prefiera, de intentar colmarlo (al deseo, y a la falta, lo que vienen a ser más o menos lo mismo).

Entonces, decíamos, el niño/cuerpo nace investido como falo, investidura de la que es imprescindible que se exilie. Para poder extrañarse de ese lugar, que la clínica no hace más que demostrar que es causa de tantos extravíos, habrá que pensar en la función de la metáfora paterna. Pero no es en este aspecto en el que queremos detenernos en este momento.

Quisiéramos volver a esa investidura fálica, constitutiva del narcisismo infantil. Y a la importancia de lo visual, de la mirada, en esta constitución. Si lo visual, la mirada, comportan en su función la ilusión de un 'sí' al deseo(21), de una respuesta a la pregunta que éste supone, en la intensidad de un recuerdo inconsciente o en la creencia que implica una identificación, nos gustaría sugerir que este trastabilleo de la posición 'deseo del analista' podría tener que ver con la interferencia, en el análisis, del fantasma 'Miran a un niño'. Es interesante constatar que, la mayoría de las veces, estos trastabilleos coinciden con momentos del análisis en que el niño acosa al analista mediante la formulación de demandas acuciantes. El discurso del análisis parece interrumpirse y aparecer, en cambio, una apelación insoslayable a la presencia del Otro.\* Momento de angustia, de máxima tensión transferencial, invocación del cuerpo, de lo real. Ante la dificultad que supone el estar sometido a estos mo-

\*Otro, que fácilmente se degrada en un otro, en tanto lo que se intenta eludir es justamente la tachadura del Otro, o sea, que no existe.

mentos en que se pone en juego una demanda extrema, a veces, el analista, embargado por la angustia, responde. Pone en juego su propio fantasma. Este fantasma parece jugar un papel importante en toda cura de un niño, ahí donde el niño se exhibe a la mirada de un adulto. Algo del 'cara a cara' en que se instituye la cura invoca un cierto privilegio de esta pulsión. Hasta aquí, la demanda voyeurista-exhibicionista del niño.

¿Pero qué sucede si a ésta, el analista responde con una demanda propia? ¿Si resigna el lugar de garante de la palabra y sucumbe a la fascinación provocativa de este supuesto niño/falo? ¿No es del orden de esta fascinación lo que se pone en juego en la tan mentada 'observación directa' que siempre aparece asociada como una de las 'ventajas' del trabajo con niños? ¿No está soportada acaso en un fantasma, perverso, de un acceso más directo a un real, en este caso el niño, que se dejaría observar, mirar, que compartiría con nosotros ese supuesto saber que él atesoraría como garantía de su niñez? La infancia, así concebida, ¿no aparece casi a nivel de lo in-humano? Y el analista, cuando pretende este tipo de saber acerca del niño ¿quiere y puede saber que no hay saber sobre lo sexual?

Creemos que es en el riesgo de quedar capturado en la creencia respecto de la existencia del niño como aquél que, gracias a los privilegios de lo pre-edípico (que no es más que la fantasía de lo no sujeto a la castración), gozaría de los privilegios del goce, que el analista puede ceder a su deseo. Ceder a su deseo por su propio fantasma de niño que, como vimos, se sostiene en la ecuación niño/

falo. ¿Y si la analista es mujer?

Algunas perturbaciones en el análisis de un niño parecen estar relacionadas con esta forma particular de la resistencia por la cual, quien detenta el lugar de analista retrocedería horrorizado de causar la división, la pérdida del niño. Horror de la castración.\*(22) Este retroceso frente a la división niño/infantil no sería más que un refugio en un reducto narcisista. Lo que tampoco justifican condenas superyoicas de 'Oh; qué horror el narcisismo!' Porque si la resistencia, la fascinación imaginaria de un 'sí' al deseo es condición interna al discurso mismo del inconsciente, los traspies hacen al trabajo mismo y la posición 'deseo del analista', como el inconsciente, sólo se efectivizará en las intermitencias de una práctica. Si no hay trabajo analítico sin resistencia, sin perturbaciones, ¿podríamos decir que las dificultades del análisis de niños delimitan las condiciones mismas de su posibilidad? O, para decirlo desde otro ángulo ¿no podríamos pensar que la práctica del análisis de niños será un lugar donde se pondrá a prueba el hecho de que el analista deberá pasársela pasando el pase\*\*, ya que éste nunca está asegurado?(23)

La forma de procurarlo, ya que no de asegurarlo, será la de interrogar, desde el 'deseo del analista', las dificultades de este mismo.

Uno de los caminos: escuchar la mirada.

\*El analista, cuya ética no debe ser otra que ocupar ese lugar de 'a', causa del deseo para el analizante, para que éste surja como el sujeto deseante que debe advenir, quedaría identificado a los objetos 'a', 'mirada' y 'niño'.

\*\* El 'pase' designa esta operación por la que, más allá de una identificación, adviene el 'deseo del analista'.

Notas del capítulo quinto

- (1) Lacan, J.: 'Introducción al Comentario de Jean Hyppolite' en Escritos II, México, Siglo XXI editores, 1975, pág. 137.
- (2) Freud, S.: 'La interpretación de los sueños' en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979, Tomo V, pág. 511.
- (3) Freud, S.: 'Fragmentos de la correspondencia con Fliess', en op. cit., Tomo I, Carta 72, págs. 308-309.
- (4) Freud, S.: 'Proyecto de Psicología' en op. cit., Tomo I, pág. 368.
- (5) Freud, S.: 'Estudios sobre la histeria' en op. cit., Tomo II, págs. 275-276.
- (6) Freud, S.: op. cit., págs. 295-296.
- (7) Lacan, J.: Seminario I. Los Escritos Técnicos de Freud, Barcelona-Buenos Aires, Editorial Paidós, 1981, págs. 61-65.
- (8) Freud, S.: 'Sobre la dinámica de la transferencia' en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1980, Tomo XII, pág. 101.
- (9) Para este punto se puede recurrir al 'Índice razonado de los conceptos principales' que figura al final de Escritos II, op. cit., en particular I. El Orden Simbólico. A. La estructura del significante. 3. La estructura: lo simbólico, lo imaginario, lo real.
- (10) Freud, S.: 'Introducción del narcisismo' en Obras Completas, op. cit., Tomo XIV, págs. 87-88.

- (11) Freud, S.: 'La interpretación de los sueños' en Obras Completas, op. cit., Tomo V, pág. 539.
- (12) Lacan, J.: Seminario I. Los Escritos..., op. cit., pág. 42.
- (13) Lacan, J.: Seminario XI. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis, Barcelona, Barral Editores, 1977, pág. 133.
- (14) López Guerrero, A.: 'Observaciones sobre la noción de resistencia' en Cuadernos Sigmund Freud, Buenos Aires, 1971, N° 1: Temas de Jacques Lacan, págs. 49-56.
- (15) Lacan, J.: Seminario VIII. La Transferencia, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires, versión mimeográfica, s/f, Primera Parte, pág. 10.
- (16) Lacan, J.: Seminario VIII. La Transferencia, op. cit., Segunda Parte, págs. 65 y sigs. y 'Proposición del 9 de Octubre de 1967' en Ornicar? El saber del psicoanálisis, Barcelona, Ediciones Petrel, 1981, págs. 11 y sigs.
- (17) La interpretación no se dirige al encuentro del sentido del discurso del analizante. Por el contrario, su función de corte implica el cuestionamiento de la significación manifiesta, su efecto es aislar en el sujeto algo de sinsentido, el significante al que el sujeto está sometido.
- (18) Estamos tomando la mirada en su aspecto narcisista, como i(a). No como uno de los objetos a privilegiados de los que habla Lacan. No obstante, este privilegio no deja de tener relación, creemos, con la dimensión destacada por nosotros. Esta relación, compleja, excede, para ser desarrollada, las posibilidades y objetivos de este trabajo.

- (19) Lacan, Jacques: Seminario XV. El acto psicoanalítico. Publicado por "Discurso Freudiano", Buenos Aires, versión mimeográfica, Tercera parte, pág. 26.
- (20) Freud, S.: 'Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal' en Obras Completas, op. cit., Tomo XVII, págs.117 y sigs.
- (21) García, Germán L.: 'La ecuación cuerpo igual falo y su relación con el simbolismo' en Cuadernos Sigmund Freud, Buenos Aires, 1974, N°4: Jornadas Sigmund Freud, págs.45-62.
- (22) El tema del terror a la castración está tratado por Freud, por ejemplo, en 'La cabeza de Medusa' en Obras Completas, op. cit., Tomo XVIII, pág. 270.
- (23) Sobre la experiencia del pase se puede consultar: Lacan, Jacques: 'Sobre la experiencia del pase' en Ornicar? El saber del psicoanálisis, op. cit., págs.31 y sigs. y de Miller, Jacques-Alain: 'Introducción a las paradojas del pase' en la misma obra, págs. 45 y sigs.



### Conclusiones

Se nos hace difícil, si no impensable, proponer conclusiones a la manera de una síntesis. Pretendiendo de éste que sea un trabajo psicoanalítico, imposible para él, como para el inconsciente, conclusiones asemejables a puntos de arribo cerrados y definitivos.

A modo de pre-texto hemos denominado una introducción en la que damos cuenta de las razones que nos llevaron a encarar un tema como el propuesto. ~~Adelantamos, también allí, las ideas generales~~ que orientan el trabajo tanto como la forma en que ellas se encadenan entre sí. Lo que justifica la metodología utilizada. Explicitamos nuestra ubicación teórica y, desde ella, la lectura que hacemos de otras posiciones psicoanalíticas así como la manera en que ésta, nuestra posición, nos determina en los problemas que seleccionamos en el marco del trabajo psicoanalítico con niños.

Nuestro propósito, en los dos primeros capítulos, entre un punto de partida, el de las posiciones de más vigencia en el psicoanálisis y en el de niños en particular (el kleinismo y el annafreudismo) y uno de llegada, el de nuestro propio lugar teórico en correspondencia con la articulación del pensamiento freudiano y el de Lacan, ha sido desarrollar la idea de que el psicoanálisis con niños no amerita de ninguna especialidad, ni teórica ni técnica y que éste, si puede sostener su quehacer, sólo puede hacerlo en las coordenadas conceptuales que fundan esa praxis. Definidos el inconsciente, la repetición, la pulsión y la trans-

ferencia en un seguimiento según lo desarrollado por Lacan en el Seminario XI, intentamos articular cada uno de estos conceptos y la específica manera de interpretarlos con los lugares que, en la obra freudiana, permitirían dar cuenta de la fundación de estas nociones a la vez que de los desplazamientos que sobre ellas se operaran.

El inconsciente entendido en su sentido tópico, reinterpretado por Lacan como inconsciente estructurado como un lenguaje, esto es, cadena significante, regido por una ley, la compulsión a la repetición que, en su insistencia, evoca lo pulsional del goce convocando la presencia del objeto privilegiado en psicoanálisis, el objeto perdido; la transferencia remitida a su sentido originariamente freudiano, como transferencia y desplazamiento del deseo según lo desarrollado en el capítulo VII de la Interpretación de los sueños, son los ejes directrices alrededor de los que se organizan, como conceptos mayores, los otros en la teoría. Esto, en lo que respecta al capítulo II de este trabajo. Desde allí, y según el movimiento que, en el discurso, produce la significación, esto es, la retroacción, esperamos que lo planteado en el capítulo precedente, el I, adquiriera más sentido: Ubicar la discusión Anna Freud-Melanie Klein, fundante e inauguradora de un campo pero limitada al registro de lo imaginario. Tanto por la forma en que concibe el objeto psicoanalítico como por la manera, homóloga, en que se ubica en tanto postulación teórica. Síntoma del olvido de la verdad freudiana, expresión del desplazamiento desviacionista por el que se psicologiza y/o biologiza

al psicoanálisis haciéndolo recaer en mitos psicoevolutivos, esta discusión olvida, así como denuncia, el punto desde el que, creemos, se debe partir para aprehender la especificidad teórica y clínica de nuestro campo: que en psicoanálisis, en tanto se trata del sujeto del inconsciente, las diferencias no lo son ni de edad ni de desarrollo. Que en psicoanálisis, en tanto 'infantil' se articula con 'sexualidad' y con 'reprimido', nunca tenemos que ver sino con el niño. Y de allí nuestra propuesta de transformar la pregunta '¿Es posible analizar a un niño?' en esta otra: '¿Acaso, como psicoanalistas, es posible no hacerlo?'

Estos dos primeros capítulos demarcan también el punto desde donde pueden pensarse los problemas que abordamos en los tres capítulos siguientes: el del juego, el de la demanda (y el papel de los padres en relación a ella) y la particularidad de estos análisis de desplegarse en un 'cara a cara'. Tres variables que plantean, al psicoanálisis y al psicoanalista, problemas clínicos específicos.

En el capítulo III desarrollamos la tesis de que el juego no puede adscribirse a ninguna preverbalidad en el sentido de que es impensable fuera o más allá del lenguaje. Centrándonos en el ejemplo freudiano del 'Fort-dá' trabajamos la articulación significativa del juego y las dos caras que lo vinculan, una, a la constitución del yo, la otra, como sublimación, como creación poética, a efectos de escritura y vicisitud pulsional.

El siguiente, el IV, se centra alrededor del problema de la demanda que, en el trabajo con niños, es de una especificidad particu-

lar por el hecho de que ésta viene siempre mediatizada y articulada con la de los padres. Nos detenemos en las dificultades que esta situación plantea y adelantamos cuál es, a nuestro parecer, la posición que el analista debe asumir frente a la complejidad de la misma. Subrayamos la importancia que tienen las primeras entrevistas así como el lugar que el trabajo con los padres ocupa en el despliegue de la cura. Sostenemos que, si bien los padres no son analizantes en sentido estricto, esto no justifica, en la escucha que hacia ellos dirigimos, que ésta se ordene según otras coordenadas que las de la estructura del Edipo y la castración. Plantemos también la posibilidad que ofrece el trabajo con niños de operar más directamente en la dimensión de la estructura en la medida en que la intervención en el discurso de los padres se oriente hacia trabajar el lugar de objeto del niño en el fantasma materno posibilitando la operación de la metáfora paterna. Finalmente, en el último capítulo, nos centramos alrededor de las dificultades que supone el trabajo 'cara a cara' en el análisis de un niño. Consideramos que algunos de los efectos que se producen pueden conceptualizarse como siendo del orden de la resistencia y es este concepto el eje del capítulo. Vinculamos el concepto de resistencia con las inducciones imaginarias producidas por la prevalencia de la mirada, con las fantasías específicas suscitadas en el analista en esta 'ilusión' de observar al niño. Y, como manera de enfrentar esta dificultad sin quedar sometido a ella, proponemos la única legítima en nuestro quehacer: la de la escucha.

No se nos escapa, y nos ha sido señalado por nuestro asesor, que cada uno de estos capítulos propone, un poco precipitadamente, lo que sería ocasión de mayores desarrollos. Puntos como el hablar con el juego, la relación de éste con el sueño y el chiste, la diferencia entre el aspecto significativo del juego y el pulsional (importante para precisar la cuestión del fin del análisis), o lo propuesto en términos de la escucha a la mirada (capítulo V), no son sino nuevos pretextos para nuevos trabajos.

Conscientes de esta limitación elegimos, no obstante, concluir aquí, quizás en lugares que, como bordes, impliquen, para nosotros, la promesa de seguirlos abordando.

Por último, lo que alentó nuestra tarea fue la convicción y el deseo de constatar que, así como el niño es sujeto de pleno derecho, el psicoanálisis de niños también es un psicoanálisis que merece llamarse como tal.

### Bibliografía general

- (1) Aramburu, J.: 'Un intento de privar a la madre' en Actas de la Reunión sobre la enseñanza de Lacan y el psicoanálisis en América Latina, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1982. L
- (2) Baranger, Willy: POSICION Y OBJETO en la obra de Melanie Klein, Buenos Aires, Ediciones Kargleman, 1971. L
- (3) Bleichmar, Silvia: 'Para repensar el psicoanálisis de niños: El concepto de neurosis en la infancia a partir de la represión primaria' en Trabajo de psicoanálisis, México, Vol. 1, N°1, 1981. R
- (4) Bolland, J. y Sandler, J.: Índice Psicoanalítico de Hampstead. El caso de Andy. Psicoanálisis de un niño de dos años, Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo, 1975. L
- (5) Carroll, Lewis: Alicia en el País de las Maravillas, Madrid, Alianza Editorial, 1979. L
- (6) Diatkine, R. y Simon, J.: El psicoanálisis precoz, México, Siglo XXI ediciones, 1975. L
- (7) Dolto, F.: El caso Dominique, México, Siglo XXI ediciones, 1973. L
- (8) Dolto, F.: Psicoanálisis y pediatría, México, Siglo XXI ed., 1974. L
- (9) Dolto, F.: En el juego del deseo, México, Siglo XXI ed., 1983. L
- (10) Fendrik, Silvia: '(se) nace un niño' en Actas de la Reunión..., op. cit. L
- (11) Ferrater Mora, José: Diccionario de Filosofía, Madrid, Alianza Editorial, 1979. D
- (12) Freud, Anna: Psicoanálisis del niño, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1964. L

- (13) Freud, Anna: El yo y los mecanismos de defensa, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1973.
- (14) Freud, Anna: Normalidad y patología en la niñez, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1973.
- (15) Freud, Anna: Psicoanálisis del desarrollo del niño y el adolescente, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1976.
- (16) Freud, Anna: Neurosis y sintomatología en la infancia, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1977.
- (17) Freud, Anna: El psicoanálisis infantil y la clínica, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1977.
- (18) Freud, Sigmund: 'Fragmentos de la correspondencia con Fliess' (1950 (1892-99)) en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, Tomo I, 1982.
- (19) Freud, S.: 'Proyecto de psicología' (1950 (1895)) en op. cit., Tomo I, 1982.
- (20) Freud, S.: 'Estudios sobre la histeria (Breuer y Freud)' (1893-95) en op. cit., Tomo II, 1980.
- (21) Freud, S.: 'Sobre los recuerdos encubridores' (1899) en op. cit., Tomo III, 1981.
- (22) Freud, S.: 'La interpretación de los sueños' (1900) en op. cit., Tomos IV y V, 1979.
- (23) Freud, S.: 'Psicopatología de la vida cotidiana' (1901) en op. cit., Tomo VI, 1980.
- (24) Freud, S.: 'Tres ensayos de teoría sexual' (1905) en op. cit., Tomo VII, 1978.
- (25) Freud, S.: 'El chiste y su relación con el inconsciente' (1905)

- en op. cit., Tomo VIII, 1979.
- (26) Freud, S.: 'El creador literario y el fantaseo' (1908) en op. cit., Tomo IX, 1979.
- (27) Freud, S.: 'Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad' (1908) en op. cit., Tomo IX, 1979.
- (28) Freud, S.: 'Sobre las teorías sexuales infantiles' (1908) en op. cit., Tomo IX, 1979.
- (29) Freud, S.: 'La novela familiar de los neuróticos' (1909) en op. cit., Tomo IX, 1979.
- (30) Freud, S.: 'Análisis de la fobia de un niño de cinco años' (1909) en op. cit., Tomo X, 1980.
- (31) Freud, S.: 'Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci' (1910) en op. cit., Tomo XI, 1979.
- (32) Freud, S.: 'Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica' (1910) en op. cit., Tomo XI, 1979.
- (33) Freud, S.: 'Trabajos sobre técnica psicoanalítica' (1911-15) en op. cit., Tomo XII, 1980.
- (34) Freud, S.: 'Los dos principios del acontecer psíquico' (1911) en op. cit., Tomo XII, 1980.
- (35) Freud, S.: 'Sobre psicoanálisis' (1913) en op. cit., Tomo XII, 1980.
- (36) Freud, S.: 'Introducción del Narcisismo' (1914) en op. cit., Tomo XIV, 1978.
- (37) Freud, S.: 'Trabajos sobre metapsicología' (1915) en op. cit., Tomo XIV, 1978.
- (38) Freud, S.: 'Conferencias de Introducción al Psicoanálisis'



- (1915-17) en op. cit., Tomos XV y XVI, 1978.
- (39) Freud, S.: 'De la historia de una neurosis infantil' (1918) en op. cit., Tomo XVII, 1979.
- (40) Freud, S.: 'Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal' (1917) en op. cit., Tomo XVII, 1979.
- (41) Freud, S.: 'Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales' (1919) en op. cit., Tomo XVII, 1979.
- (42) Freud, S.: 'Lo ominoso' (1919) en op. cit., Tomo XVII, 1979.
- (43) Freud, S.: 'Más allá del principio del placer' (1920) en op. cit., Tomo XVIII, 1979.
- (44) Freud, S.: 'Psicología de las masas y análisis del yo' (1921) en op. cit., Tomo XVIII, 1979.
- (45) Freud, S.: 'La cabeza de Medusa' (1940 (1922)) en op. cit., Tomo XVIII, 1979.
- (46) Freud, S.: 'El yo y el ello' (1923) en op. cit., Tomo XIX, 1979.
- (47) Freud, S.: 'La organización genital infantil' (1923) en op. cit., Tomo XIX, 1979.
- (48) Freud, S.: 'El sepultamiento del complejo de Edipo' (1924) en op. cit., Tomo XIX, 1979.
- (49) Freud, S.: 'La negación' (1925) en op. cit., Tomo XIX, 1979.
- (50) Freud, S.: 'Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos' (1925) en op. cit., Tomo XIX, 1979.
- (51) Freud, S.: 'Inhibición, síntoma y angustia' (1926) en op. cit., Tomo XX, 1979.

- (52) Freud, S.: 'El fetichismo' (1927) en op. cit., Tomo XXI, 1979.
- (53) Freud, S.: 'Sobre la sexualidad femenina' (1931) en op. cit., Tomo XXI, 1979.
- (54) Freud, S.: 'Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis' (1933) en op. cit., Tomo XXII, 1979.
- (55) Freud, S.: 'Análisis terminable e interminable' (1937) en op. cit., Tomo XXIII, 1980.
- (56) Freud, S.: 'Esquema del psicoanálisis' (1940 (1938)) en op. cit., Tomo XXIII, 1980.
- (57) García, Germán L.: 'La ecuación cuerpo igual falo y su relación con el simbolismo' en Cuadernos Sigmund Freud, Buenos Aires, 1974, N°4.
- (58) García, Germán L.: ¿Por qué psicoanálisis de niños?, Rosario, Biblioteca Freudiana de Rosario, 1980, versión mimeográfica.
- (59) García Reinoso, Diego: 'El discurso familiar como escritura transindividual en el análisis de niños' en Diatkine et al: Problemas de la Interpretación en Psicoanálisis de Niños, Barcelona, Gedisa, 1981.
- (60) Hamon, Marie-Christine: 'Hacer de madre' en Actas de la Reunión..., op. cit.
- (61) Huisinga, J.: Homo Indens, Madrid, Alianza/Emecé, 1972.
- (62) IMAGO, Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología, Sexualidad infantil, Buenos Aires, Letra Viva, N°11, marzo 1984.
- (63) Isaacs, S.: 'Naturaleza y función de la fantasía' en Klein et al: Desarrollos en Psicoanálisis, Bs. Aires, Ed. Hormé, 1967.
- (64) Jakobson, Roman: Ensayos de lingüística general, Barcelona,

Editorial Seix Barral, 1975.

- (65) Juarroz, Roberto: Octava Poesía Vertical, Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1984. L
- (66) Klein, Melanie: Contribuciones al Psicoanálisis, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1964. L
- (67) Klein, Melanie: El psicoanálisis de niños, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1964. L
- (68) Klein, Melanie et al: Desarrollos en Psicoanálisis, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1967. L
- (69) Klein, Melanie: Envidia y gratitud, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1969. L
- (70) Klein, Melanie: Amor, odio y reparación, Buenos Aires, Ediciones Hormé, 1968. L
- (71) Lacan, Jacques: Escritos I y II, México, Siglo XXI editores, 1971 y 1975, respectivamente. L
- (72) Lacan, J.: Seminario I. Los Escritos Técnicos de Freud, Barcelona-Buenos Aires, Editorial Paidós, 1981. L
- (73) Lacan, J.: Seminario II. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, Barcelona-Bs. As., Ed. Paidós, 1983. M
- (74) Lacan, J.: 'Las formaciones del inconsciente' (Transcripción de J. B. Pontalis) en Las formaciones del inconsciente, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1976.
- (75) Lacan, J.: 'El deseo y su interpretación' (Transcripción de J. B. Pontalis) en Las formaciones..., op. cit. L
- (76) Lacan, J.: Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Barcelona, Barral Editores, 1977. M

- (77) Lacan, J.: Seminario XX. Aún, Barcelona-Bs. As., Ed. Paidós, 1981. M
- (78) Lacan, J.: 'Proposición del 9 de octubre de 1967' en Ornicar?, Barcelona, Ediciones Petrel, 1981, Volumen I. L
- (79) Lacan, J.: 'La experiencia del pase' en Ornicar?, op. cit. L
- (80) Lacan, J.: 'La Tercera' en Actas de la Escuela Freudiana de Paris, Barcelona, Ed. Petrel, 1980. L
- (81) Lacan, J.: Seminario IV. Las relaciones de objeto y las estructuras freudianas, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires, s/f, versión mimeográfica. M
- (82) Lacan, J.: Seminario VII. La ética del psicoanálisis, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires, s/f, versión mimeog. M
- (83) Lacan, J.: Seminario VIII. La Transferencia, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires, s/f, versión mimeográfica. M
- (84) Lacan, J.: Seminario IX. La identificación, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires, s/f, versión mimeográfica. M
- (85) Lacan, J.: Seminario X. La angustia, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires, s/f, versión mimeográfica. M
- (86) Lacan, J.: Seminario XIV. La lógica del fantasma, Buenos Aires, s/r, 1981, versión mimeográfica. M
- (87) Lacan, J.: Seminario XV. El acto psicoanalítico, Buenos Aires, Discurso Freudiano, s/f, versión mimeográfica. M
- (88) Lacan, J.: L'Etourdit, Buenos Aires, Escuela Freudiana de Buenos Aires y Escuela Freudiana de Rosario, 1982, versión mimeográfica. L
- (89) Lander, R.: Melanie Klein, reflexiones sobre su vida y su obra, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1979. L

- (90) Laurent, Eric: 'Lo que Melanie sabía...' en Actas de la Reunión..., op. cit. L
- (91) Laurent, Eric et al: 3er Encuentro Internacional del Campo Freudiano, Buenos Aires, 1984. Relato sobre 'El psicoanálisis con los niños'. L
- (92) Laplanche, J. y Leclaire, S.: 'El inconsciente: un estudio psicoanalítico' en Green et al: El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1969. L
- (93) Laplanche, J. y Pontalis, J.: Diccionario de Psicoanálisis, Barcelona, Editorial Labor, 1971. L
- (94) Laplanche, J. y Pontalis, J.: 'Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía' en Green et al: El inconsciente freudiano..., op. cit. L
- (95) Lebovici, S.: Significado y función del juego en el niño, Buenos Aires, Ed. Proteo, 1969. L
- (96) Leclaire, S.: El objeto del psicoanálisis, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1972. L
- (97) Leclaire, S.: Matan a un niño. Ensayo sobre el narcisismo primario y la pulsión de muerte, Buenos Aires, Amorrortu ed., 1975. L
- (98) Leclaire, S.: Para una teoría del complejo de Edipo, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1978. L
- (99) Lefort, Rosine y Robert: Nacimiento del Otro. Dos psicoanálisis. (Nadia, 13 meses. Marie Françoise, 30 meses), Barcelona, Paidós, 1983. L
- (100) Le Gaufey, G.: '¿Con quién identificarse? ¿De quién fiarse?' en V

Ornicar?, op. cit.

- (101) López Guerrero, A.: 'Observaciones sobre la noción de resistencia' en Cuadernos Sigmund Freud, op. cit. L
- (102) Mannoni, M. et al: Psicosis infantil, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1971. L
- (103) Mannoni, M.: La primera entrevista con el psicoanalista, Buenos Aires, Granica editor, 1973. L
- (104) Mannoni, M.: El niño, 'su enfermedad' y los otros, Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1976. L
- (105) Mannoni, M.: La teoría como ficción, Barcelona, Editorial Crítica, 1980. L
- (106) Masotta, O.: 'Edipo, castración, perversión' en Ensayos lacanianos, Barcelona, Ed. Anagrama, 1976. L
- (107) Masotta, O.: Lecciones de introducción al psicoanálisis, Vol. 1, Barcelona, Granica editor, 1977. ✓
- (108) Masotta, O.: El modelo pulsional, Buenos Aires, Ed. Altazor, 1980. L
- (109) Miller, Jacques-Alain: Cinco conferencias caraqueñas sobre Lacan, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1980. M
- (110) Miller, J.-A.: 'Cláusulas de clausura de la experiencia analítica' en Actas de la Reunión..., op. cit. R
- (111) Miller, J.-A.: 'Teoría de la lengua (rudimentos)' en analítica, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1979, N°1. L
- (112) Miller, J.-A.: 'Algoritmos del psicoanálisis' en Ornicar?, Barcelona, Ed. Petrel, 1981, Volumen 2. R
- (113) Miller, J.-A.: Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma,

- Buenos Aires, Ediciones Manantial, 1984. L
- (114) Millot, Catherine: Freud Antipedagogo, Barcelona, Paidós, 1982. L
- (115) NOUVELLE REVUE DE PSYCHANALYSE, L'enfant, Paris, Gallimard, N° L  
19, 1979.
- (116) Porge, Eric: 'Sobre el deseo del analista' en Ornicar?, op. cit.
- (117) Rabinovich, Diana: 'El psicoanalista entre el amo y el pedagogo' L  
en analítica, op. cit.
- (118) Roustang, F.: Un funesto destino, México, Premia Editora, 1980. L
- (119) Safouan, M.: Estudios sobre el Edipo, México, Siglo XXI editores, L  
1977.
- (120) Safouan, M.: El ser y el placer, Barcelona, Ed. Petrel, 1982. L
- (121) Saussure, F.: Curso de lingüística general, Buenos Aires, Editor L  
rial Losada, 1974.
- (122) Segal, Hanna: Introducción a la obra de Melanie Klein, Buenos Aires, L  
Ed. Paidós, 1965.
- (123) Segal, Hanna: Notas sobre la formación de símbolos, Buenos Aires, L  
Facultad de Filosofía y Letras, ficha mimeográfica.
- (124) Stern, A. L.: 'El niño ¿significante del Edipo?' en Clavreul, J. L  
et al: Clínica y Metapsicología, Buenos Aires, Editorial Trieb, L  
1979.
- (125) Vasse, D.: El ombligo y la voz. Psicoanálisis de dos niños, Buenos Aires, L  
Amorrortu editores, 1977.
- (126) Winnicott, D. W.: Realidad y juego, Buenos Aires, Granica editor L  
1972.
- (127) Winnicott, D. W.: Psicoanálisis de una niña pequeña (The Piggie), L  
Barcelona, Gedisa, 1980. V

- (128) Winnicott, D. W.: Clinica Psicoanalítica Infantil, Buenos Aires, Ed. Hormé, 1980. L